Seix Barral

Karen Codner

Todos nuestros fuegos

Todos nuestros fuegos

Seix Barral Biblioteca Breve

Karen Codner D.

Todos nuestros fuegos

© 2024, Karen Codner D.
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN impreso: 978-956-6291-21-3
ISBN digital: 978-956-6291-34-3
Registro de Propiedad Intelectual Nº: 2024-A-753
Primera edición: marzo de 2024

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

No puedo soportar que tras su muerte
el sol siga brillando.
Maria Wine
La Torá fue escrita en fuego negro
y sobre fuego blanco.
(Najmanides).

Para mis padres

¿Puedo contar la ceniza que cae del cielo?

Cada una tiene un nombre.

Rachel. Yehudith. Esther. Deborah. Leah. Shira.

Y mamá.

Me cubren por completo. Soy gris. Mis muertas son mi equipaje hasta el infinito.

Las ruinas de Penn Street siguen latiendo en Rivka, la que hoy se hace llamar Olivia. Ella observa las aguas del Hudson desde la ventana rectangular que hay en su living, despide al sol. Han pasado ¿diez, trece años? No olvida el fuego. Su fuego negro. Ha aprendido a vivir entre sus cenotafios.

¿Cómo la ceniza puede ser tan espesa?

Esa tarde regresó a casa para cambiarse el uniforme escolar con ganas de ir a la pastelería Strauss a tomar un *egg cream*. Pero nada de eso sucederá. Tan pronto puso un pie en 72 Penn Street escuchó dos voces; la de su madre y la de una desconocida. Se descalzó y con pasos invisibles caminó a la cocina. Había comenzado a nevar. Los copos, delgados, se derretían tan pronto rozaban la calzada. En unas horas la bruma en Williamsburg será tan densa que lo cubrirá por completo. Lo irá sumergiendo en un silencio espectral. Así, en esta noche de frío y de fuego, nadie podrá distinguir el norte del sur. Los rascacielos de Wall Street, al otro lado del East River, serán borrados de la geografía terrenal y lo que era visible y nítido se convertirá en un túnel.

Casi sin respirar, apoyó la oreja izquierda sobre la puerta, concentrándose en su inmovilidad robótica. Estaba arrinconada como una detective hábil. Sueños de adolescente. Un torbellino pegajoso va aprisionando su pecho como si desde allí estuviera formándose el génesis divino. Siguió espiando. Ya sabía quién estaba con su madre, la Reiss, la casamentera más requerida en Williamsburg.

En pocos días más Rachel, la primogénita del clan Schtern, contraerá matrimonio con David. Un amor insólito, pocas del barrio habían vivido algo tan intenso en que la casamentera no se involucró. Pero casar a siete hijas no era tarea fácil y la madre de las Schtern, incapaz de dejar algo así al azar, citó a la Reiss para buscarle marido a

Yehudith, la segunda del clan. Rivka a sus catorce años tenía claro que no iba a permitir un *shiduj* ni para ella ni para ninguna de sus hermanas, incluso iba a defender a Yehudith, con la que vivía discutiendo. Solo que pronto sabrá lo fútil que sería su plan.

Hacía unos meses la jovencita se había pegado el estirón, caminaba con el dejo de incomodidad propio de una niña que se está convirtiendo en mujer. Tzipora solía pegarle en la espalda para corregir esta posición encorvada, pero era inútil. Solo que esa tarde, en su afán de espía, casi milagrosamente, estaba erguida como si una regla la estuviera obligando a ello. Se mordía el labio. Un aire caliente iba revoloteando por sus arterias, despertando a su diablillo, listo para entrometerse en los deseos antiquísimos de su madre. Sabía que no debía hacerlo, pero su afán justiciero era enorme. Rivka se creía dueña de la verdad.

Intentó mantenerse en su posición de poste de luz; su ímpetu era tan grande como una bestia en celos, no podía sopesar si sus movimientos eran de sal o de azúcar, hasta que la bestia ganó y la hizo a aterrizar en el comedor entre Tzipora y la casamentera. Lo primero que vio fue el rostro anguloso de la Reiss y una verruga incrustada en su frente estrecha. Qué ganas de arrancártela. Incluso Olivia, años más tarde, no olvidará este rostro. La Reiss era alta y su cuerpo, el típico de una sesentona angosta de hombros y muslos gruesos que recordaban a una pera demasiado madura. ¿De verdad alguien se quiso casar contigo? Ninguna de las tres hablaba, se observaban oliendo el peligro, uno que la madre de Rivka sabía identificar a cincuenta kilómetros de distancia. La voz de la cuarta hija vino a cercenar el futuro que intentaba construir Tzipora. Tú y papá lo único que quieren es echarnos. Viene Yehudith, Esther y… Así ustedes tendrán una boca menos que alimentar. Tzipora apoyó las manos en el respaldo de la silla. Rivka, la que algún día será Olivia, con cada palabra fue arrimándose un poco más hacia su madre y llegó a estar tan cerca de ella que hubiera podido escupirle en la nariz aguileña idéntica a la suya. Yo nunca me voy a casar, ni con el que tú me asignes ni con nadie, sentenció la joven escupiendo cada consonante. Tzipora seguía erguida, su ceño apretujado delataba el desconcierto. La Reiss tenía levantada las cejas, casi riendo en la cara de la cuarta hija del clan.

Pasaron algunos segundos, cinco, diez, quince, qué importan los cenotafios, aún no flotaban sobre el Éufrates. En ese momento, el diablillo estaba gozando de la fiesta que había organizado en el comedor de Williamsburg. Qué buen trabajo, alborotando la tarde de

jueves, uno que debía de ser alegría. El diablillo con sus dientes atenazados obligó a la princesa cautiva a arrancar de 72 Penn Street. Rivka salió despavorida donde su amiga del alma, Mijal Gurfinkel. Mientras sus mocasines se hundían en la nieve, el ardor en su mejilla se iba acentuando más; la cachetada que le había propinado su madre volvía a sentirse fresca en Harrison Street. Ya no recordaba el *egg cream*. ¿Tanto te enoja mamá? Es una *shadjanit*, solo una casamentera que quiere casarnos rapidito para cobrar la comisión. ¿De verdad crees que a ella le importa encontrarnos el mejor partido? En el semáforo un rabino observaba a la joven, que tenía desabotonado el abrigo, y le advirtió: anda con cuidado, chiquilla, te vas a resbalar.

Viejadecrépita, viejadrecrépita. No me arrepiento de haberte gritado, viejadecrépita, viejadecrépita.

Cuando Rivka ya no sea solo Rivka, recordará una y otra vez el sueño incumplido de Tzipora de casar a cada una de sus siete hijas.

Mamá, yo no seré víctima de tu triada: matrimonio, dueña de casa y madre de una tropa de niños. Yo sí saldré de aquí. No soy como Rachel, que nació buscando marido. ¡Cuánto más tengo que escuchar de su Davidcito! Y Yehudith se casará con un buen chico judío, pero será ella quien lo elija, no tú.

El matrimonio de Rachel había consumido a los Schtern. Yaakov y Tzipora habían ahorrado como nunca, durante meses, para solventar los caprichos de la primogénita y hasta debieron cortar el suministro de la calefacción. También dejaron de comprar carne para *shabat*. Era tanto el frío en 72 Penn Street que Rivka muchas noches durmió en la misma cama con Deborah, otras con Leah, calentando los cuerpos pícaros con calcetines y chalecos de lana. Hasta unían los sacos de acampar. En las noches más gélidas, Rivka jugaba a las adivinanzas con las más pequeñas: Amarillo por fuera, lechoso por dentro y hay que pelarlo para comerlo, ¿qué es?

En su andar resuelto, sin siquiera sentir el frío en la suela, divisó los ojos de su padre calcados a los de ella. Ah, papá, tanto que me dices que soy tu preferida; ayer ni siquiera fuiste capaz de defenderme y hasta le diste la razón a mamá. ¡Tú tienes la culpa de todas nuestras desgracias! En el almacén de Jairo, Rivka tropezó con unos insertos de Lord & Taylor: «Solo trece días para Navidad». El repartidor salió del almacén masticando un chicle que casi ocupaba toda su boca. Cató a Rivka con sospecha; no quería que ella dañara su botín. A lo lejos alguien vociferó: cuídate, amigo, ya casi llega la gran tormenta y hoy será la noche más fría de la década.

Nieve. Temperaturas extremas. Glacial.

El viento golpeaba el rostro de porcelana de Rivka. En la casa de los Gurfinkel saltó de dos en dos las escalinatas. No alcanzó a tocar el timbre cuando Isaak abrió reclamándole por la tardanza con el típico tono de un niño que pronto cambiará la voz. La cólera en Rivka estaba evaporándose como si el sol quemase la nieve en Siberia. No lo iba a permitir. Ni por nada olvidaré lo que me hiciste, mamá, eso no tie-ne nom-bre. Apúrate, ya vamos a empezar, insistió Isaak con mejillas de manzana, lanzando el trompo que hace unos minutos le había regalado su abuela. Rivka enganchó el sobretodo en el colgador. Pesado. La nieve se había pegado a la pana color berenjena. En el espejo palpó la marca de las uñas de su madre. Su rostro armónico, quizá clásico, fue descubriéndose. Una nariz que aún debía florecer. Su cabello miel, dividido en dos trenzas idénticas. Cae. En la espalda.

Rivka acarició la pátina dorada del bargueño; la señora Gurfinkel se jactaba de haberlo heredado y allí solía esconder caramelos de canela y violeta. En este comedor señorial la madre de su amiga la saludó con un beso en cada mejilla, un gesto que Rivka siempre había considerado excesivo. En un impulso de perfección, le dieron ganas de arreglarle la peluca, que tenía ladeada hacia su ojo derecho. Mijal la sujetó del brazo como solía hacerlo desde que se hicieron íntimas en el kindergarten. Era la última noche de Janucá. Fiesta de milagros. Familias de aceite. La más linda para Rivka, ignorante de que este será su último *jag* en Williamsburg.

¿Cómo será para Olivia?

A unas cuadras de distancia, Yaakov Schtern también encendía las ocho mechas flotando en aceite. Donde los Gurfinkel, en esta noche de niebla y ceniza, había dos candelabros de ocho brazos, uno para cada hombre de la familia. El de plata, digno de reyes, pertenecía al dueño de casa y el otro, con un diseño de pelotitas de básquetbol, a Isaak.

Rivka, ¿dónde estás? ¡Te estamos esperando! Mamá, tu princesita otra vez se está haciendo de rogar, gritó Yehudith en Penn Street.

Cállate, Yehudith. Está donde Mijal, le respondió Tzipora con voz craquelada.

¿Ves, mamá? Yo te lo dije, a ella le gustan los ricachones.

Preocúpate de tus asuntos. ¿Te queda claro, señorita?

Si Rivka, la que será Olivia, hubiera estado esa noche junto a los suyos en Penn Street, habría admirado la paciencia de su padre. Digna de un matarife afilando el cuchillo. Una cualidad que no heredó Rivka. Él golpeó la copa con el tenedor y el sonido ligero invocó al silencio. Sus manos surcadas con venas más azules que verdes, hondura de canal topacio, fueron encendiendo las caritas de la

tradición. En ese preciso instante lo mismo sucedía donde los Gurfinkel. Ambas familias entonaron «Ma O'Tzur», con la melodiosa Rivka Schtern presentándose ante los ángeles. Mijal, a ti no te van a obligar, tú te vas a casar con quien quieras. El canto de la joven fue extraviándose en el bosque del desencuentro. También la curvatura en su espalda, arqueándose como camello que recién ha escapado de su tribu. La *sufgania* rellena con mermelada sabía a amargura en su paladar. En este comedor señorial delineó la silueta de su madre, caderas anchas y una cintura que alguna vez fue de avispa, trabajando horas extra. Noches de costurera. ¿Cómo se llama esto, cuando la tristeza se incrusta en un espacio feliz?

Las amigas se refugiaron en la habitación de Mijal. El mocasín de Rivka se convirtió en un micrófono. «*For the times they are a-changin. The times they are a-changin*», pero el jolgorio se vio interrumpido por un grito que resonó al otro lado de la puerta: ¡La música! Vencidas, la apagaron. Rivka se tiró sobre el piso y Mijal sobre la cama. Por la ventana cientos de pequeñas luces, los pabilos de Williamsburg.

Tú sabes, mamá y la *shadjanit*. Hoy vino la Reiss a la casa y yo…

¿La Reiss? Oh, esto se pone muy entretenido, ¡quiero saberlo todo, Rivka Schtern!, Mijal exclamó agitando los brazos rechonchos. Pero Rivka estaba nadando en su desconcierto, era inútil utilizar un salvavidas. No tenía valor para confesar como su diablillo la tentó a increpar a Tzipora y a la casamentera. Tampoco le contó que desde hacía meses solo han comido *gefelte fish* y sopa de pollo para *shabat*. Rachel, la consentida. Todo por ti, querida Rachel. ¿Harían lo mismo por mí? Eres la respiración de mamá. El lunes va a volver la casamentera, mamá quiere casarnos rapidito. Entiendo que mamá viene de otro mundo, otra era, lo peor fue que…, Rivka palpó su mejilla. Casi afónica, como si estuviera confesando su crimen, habló sobre su sueño de estudiar Enfermería. Mijal hundió su cabeza atiborrada de rizos tricolores en la almohada. Rivka descorrió las cortinas y observó el cielo. No vio estrella alguna y Mijal entonó las ilusiones de quinceañera. Ay, Rivkita, ¿te digo la pura y más pura verdad? Aunque mis papás insistan con lo del secretariado, yo sí ando en búsqueda de mi alma gemela y señaló su corazón. ¿En serio te da lo mismo? Yo sé que la mía está por aquí y de seguro la tuya también. Rivka la observó con su ceja en alto. Hay tanto futuro, tantas oportunidades allá afuera, ¿no lo entiendes, Mijal? Rivka observó la fotografía de ambas en una feria. Dos boquitas desplumando algodón rosa. Los copos de nieve caían como guijarros y la noche, en su máximo esplendor, coqueteaba con la niebla. Las chicas dormían

arrulladas en sus mañanas. Una embobada por el amor en un jardín de orquídeas. La otra, esperando el autobús que la iba a conducir a Enfermería.

Pronto, una sirena. Bomberos. Más sonidos de alerta. El aire, enrarecido, como si un torpedo hubiera explotado en el cuarto. Olor a caucho quemado. Rivka despertó con la nariz tapada, descorrió las cortinas por segunda vez esa noche y sus pupilas no dieron crédito ante el infierno. Un baile de llamas. Rivka, la que será Olivia, bajó en pijamas las escaleras, enloquecida. Cogió el abrigo y deshizo el mismo camino que unas horas antes la había visto encolerizada.

Detrás, Mijal vociferaba.

Las ráfagas eran de más de treinta kilómetros por hora. La tormenta del siglo de Rivka Schtern.

El humo espeso y la neblina correteando. Lo que sentía no aparecía en ningún diccionario. Era un animal salvaje, enloquecido ante la hoguera gigantesca. Los bomberos le impidieron infiltrarse. Los policías también. Ella, fuerte, les pegaba. Los enfrentaba. Les gritaba.

¡Soy Rivka, Rivka Schtern! ¡La cuarta hija! ¡Déjenme pasar, déjenme...!

Fui Rivka Schtern, dirá una década más tarde, cuando sea Olivia Schtern.

El fuego negro le quemaba la garganta. Y también ella estaba siendo consumida por la pira. Un hilo rojo ardiente transitaba hacia su alma. Hogar, derruido. Chillaba. Manoteaba. Ella tiraba las hebras de su cabello miel y antaño, almíbar.

¡Mamá! ¡Papá! ¡Rachel!¡Yehudith! ¡Esther! ¡Deborah!¡Leah! ¡Shira!

El policía la condujo lejos del descalabro. Los copos de nieve convirtieron su pelo en un edredón de color ceniciento.

Caen. Vidrios. Caen. Ladrillos.

Todo se desploma.

Te escucho, fuego negro, aniquilador de vida.

Mi vida.

Los viernes, antes de la salida del sol, Tzipora ponía a trabajar a sus hijas mayores. Yehudith planchaba el mantel, Rivka armaba las bolas de *gefelte fish* y Rachel trenzaba las *jalot*. Olivia intenta camuflarse de Rivka, quien era una especialista en cortar la cebolla y zanahoria frita tal cual había aprendido con Tzipora y tal cual Tzipora había aprendido de su madre. Apuntes de una tradición que murió en la matanza, en el asesinato de un pueblo en Europa, más cerca de Rusia, más cerca de la estepa que del mar. Tzipora no olvidó nada y, al igual que Rivka cuando sea Olivia, callaba el pasado. El recuerdo lo irá sumergiendo en la laguna del silencio. Nunca, nunca me contaste nada sobre ellos, mamá. Ningún nombre. Qué idiota fui, ni se me ocurrió insistirte.

Olivia observa con ternura a la pequeña Rivka alzando los ojos verdes hacia su madre, quien le explicaba cómo preparar las bolas de pescado. Mamá, no he olvidado tu secreto del agua con gas, ¿sabes que no los he vuelto a cocinar desde que me fui de Williamsburg? Creíste que yo cumpliría con tu mandato. Ese ha sido el mejor chiste de la historia.

A partir de hoy tendrás el honor de prepararlos para *shabat*. Cuando seas dueña de casa, serás una experta.

Recién había cumplido los doce, recién me había convertido en una *bat mitzvá*, pero poco te importó. Qué dices, niña, de dónde sacas esas ideas, a los doce años ya deberías saberlo a la perfección. Si yo digo que así será, así será, le contestó la madre dando énfasis a cada letra, cual profetisa augurando que Rivka será la encargada de continuar con la tradición del *gefelte fish* y de la sabiduría ancestral. Rivka, la futura Olivia, aún no se pegaba el estirón de la adolescencia y el pelo, todavía bastante rubio, le llegaba hasta más abajo de los omóplatos.

Olivia cada vez que trapeaba la cocina en Riverside olía el cloro de Penn Street. Brillante antes de *shabat*. El olor al pan trenzado ascendía los treinta nueve peldaños de la escalinata, envolviendo las almohadas de las hermanas Schtern. La siesta breve y sus gritos infantiles rodando como un manantial.

Cada viernes, dieciocho minutos antes de que el sol se esconda, cierro mis ojos y te veo, mamá, encendiendo tus nueve *neirot*, una vela por cada hija, otra por papá y por ti, cubriéndote los ojos y nosotras presenciando tu unión con Hashem. O D-s, dimensión sagrada. Nosotras, tus *neshamot*, almas puras que heredamos tus ropajes de princesas. Para cada *shabat* nos vestíamos de gala con el vestido azul de Prusia, ya de Yehudith, ya de Rachel.

Tus *neshamot*, mamá.

Hoy, cuando es el aniversario de las muertas, Olivia comienza el día como suele hacerlo, baja a la calle con George, se arrima al tronco del árbol, pero ella es incapaz de deshacerse del recuerdo que revoletea cual gaviota sobre un peñasco y la conduce a su Penn Street. Yaakov, luego del servicio de *kabalat shabat*, volvía a su hogar observando a sus niñas mientras desfilaban por el living y hasta las venas de sus manos cantaban junto a ellas. Shira intentaba peinar a la muñeca manca. Leah, manitas de cinco años, armaba una ciudadela con unas piezas de dominó que nadie ocupaba. Deborah quería jugar Carioca y Rivka le hacía muecas a Rachel. Esther saltaba la cuerda atenta a Yehudith.

En el bolsillo de su abrigo, Olivia guarda los rizos de Esther y los enfados de Yehudith. Sobre la silla descansa la falda de terciopelo mora y la blusa con lunares granates que ocupará para ir a la oficina. Si hoy ella fuera la Rivka de Penn Street, tendría que discutir con Rachel y con todas para ocupar el baño en paz. Olivia empapa una mota de algodón con tónico de limpieza. Piel de veinticuatro años. La nariz aguileña, que en tiempos de Rivka aún le faltaba carácter, hoy es tan sugestiva como solía ser la de su madre. En sus ojos enormes no puede evitar verlo a él. Yaakov. Padre mudo y también sobreviviente. El cabello largo de Olivia. Cae. Sobre su espalda. No hay vestigios del tono miel de Rivka. Los dedos hábiles, acostumbrados a cepillarlo a diario, arman una cola sobre la nuca, bien tirante.

Olivia desayuna un café americano cargado con una tostada salpicada con mermelada de naranja. Nada de cereales ni yogur. Ojea los titulares del periódico, pasan por alto el *iortzait* de las muertas. Un año más de ausencia. Uso masivo de computadores. La reactivación de la economía. Don Giovanni en el Metropolitan Opera.

Nieve. Temperaturas extremas. Glacial.

El gorro de un tono rosa, que alguna vez fue vivaz, baila en la cabeza de Olivia. George, atento a los movimientos de su dueña, quiere atrapar sus botas de nieve, pero ella rápida cierra la puerta y el perro se rinde solitario. En la calle el frío le hiela hasta las cejas y al

llegar al metro el aroma de las rosquillas la tienta. Hoy sí. Es el *iortzait*. El día más triste del año. Este maldito día debería extirparlo del calendario. La vendedora de la panadería, con pelo cobrizo y dos aritos atravesando su nariz, trabaja aquí la misma cantidad de años que Olivia lleva viviendo en Riverside. ¿Te dolió hacerte eso en la nariz? Sí, quiero lo mismo de siempre, pero agrega esa, con cobertura de chocolate. Papá, ¿cómo estás sobreviviendo? Olivia camina rápido hacia la estación de Cathedral. Veloz. Más rápido que ayer y que la semana pasada. Baja la escalera junto con los otros igual de veloces, casi saltándose la escalera. Pero ella es la única que va con el corazón extraviado en tristeza. El túnel le aprisiona el pecho. Rachel, Yehudith, Esther, Deborah, Leah, Shira, mamá. Las llamas rojas. Opresoras. Asesinas. Los gritos de las muertas vuelven bajo Colombus Avenue. Señalan a Rivka, que hoy es Olivia, y la culpan de la desgracia.

La ceniza la cubre por completo.

Va a comprar una revista en el quiosco, pero el carro ha llegado. Todavía, a pesar de llevar varios años trabajando en Wall Street, el trayecto se le hace interminable y evita los vagones repletos. No tolera el contacto físico con extraños, oler los perfumes baratos que denuncian las desdichas ajenas. Alza una ceja. Ha encontrado un asiento libre, no como ayer, que le tocó ir junto a un punki. Una oficinista se sienta a su lado. Una mujer normal. ¿Me veo normal yo también? El aroma a donas sigue pegado en su ánimo. Ándate, Rivka, aquí no. Basura desperdigada por el suelo: cáscaras de naranjas, envases de leche y un vagabundo arrimado en la esquina del vagón. A él nadie le habla. Nadie lo mira. Nadie lo toma en cuenta. ¿Existes? ¿Eres parte de mi mundo? El carro agarra velocidad. Lee *La ciudad de la alegría*, mamá, ¿te habría gustado? Por fin llega a Chambers y los pasajeros están agolpados en la puerta. Bajar lo más pronto posible, salir del encierro y la suciedad. Tiempo y frío se han activado. Intenta suspender el de la ceniza, pero se adhiere con desparpajo, convirtiéndose en su escama. Son las siete con treinta; es una de las primeras en llegar al piso cuarenta y cinco. Hoy nada le genera orgullo. Ni siquiera eso. Ser primera. Rivka ante la pira.

Ella es silencio.

El escritorio de Olivia está cubierto con una ruma de memorándums. Distingue la letra de su jefe, Sam Beats. Olivia ya era Olivia cuando llegó a trabajar ahí, aún no finalizaba el curso de traducción. Él le enseñó todo lo que sabe, incluso cómo encender el computador. Pero no entendí mucho lo que me explicaste de que en

Wall Street todos son uno, como un ecosistema. Si venía una caída bursátil, nos iba a afectar por igual, me dijiste, y que nunca sabríamos cuándo la crisis iba a explotar. Beats se lo advirtió masticando un pedazo de zanahoria y anudándose la corbata mostaza avena. Olivia, con la minuciosidad de Rivka, iba anotando cada letra y suspiro de Beats. El primer día de trabajo creyó que sufriría una crisis de pánico. Todo enorme y muy nuevo. La mayoría iban vestidas con faldas tubo y blusas con hombreras. Sam Beats hizo como que no vio el pantalón ancho y el suéter de cuello tortuga de su flamante traductora, que también con el paso del tiempo se convirtió en su asistente personal. Su amigo, el diplomático irlandés Edward O'Connor, no le iba a recomendar a una inepta y por eso Sam Beats invirtió horas y horas en Olivia. Le enseñó con asteriscos, comas y números cada detalle de la compañía.

Al igual que Rivka, Olivia da pequeños mordiscos a la dona, casi sellándola entre sus labios gruesos. Es cuidadosa. Lo peor sería ensuciarse al inicio de la jornada. Saborea la cobertura, el azúcar va disolviéndose en el paladar. Qué placer siente al recordar a su padre yendo juntos, temprano antes del colegio, a comprar un *rugelach*. No ha vuelto a comer uno desde la debacle. Cuánto le gustaría creer que Yaakov vendrá a rescatarla de este piso cuarenta y cinco alzando una de esas masas rellenas de chocolate.

Rivka, chica con sueños. Chica de Williamsburg. Mamá, tú no ibas a detenerme, yo iba a trabajar en el Mount Sinai. Mira el reloj. Las nueve recién. Arrastra la yema del índice derecho sobre el teclado del computador. Lejos va quedando la máquina Olivetti, está rezagada en un costado. Pronto al depósito del olvido, como las muertas. Da un salto. Eso la aterroriza. Olvidar lo inolvidable. En el bloc amarillo apunta los pendientes del día con la letra clara y ordenada. Tiene abierta la agenda del miércoles. Aventúrate, Olivia, lee mecánicamente la frase que Beats le lanzó el lunes. Rivka potencia un «sería». Olivia, un «es». Abrirme al mundo, ¿eso me dijiste?

Él habla rápido y Olivia cuenta los microsegundos. Ella piensa en lo que él le sugirió: aventúrate. Pero Sam, lo más lejos que he llegado es aquí a Manhattan, nunca he tenido un pasaporte ni me he subido a un avión. Me dijiste que fuera a París, que estudiara algo nuevo, pero solo en mis vacaciones, porque debía quedarme contigo hasta la eternidad. Sus pensamientos se enredan en el humo del cigarrillo de Beats. ¿Qué dices, mamá, existe la eternidad? Beats, métete en tus números, en mi vida nadie lo hace ni lo hará. Yo no te pregunto sobre tu vida personal ni tú de la mía. No ando diciéndote dónde viajar. O

cómo domar a tu Julie, que se acuesta con la mitad de Wall Street. ¡Eternidad! Quién te viera, Wall Street y la eternidad. La eternidad no existe. La mía se acabó con las llamas.

París, oh, París.

Comenzó a soñar con esa ciudad cuando era Rivka y Esther le mostró una postal de la ribera sur del Sena; los edificios señoriales le recordaron el libro de historia de la *morá* Wolfstein.

París. Allí iré, anuncia en voz alta.

¿Qué dices, Olivia?, le pregunta Beats apagando el cigarrillo a medio terminar.

Tacha la palabra *aventúrate*. El visor del computador no responde. Maldita pantalla, maldito papá, ¿vas a llamarme hoy? Para qué, si siempre te quedas mudo, ¿tendré que soportar otra vez tu silencio? Ella observa el bate de béisbol que alguien olvidó. Ajá, con eso voy a triturar el teléfono. Demasiada Rivka hoy. Sopla el café con el mismo gesto de Yaakov ante la puerta de 72 Penn Street. Una casa digna de Williamsburg. Ladrillos de Rivka. En el escritorio de Olivia solo hay una fotografía de George en el parque de Riverside. Hija mía, me dirías, mamá, tienes que ser más que una simple traductora y dueña de un perro. Todavía te veo riéndote cuando Yehudith y yo te rogamos tener uno. Ahora también quieren un perro. Tan americanas mis hijas y yo, una pobre judía rumana, nos respondiste. Pero yo sé que George te habría conquistado. Anota en su bloc amarillo: comprarle comida.

Mamá, te fuiste pronto. Demasiado.

La memoria de Olivia es como un enigma salomónico de doce mil piezas, cuesta ensamblarlo. Una leve sonrisa, una mueca casi, alumbra su rostro. Desde este piso cuarenta y cinco observa la habitación que compartía con Rachel. El velador separaba las dos camas y la pequeña lámpara apenas encendía. Rivka era todo lo estudiosa y musical que su hermana jamás sería. Desde pequeña Rachel prefirió coser a ir al colegio y leía novelitas rosas como si solo existieran diez en todo el planeta. Pero Hashem quiso otra cosa para ti. ¿Por qué, Hashem, no dejaste que ella viviera? Habría dado la mía a cambio.

Las letras titilan en la pantalla del computador. Están contándole el futuro de Rivka Schtern, murmurándole al oído cómo hubiera sido dormir con Yehudith. Ella, con un susurro dantesco la amenazaba diciéndole que haría de sus noches un infierno. Pobre de ti que vayas a llorarle a mamá, eso me decías, Yehudith, y yo te creía. Recuerdo tus dientes perfectos escondidos en la mueca de una víbora. ¿Por qué tú tenías todos los privilegios? Solo tú tenías tu propio dentífrico. Solo a ti te permitían untar la alcachofa con mayonesa. Solo a ti te dejaban

leer hasta la medianoche. Yo seguía tu juego, caía en la trampa de tus maquinaciones y gritaba a viva voz que no quería dormir contigo, una bruja, que me podías degollar. Si hubiera sabido. Nunca explotó la tercera guerra mundial en Penn Street, y tanto que la temí. Yaakov asentía. Tzipora asentía. Pero ustedes hacían caso omiso de mis alegatos, seguían pensando en sus muertos errantes. La guerra asesinó a la hermana de Tzipora. La guerra asesinó al padre de su madre. A todos. Yaakov y Tzipora repetían: la familia es el átomo, solo somos personas dignas si estamos dentro de ella. Rivka no se iba a quedar de brazos cruzados, no iba a permitir que la obligaran a compartir habitación con Yehudith, dormiría con sus otras hermanas. Incluso estaba dispuesta a irse a la buhardilla con Esther. Rivka conocía a la perfección la lengua larga y roja de Yehudith. Los tres años de diferencia entre ambas no significaban mucho. Yehudith, la mejor alumna. Compañera. Hija. Rivka creía que solo las unía el apellido.

Luego, la muerte.

Las banderas otoñales del roble otorgaban una prestancia a Penn Street que hubiera enternecido incluso a un condenado a la guillotina. Las hojas enormes, casi triangulares, coloreaban la calle de Rivka. Ella estaba moliendo la carne cuando tres hojas rozaron el alféizar de la ventana. Sus labios gruesos, no tanto como los que serán de Olivia, soplaron imaginando que la conducirían al Mount Sinai vestida con un delantal impecable. Tzipora estaba batiendo la crema con la que iba a rellenar el pastel y Rivka a espaldas de su madre sumergió el dedo en la mezcla; lo chupó como si hubiera sido el regalo más delicioso del continente. Tzipora le pegó con la cuchara. ¡Cómo se te ocurre! Estás pasada a carne, pobre de ti que te vea otra vez metiendo las manos donde nadie te lo pidió. Quiero ser enfermera, interrumpió los sabores de alquimia. Mamá, me observaste con esos ojos de justicia y no pudiste callarte. Lo recuerdo. Me respondiste, sin romper ninguna letra del *aleph-bet*, que yo sería enfermera en otra vida porque me iba a casar como todas. Tan hermosa, tan necia. ¿Dónde inventas esas locuras? Me respondiste con la cuchara de palo en alto. Volví a intentarlo con mi tono musical. Mamá, escúchame, de verdad, maaaaa… Pero nada hubiera podido convencerte. ¿Te volviste loca, *mishiguine*? Estudiar. Ni lo pienses. Los Schtern no tenemos cómo pagar tus gustos de señorita moderna. ¿Está claro? ¿O tengo que repetirlo, Rivka, Rivkele Schtern?

Tzipora encendió el horno a ciento ochenta grados y el aroma de las castañas inundó la casa de ladrillos. La madre se acercó tanto a Rivka que ella tembló como una hoja triangular. Existen becas, mamá.

Ella siguió interrumpiendo la paz de sabores de alquimia. Me dijiste que yo tenía ideas estrafalarias, que no entendía nada. ¿Qué parte de tu vida es la que no entiendes, Rivka Schtern? Te desafío. Es imposible que consigas una beca. Mujer, judía y de Brooklyn. Qué sentido del humor tienes. Estoy segura de que eso viene de las excentricidades de tu padre. Escúchame, señorita liberal y adolescente, como les dicen ahora: estás fuera de la carrera. Mamá, me quedé fuera de la carrera antes de cualquier cosa, apenas he hecho unos cursos de traducción y aquí estoy, intentando recuperar una vida. Dime que sí podré, mamá. Tú, que te levantabas agradeciendo, olvidé tu *modé ani lefaneja,* no he vuelto a decir las bendiciones matutinas y tampoco a rezar como me enseñaste. Hashem, cuánto quisiera perdonarte, pero Tú me quitaste lo más preciado que tenía. En ti, mamá, las horas del día se alargaban, no parecían veinticuatro. Comenzabas con las papas y zanahorias. Seguías con la escoba y languidecías con una aguja de coser. La madre cose y cose y Rivka desvela secretos como si fueran un tafetán de Islandia. Así fue como en el clóset de Tzipora encontró una lata de galletas llena de billetes. Los conté, mamá, eran todos de cinco y diez, sumaban más de quinientos dólares. Tuvieron que pasar años antes de que Rivka entendiera para qué los estaba ahorrando. Mamá, ahora me puedo comprar el vestido de novia, pero me falta lo principal. Yo sé lo que estás pensando, que en vez de trabajar tanto, me busque a un buen *yid*, uno que me quiera tanto como papá te quiso a ti.

Rivka, luego del colegio, trabajaba en la mueblería Lewin, la más grande del barrio judío de Williamsburg. Era la contadora. En un cuaderno enorme, ancho, con la letra cuidada y redonda, iba anotando los ingresos, egresos, cada boleta y cada gasto. Por eso podía darse gustos, como el *egg cream* semanal. La Rivka de entonces, la que hoy se conoce por Olivia, soñaba un futuro con carne para *shabat* y zapatos nuevos. Porque su padre, un matarife con manos para matar y dedos para trenzar melodías de violín, solo podía costear lo más básico de la familia. Rivka solía ir a la estación de Hewes Street. Tan solo a mirar. Allí, en la antepenúltima escalinata, imaginaba la otra orilla del East River. Hasta que un día, sola y sin su padre, con sus hermanas y madre convertidas en ceniza, abandonó Penn Street para subirse por primera vez en sus catorce años de vida a un carro de metro.

El sonido del teléfono la trae de regreso a su yo de traductora, conocedora de avenidas burbujeantes. La mañana no existe. Su pecho absorbe la pulsión atómica del día. Quisiera volver a respirar como una libélula sobre un jardín de lavandas. Hojea el catálogo donde compró los obsequios para los clientes y la familia de Beats. Su primera Navidad fue cuando comenzó a trabajar con los O'Connor y le regalaron una cartera de cuero. Vuelve a cotejar la lista y, con ella en la mano, va a la bodega, que está en el extremo izquierdo del piso cuarenta y cinco. Rebosa con carpetas, además de dos computadores. En una esquina están los paquetes envueltos en un papel celofán color jade coronados con una enorme cinta del mismo tono. Son para los hijos de su jefe y el collar de diamantes para Julie, él lo guardó en su caja fuerte. La pulsión atómica le da un recreo. En su escritorio, en unos sobres dorados, distribuye los abonos para la ópera que Beats va a obsequiar a los principales clientes de la firma.

Cada tanto se queda observando al teléfono y ante cada ring un escalofrío se instala en sus omóplatos. Almuerza la típica sopa de zapallo que venden en el quiosco del primer piso, desabrida, suficiente para la Olivia de hoy. Por fin mi día avanza. Son las cinco. Hora prudente para regresar a su cueva, al 308 en Riverside.

Cae. Los copos otra vez y la bruma ha regresado, envuelve los rascacielos. Olivia aprieta con fuerza el vaso con jugo de manzana. Unos tímidos rayos de sol interfieren con su peso atómico. Súbita como la vida. Solo queda ella, Rivka en Olivia, además del contador que hace poco comenzó a trabajar ahí. Olivia desvía la mirada. Ándate, quiero estar sola, sin testigos de mi silencio. Enciende la luz del pasillo. Regresa a la ventana. No ha olvidado la costumbre de Rivka de contar los copos. En Penn Street caían en mi cara. Rachel, Yehudith, Esther, Deborah, Leah, Shira.

Tus copitos, mamá.

¿Cómo puedo volver a contarlos?

Abajo, en la vereda, divisa a una mujer con un abrigo escarlata, el único color en la calle. Pasea a un perro. La mujer del perrito, la de Chejov. Ella en el balneario, enamorada, y yo, sola, sin ningún amor. Olivia, la que fue Rivka y única testigo de la noche de ceniza, teme moverse, el teléfono podría sonar. Vuelve a calzarse con las botas de nieve y el sobretodo descansa en su brazo. El ring la congela. Olivia, confundida en Rivka. El abrigo. Cae. Estira el brazo izquierdo en dirección al aparato. Deja que el timbre inunde la oficina. Papá, hoy sí que te vas a cansar de llamar, no te voy a contestar, por nada ni por nadie. El contador la ficha. Voy a quedar como una estúpida si no lo levanto. Lo coge. Lento. Como una pistola lo apoya en su oreja izquierda.

Al otro lado de la línea escucha una respiración entrecortada.

¿Cuántos años han pasado desde tu primera llamada, papá?

La primera vez que Yaakov la telefoneó, ella quiso creer que Gabriel, el más travieso de los hijos de Dora, le estaba haciendo una pitanza. Al año siguiente, tres llamados consecutivos. Todos en la misma fecha: el dos de *Tevet*, el aniversario de la debacle. Un diciembre. Mi diciembre. Es tu respiración de padre asmático, típica de un hombre que apenas sabe aletear sus alas frágiles de mariposa. Ese que la abandonó el mismo día del entierro de las muertas.

¿Papá? ¿Eres tú?

Aire que entra y sale por el teléfono. Ninguna palabra.

Papá, háblame. Ah, solo quieres escucharme, ¿eso es? Eres egoísta, tan manco de sentimientos. ¿Por qué me enterraste con ellas? ¡Estoy… estoy viva, papá!

Ella va a colgar. Saborea la tímida lágrima que escurre en su mejilla. Cuelga. Él vuelve a llamar.

Silencio.

Anoche soñé con tu cuchillo, estaba salpicado con sangre, incrustado en la cubierta de tu violín, le contó el diciembre anterior y hoy, antes de despedirse, murmura: Papá, soy tu Rivka, tu Rivkale. Tu algodón de azúcar, la más linda, me decías. El teléfono continúa adosado a la oreja, sin vocablos entre un padre y una hija, ninguno osa crear un nuevo cuento de hadas. Ella muerde el labio voraz, parece una loba triste. Olivia busca a Rivka.

El contador alza la mano despidiéndose. En una boleta ella esboza unos largos pétalos de lirios. Son los minutos mudos entre padre e hija. Afonía de chispas. Es capaz, cree, de cortar la llamada. Los movimientos de Olivia y tan de Rivka no pretenden herirlo. Ella va enumerando las vocales de su alma, aquellas que nunca ha sido capaz de confesarle. Frases pegadas en su paladar.

Olivia es la que siempre cuelga. Así lo hace hoy. Da vueltas por el piso vacío como un ratón de laboratorio. La cabeza le explota, apoya su frente en el vidrio. En la calle un conductor de un taxi amarillo toca la bocina. Observa a los peatones, que le recuerdan a un robot que vio en una tienda de juguetes. Cae. Más nieve. Quedarme esta noche aquí,

pronto llegarán las del aseo, siempre alegres. Vuelve a observar la calle, cuarenta y cinco pisos más abajo, mira el fulgor desde la cima del Sinaí. Unas personas diminutas se han congregado, algo sucede, ignora qué, obviamente. Rivka con padre y madre. Sonríe a su Shira, acaricia los bucles rubios de su Leah, conversa en la noche con su Rachel, escucha los llantos de su Deborah y los dedos de piano de Yehudith se diluyen en las coplas de su Esther. Un poco más allá, las más pequeñas soplan las plumas con sus boquitas traviesas. Es la lluvia de un ayer. Tzipora con el ceño fruncido, Rivka sonríe y casi le comenta hoy, cuando es Olivia, qué simple era la felicidad.

Olivia espera el ascensor y la carcajada de Shira retumba como una tonada de cuna. La ve chupando un bombón. Las comisuras de su labio están manchadas con este deleite infantil, pero el elevador la trae de regreso a este edificio. Es una oficinista más encerrada, fijando la vista fija en lo alto, en la estela de números luminosos que indican el descenso. La nieve ha cubierto el pavimento. Cae. Olvida comprar la comida de George y cuando está abriendo la puerta del departamento y el terrier se abalanza sobre ella, lo recuerda. Guarda las botas de nieve en la pequeña cómoda turquesa que está en la entrada. Le gustaría hacer lo mismo con Rivka. En un gesto de falsa liberación, lanza lejos la blusa de lunares escarlata, pero Rivka la llama al orden y Olivia, alumna aplicada, cuelga la ropa como su madre le enseñó.

Hoy, cuando es el *iortzait* de la ceniza, las manos bellas y albas van deslizando el jabón de pera, borrando los semblantes de Penn Street. Olivia, arropada con el chal verbena que compró en la feria de Waterfront, mira el techo sin mirarlo. Es la hora. Hojea el mismo periódico de esa mañana. Podría animarse, ir a ver *Octopussy,* la película que todos comentan en la oficina. La tetera bulle. Las pupilas verdosas, casi olivas de Olivia quedan estampadas en el refrigerador. Solo hay una postal, es una casa rodeada por un bosque de coníferas y el menú de *delivery* de comida china. Es la hora. En la cocina se monta sobre un taburete y abre la repisa que está sobre la encimera. Casi al fondo, escondido en un rincón, divisa la vela con la que conmemorará a sus muertas. Es la hora. Regresa a la cómoda turquesa. Allí guarda el *Sidur*, el único vestigio de Tzipora, que saltó de Rivka a Olivia. Mamá, cada mañana y cada atardecer lo acercabas a tu pecho, tus labios pronunciaban la *tefilá*, ibas inaugurando una plegaria con las letras del *aleph-bet*, con este antiquísimo libro de rezos, allí encontrabas a Hashem. Es la hora. Mamá, ¿podré perdonarlo? Allí, entre medio de las santas páginas, está la única foto que sobrevivió a la debacle. Un

domingo cualquiera, un fotógrafo cualquiera visitó al pueblo donde vivía Tzipora. Ella está rodeada por sus cinco hermanos que fueron asesinados en la guerra. Es la hora. Exacta para la única de las siete hijas, una errante de la diáspora carente de fajos de oro. Enciende la vela. Las siete almas cenicientas congregadas en una sola luz.

Rivka envuelta en Olivia.

Frente a ese tenue y solitario destello, recita el *kadish*.

La *tefilá* por sus muertas.

Sobre la mesa de centro están apilados los libros que la iniciaron en la lectura; *Cumbres borrascosas, Rojo y negro, Orgullo y prejuicio*. Olivia sumergida en Olivia. Rivka queda en la otra ribera, es una peregrina en busca de su albergue y Olivia, cantando a viva voz junto con Billy Joel, se distancia más y más de la ceniza. Solo que Yaakov sigue bombeándola con sus alas de mariposa y la única receta para deshacerse de él es dándose un baño de tina. Es su rito. A los pocos días de llegar a Riverside lo inició. Ya era Olivia errante, lejos de Penn Street. Descorre la cortina de plástico y el metro de París queda resumido en una línea púrpura. El vapor va cubriendo el espejo del baño. Lo limpia y se queda absorta en su rostro ovalado de una belleza que aún se camufla. Sus ojeras le parecen particularmente profundas hoy. Con los nudillos va restregándose los ojos tan verdes. Lanza un puñado de sal de rosas. Cae. Al fondo.

La tibieza del agua recorre la piel privada de ondas, ignorante de la fricción entre dos cuerpos. Apoya la cabeza en el borde de la tina. Quiero un cigarrillo, uno solo. Han pasado varios años cuando allí, en esa misma bañera, se durmió y el cigarrillo cayó sobre el *Daily News* y el papel comenzó a achicharrase. El calor del conato de incendió la despertó. Algo retumba. Son los saltos de Gabriel y Aaron, los hijos de Dora, una amiga y confidente que conoció a los pocos días que llegó a vivir a Riverside. Dora, perdiste a un marido, pero te quedaste con hijos. Esos chiquillos han obligado a Olivia a conectarse con la idea de familia de la que tanto huye. Un ángel de ternura brota en ella al imaginar a Ilana chupando un dulce mientras sus hermanos lanzan el balón.

El cuerpo de Olivia poco tiene de Rivka. Sinuoso. Nada es exagerado en ella. El estómago plano, sin estrías. El de una mujer virgen. ¿Para siempre? Es un laberinto inexplorado para ella y para cualquiera que fue alguna vez una Rivka. Entierra su canino en la comisura; una gota de sangre. Sinuoso. Con la esponja de mar va frotando sus piernas, la apretuja y una cascada cae sobre el busto, pequeño en relación con el torso. Recoge el folleto que alguien deslizó por la ranura de la puerta. No le gusta la sonrisa de la mujer en la

primera página. Somos el instituto de traducción más grande… Mueve la mano izquierda, tiene onda con Billy Joel. «*Wherever you may go, no matter where you are*», la cabeza de Olivia sube y baja al toque del baterista. ¡Ay, Billy!

El mundo será tuyo. Primeras dos clases gratis.

¿Aventurarme? Sus pupilas se han quedado fijas en la cerámica nívea, corroída por la humedad. ¿Será mío este mundo, mamá? ¿Te acuerdas cuando me leías la columna de los jueves, de esa periodista, de Olivia? Yo veía un futuro enorme, más allá de Penn Street. ¿Sabes cuándo me comenzó a seducir el español? Con Lorena, mamá.

Tarde de agosto, húmeda, el calor se pegaba incluso en las uñas. La habitación de Tzipora en penumbra. Allí estaban Rivka y Lorena, la matrona mexicana que se adjudicó a la parturienta. Más noches que días, Yaakov había rogado a su mujer para que diera a luz en el hospital. Ella, con su entonación típica, le respondía: Olvídalo, aquí lo tendré, tal cual como lo he hecho siempre. Puje, *push*, mamita, ordenaba Lorena y Rivka lo replicaba. Mamá, en ese cuarto gobernado por la oscuridad y el calor, sin reloj ni viento, conocí un universo de palabras que me fueron remeciendo como pequeñas compresas frías. El sudor de Lorena nacía en su sien y brincaba al escote. Puje, *milaydi*, puje nomás, insistía, y Rivka lo repetía, imitando el tono mexicano. Sonidos melodiosos, no entendía dónde empezaba y terminaba la palabra, todas seguidas y hermosas. Pare, *stop*. Lorena alzó la mano segura de su disposición. Tzipora, incapaz de detenerse, seguía contorneándose como una culebra. Su cuarta hija, la que hoy ha resuelto llamarse Olivia, sostenía presta los pañales de tela. Puje, mi señora, ya no queda nada, se ve la cabeza, puje, chillaba Lorena con la seguridad veterana de traer niños al mundo. Es una niña, una *girl*, clamó.

Shira, la séptima y la última de los Schtern. Es una niña, salió gritando Rivka. Yaakov solo suspiraba. Ya por la sorpresa. Ya por desilusión. La séptima hija. Papá, yo estaba segura, ibas a tener tantos nietos que no ibas a poder sostenerlos en tus brazos. Cuánto me equivoqué, papá, no hubo *jupá*, no hubo yernos, no hubo nietos. Un amor sólido envolvió entonces al padre y a la cuarta hija. Yaakov encogió los hombros y sonrió con sencillez, como todo en él, luciendo un verde distinto en sus ojos, más transparente de lo que había sido en muchos años.

Es una niña, otra niña solo para ti. Venga, mire, *so pretty*, Lorena tiró del brazo del matarife hasta enraizarlo a Tzipora. Fueron siete los alumbramientos de los que él había ido arrancando, alejándose de esa

nueva voz como si el montero de un rey lo estuviera apuntando con un sable. Algo comentó la matrona sobre la recién nacida, que se parecía a una canción de felicidad.

Tzipora decidió llamarla Shira, canto eterno en hebreo.

Las cejas de Yaakov, arqueadas como lunas ante la nueva vida, ignoraban qué hacer con esta bebé y en menos de veinte segundos ya había vuelto al regazo de la madre.

Olivia levanta el tapón y el agua de la bañera remolonea hasta desaparecer. ¿Por qué eras así con los bebés, papá? No alcancé a preguntarte. Tanto que no pregunté. Una vez me dijiste que la memoria es un pozo oscuro cruzado por diminutas libélulas. Olivia masajea su pelo grueso, calcado al de la abuela que nunca conoció. ¿Cortármelo? ¿A lo *garzon*? Mueve ágil el secador. Billy Joel le canta una sonata. *Goodnight my angel*, entona la voz preciosa de Olivia. Un rayo alumbra el living y la tormenta vespertina inicia una travesía a tierras lejanas. El Mayflower Institute queda a tres estaciones de metro. Beats, ¿eso te sirve? ¿Suficiente aventura*?* Enciende la televisión. En un reportaje cuentan las medidas que están adoptando las autoridades, van a terminar con los vagabundos. El agua para los tallarines todavía no hierve. Olivia aprovecha de doblar las sábanas que lavó el domingo, vierte unas gotas de aceite, un puñado de sal y los espaguetis. Empareja unos calcetines y llena el plato de George con los restos de comida que quedan en la bolsa. Busca su libreta de gastos y el estado de cuenta del banco. Deja todo en la mesa. Sazona la pasta con un poco más de aceite. La vela del *iortzait* sigue iluminando el pasillo. Mueve el plato al otro extremo de la mesa, no quiere enfrentarse a ese destello. Mastica lento, como una niña desganada a la que están obligando a cenar, va envolviendo los tallarines en el tenedor y revisa la libreta con los gastos mensuales. El arriendo consume buena parte del sueldo. En el *Daily News* anuncian para el próximo mes un reajuste de las tarifas de teléfono. Ella tiene un fondo de emergencias. ¿El Mayflower Institute es una? Necesito mejorar mi español, lo que aprendí con Paula y ese instituto no es suficiente. El curso dura un año completo, cincuenta por ciento por adelantado. Iré a Costa Rica. La selva. Hasta podría convertirme en profesora. Se llena la boca, delicioso, como si nunca hubiera comido un espagueti. Mastica con ganas. Alza la cabeza. Ve unas imágenes de unos drogadictos.

Apaga el televisor. Coge el globo terráqueo que está en la repisa entre *Cien años de soledad* y *El amor en tiempos del cólera*. Lo gira y el dedo queda sobre Sudamérica. Ni siquiera tengo pasaporte. Ríe de su

ilusión. Otra vez en el sofá, lee *Cumbres Borrascosas*. George también descansa de su cena. Imagina a Catherine en los páramos de Yorkshire, aún no conoce a Heathcliff. La ilusión vuelve a despuntar.

No ha vuelto al destello de sus muertas.

¿De dónde saliste, *Siete hijas?* Acaricia la carátula del disco. Dudosa y en la penumbra, reemplaza a Billy Joel por Samuel Senderei.

¡Siete hijas! Un paraíso femenino.
Pero mira lo que son las cosas.
Siete hijas.
Bessie, Nessie, Essie, Hessy y después Betty.
Luego de Tina vendrá Hanna, la delgada,
y después Mina, la más joven.
Cada una más alta que la otra.
Cada una más bella que la anterior.
¿Están casadas? ¡Adivina!
Todas quieren un palio nupcial.
Cada una es una novia que será.
Pero no hay ningún novio a la vista.
Al comienzo no las puedo alimentar.
Luego, cuando la vida se hace más fácil para nosotros.
Y pronto ellas serán raptadas por sus maridos.
Ahora, cuando la casamentera viene.
No tengo a nadie a quién ofrecer-
«*Siete hijas*», Samuel Senderei.

Cada palabra, antigua como el mismo yidis, la conduce a su matriz de Rivka. A la única Schtern del mundo.

Mi debacle es una diminuta mancha en la historia del universo. ¿Quién se va a acordar de mí, de ustedes? Reiss, estoy segurísima de que después del funeral ni pensaste en un minuto más en nosotras, qué te podían importar ahora tus seis jovencitas muertas si ya no te ibas a ganar un dólar con las Schtern.

La vela sigue regalando su luz.

Olivia camina con pasitos de ardilla hacia la cómoda turquesa, un color inexistente en Rivka. Las dos butacas de un amarillo sepia eran lo más osado en 72 Penn Street. Su pelo roza la mecha. Abre el cajón donde guarda el *Sidur* de tapa dura y casi de un tono crema desteñido. Un *Sidur* que sobrevivió la guerra con Tzipora. Viajó a América, como ella solía llamar a Estados Unidos, y renació en Rivka. El libro santo. Tu herencia. Es la mantilla de Olivia Schtern. Hoy se aferra con sumo candor. Los dedos finos quisieran derretir la *reish* y la *zain*, transformarlas en tu abrazo. Estrujarlo, eso también podría, botar una a una sus páginas. Arrancaría mis voces. ¿Quemarte con la vela? Lo muerde. El *Sidur*. Casi respira a su madre allí.

En este instante, cuando la noche es porosa a los miedos y a las andanzas de los extraviados, ella, Rivka Olivia, pregunta.

¿Para qué sobreviví?

Nace un espacio cóncavo dando cobijo al dolor más puro de la huérfana.

Ella, testimonio de un ayer.

De otro yo.

Acerca sus labios carnosos a la tapa. Huele a madre. Observa. A Rivka. A esas callejuelas de colegiala con la eternidad de un mañana.

Rivkele, eres la más hermosa de todas. Es nuestro secreto, no se lo digas a tus hermanas. Sospecho que lo mismo le declarabas a cada una y todas te creíamos. Tu voz cantada, papá, acariciando el helado de paleta que tomábamos sentados en la acera. Tú de piña, yo de frutilla. De un color tan sublime como la felicidad que sentía en ese momento. Mejillas coronadas por hoyuelos ínfimos.

El sol oblicuo, típico de febrero, no existía sobre el mantel de plástico que los Schtern usaban los días de semana. El de tela lo reservaban para *shabat*. Rivka y Yehudith resolvían unos ejercicios de geometría. En la página ciento setenta y tres, al margen derecho, había unos comentarios con una letra aún más minuciosa que la de Rivka y de Olivia. Era la de Yehudith. Rivka, futura Olivia, presionaba los labios. Escondía sus dientes, aunque no tendría por qué, eran perfectos y casi translúcidos. Hubiera querido preguntarle a su hermana cómo resolver la ecuación, pero el orgullo pegado a sus tímpanos se lo impedía. Alguien le cubrió los párpados. Dedos callosos. Olían a cedro. Él, sin quitar la mano, le dio un beso en la mejilla izquierda y le susurró como solía hacerlo: Mi beso de azúcar.

Olivia anida este recuerdo tibio en su *neshamá*, un alma que no resiste lo empalagoso. Dobla las piernas hasta formar un triángulo, apoyando el *Sidur* sobre su regazo. El iris de Rivka es más claro que el de Olivia, sobre todo hoy, cuando vuelve a escuchar las melodías jasídicas que su padre solía entonar como si aún fuera el chiquillo de su *shtetl*. Está recostada sobre la alfombra, George la olisquea y este aroma de perro le facilita la tarea de ahuyentar un ayer. Hoy es el día de los recuerdos, de conectarme con ustedes, mis lindas muertas, contigo, papá, en tu ausencia. Ni siquiera queda un nombre, un lugar donde apuntarte en el mapa, vestigio de un cuento sin protagonistas. ¿Por qué, papá? ¿Por qué no vuelves a mí? ¿Te acuerdas cuando intentaste contar las estrellas? Pero solo vimos las luces de la calle. Con tus manos magulladas por el peso del cuchillo, armaste una especie de canasto y las insuflaste con tu aire dulzón; yo te miraba con

ojitos de niña curiosa, de verdad creía que desde ahí brotarían las estrellas. Toma, preciosa, me dijiste, y soplaste un poco más formando un globo, donde explotaron astros maravillosos, de colores sin nombres aún.

Rivka solía esperarlo a la salida de 72 Penn Street. A veces con un libro. Otras, con caramelos de anís. Quizá también con lápices de crayón. Ese martes estaba jugando con una rama de un árbol casi de su tamaño; la había encontrado a la salida del colegio. Intentó doblarla sin romperla. Yaakov arrastraba las suelas de sus zapatos, sin la prisa del universo. Rivka lo vio en su do y re, agregando algo de mi, de un fa y también de un sol. La barba le rozaba el cuello a pesar de que esta mañana la había cortado, como solía hacerlo cada jueves. La cuarta hija enrollaba sus dedos en esas hebras canas.

¿Y este milagro?, él le preguntó, encantando por la supuesta sorpresa. Ella agitaba un billete de diez dólares, le acababan de pagar en la mueblería y lo invitó a la pastelería Strauss. Pero no aceptaste, papá. Recuerdo que miraste mis mocasines de colegio sucios por la tierra y supe que no irías, preferías limpiarlos. La brisa, tímida como el padre, agitó imperceptiblemente su barba. Ella lanzó la rama lo más lejos posible, juntando valor para lo que vendría. Papá, ¡no doy más! Hace dos días que mamá no me dirige una palabra, cree que soy una *mishiguine*. Yaakov Schtern la observó unos instantes. Vio el rostro acalorado de Rivka, idéntico al que tendrá Olivia en el sulfuro. El frío anticipado de octubre se estampó en la joven como una esquela de deseos inconclusos, pensando que no estaba loca, como opinaba su madre.

Quiero estudiar Enfermería y no me quiero casar.

Comprendo.

Vino un silencio y Rivka dibujó con la rama una línea sobre la mugre del zapato.

Ahora me vas a escuchar tú a mí, la cadencia de su voz no era la de sobreviviente.

Ni idea, querida niñita, quién te ha metido esas ideas estrambóticas en la cabeza; nosotros somos los Schtern y aquí nadie viene con esas tonteras. Me da exactamente lo mismo si quieres ir a China o a Mongolia, la respuesta es no. ¿Crees que podrás sobrevivir sola, sin un hombre que te dé techo, comida e hijos? ¡Tu deber es casarte y tener hijos! Unos copitos enanos rozaron el abrigo de Rivka, intentaban contener la tristeza. Su padre, con la barbilla tiritando, y no por el frío, continuó con la diatriba. Somos judíos, Rivka. No esos de Manhattan, con su dedo ennegrecido por la tierra señaló el East

River. Nos importa la familia y cumplimos con todas las *mitzvot*. De ahí venimos y ahí vamos. Yo sobreviví y ella, tu madre, sobrevivió. Las mujeres tienen hijos y son felices así. Los judíos eso queremos y eso hacemos, ¿está claro? Me da lo mismo si te casas a los diecinueve o a los veintidós, ningún minuto más tarde, señorita inventora de problemas, sentenció con el tono orgulloso de Abraham. Mirándola directo, siguió. Me importa un carajo lo que tú quieres, así de claro te debe quedar, Rivka Schtern. La dejó en la misma escalinata donde ella lo había estado esperando, sin el palito de árbol y sin fuerzas para ir tras su padre, agazapó la pena dentro de su *neshamá*, como si ella fuera un tomate verde, aún demasiado inmaduro para cosecharlo.

Siete hijas, un paraíso femenino. Esta canción es demasiado tuya, mamá, nunca pudiste hablar como una norteamericana. ¿Sabes que aquí en Manhattan pocos hablan yidis? Papá, ¿sueñas en yidis aún? Olivia silba a George, el terrier alza el hocico y corre donde ella, apoya su cabeza mínima sobre el estómago de su ama. El *Sidur* ha vuelto a su guarida hasta la próxima llamada silenciosa. Levanta la aguja del tocadiscos. No quiere más besos de azúcar. Vuelve a *Cumbres borrascosas*. Te sobrepusiste a una guerra, papá, pero no a nuestro incendio. Éramos tu Templo, ¿dónde me dejaste? Dúo hermoso, *cada una más bella que la anterior* y Rachel de novia. El domingo estarías bajo la *jupá*. Luego vendría Yehudith, Esther y…

¿Vendré yo? ¿Alguna vez tendré un vestido de ruedos y un corazón raptado?

Bebe directo del grifo y esta sensación de frescura la conduce a una mañana de verano con más de treinta grados. Tzipora le había pedido un vaso de agua y Rivka, consciente de su próxima travesura, anticipó el enojo de su madre, sabía que ella no soportaba el agua con hielo. Señorita Rivka, te voy a tirar el vaso en la cabeza, no vuelvas a hacerlo. Y reía, mamá, por tu enojo de unos cuantos segundos, reía con tu semblante de furia y hoy reiría otra vez por tus quejidos de costurera.

Entonces los pechos de la futura Olivia todavía no se habían formado por completo y su frente lucía unas espinillas pequeñas, diminutos gránulos y una enorme como un poroto. Rivka estaba raspando la grasa adherida a la sartén, su madre anotaba los faltantes, cuadrando la caja chica, quedaban cinco días para el fin de mes.

Mamá, ya sé lo que quiero.

Qué bien, porque yo tengo cuarenta y nueve años y créeme que sigo buscando lo que quiero. Rivka gira y, simulando una sonrisa, continuó detallando su ambición: Podría irme a África con….

Tzipora estaba más cerca que nunca de su hija. Profunda y lenta, casi deletreando cada vocal.

¿Quieres convertirte en una cualquiera?

Rivka no escuchó el motor del camión que pasó frente a 72 Penn Street, sino la explosión galáctica que estaba saliendo de la boca de su madre.

«Siete hijas» es una canción demasiado corta para el dolor que aún habita en ella.

Bessie, Nessie, Essie, Hessy
y luego Betty, Tina.
Después de ella la esbelta Hannah
y la más joven, Mina.

¿Cómo que no hay un buen marido para Yehudith?, Tzipora le preguntó a la casamentera, cual loba salvaje. Las Schtern son las mejores. Una salud de hierro. Yehudith, astuta y hábil, ella sí que sabe manejar una casa, es la mejor alumna del curso. Así que, señora Reiss, no me venga con dilataciones, tras una pausa siguió con la perorata. Por algo le decimos a usted *la* casamentera de Williamsburg, estoy segura de que este mismo lunes me traerá la lista con los mejores candidatos.

Ignoraba que su cuarta hija estaba escuchando tras la puerta de la cocina.

Mamá, hoy mismo te quejaste de que estabas atrasadísima con los arreglos y debías entregar una ruma de ropa a la señora Friedlander, ¿qué haces perdiendo tu tiempo con la casamentera? Alguien le tiraba la falda. Shira había despertado recién de la siesta. Rivka, en un gesto maternal que nada tenía de Olivia, la tomó en brazos. Con el dedo índice le indicó que se quedara muda. La pequeña apoyó la cabecita rubia sobre el hombro de su hermana. Se restregó un ojo, quería su leche, señaló el biberón que estaba en el mesón, tibio. Rivka la acomodó en la silla de bebé. Repitió la señal de silencio. Los hoyuelos de Shira, dos lucecitas. La menor de los Schtern asintió con la cabecita. Shira, no te vayas a mover. Mamá, ¿por qué le estás haciendo esto a Yehudith? Rivka respiraba acompasadamente al tiempo que enrollaba en sí mismo el paño de cocina y el dibujo de la gallina quedaba apretujado, lo único que se distinguía era la punta de la cresta, como su rabia. Haré una huelga. Una de hambre. Eso les duele a ustedes, malditos sobrevivientes, no soportan el hambre, por eso comen como si el mundo se fuera a acabar. Enrolló un poco más la gallina. Los haré sufrir, mucho, mucho, igual como lo están haciendo conmigo. Tiró el paño. Shira también lo quería, la imitó y lanzó el biberón al aire, rodó por el suelo. Extendió los brazos hacia Rivka, «shhhh» y le dio una galleta de naranja.

Ahora, cuando la casamentera viene, no tengo a nadie a quién ofrecer.

En unas horas las voces de Penn Street serán ceniza de niña. Ceniza de hoyuelos y muñecas. Ceniza de galletas. Ceniza de

casamentera. Ceniza de biberón y cenizas de la Singer. Ceniza gruesa y algunas casi… impalpables. De esas que no se pegan. Ni brincan. Ceniza de mazapán. Ceniza de almohadas y noches con truenos. Cae. La ceniza. Pronto. Tan pronto. Shira lamió su palma y su boca quedó tapizada de migas. Rivka la limpió con el paño de cocina. Tomó aire.

Mamá, yo no soy tu mercadería. Rachel, ¿me puedo ir a vivir contigo?

Pero después la vida se hace más fácil para nosotros…

El cuello largo de Rivka estaba hinchándose, tenso. Shira también apoyó su dedito en el labio diciendo: «Shhhhhh». Arrugó más el paño e intentó quedarse donde estaba, pero la pólvora que se escondía en sus pulmones era más habilosa. Le dio otra galleta a Shira. La joven levantó un pie y luego el otro, como un avestruz. Estaba descalza, había dejado los mocasines húmedos en la entrada. Balanceaba el cuerpo, ser como Shira, contentarse con una galleta, desmigajarla y olvidarse de lo que estaba escuchando. La pólvora explotó y la fuerza de la propulsión la obligó a aterrizar en el comedor. Lo primero que vio fue la cartera de la Reiss sobre la silla, de un tono cobre idéntico a su peluca. Ella sostenía una pequeña libreta atiborrada con nombres escritos con una grafía típica de una rusa que nunca dominó el alfabeto del país al que vino a vivir.

Eres espantosa. ¿Quién quiso casarse contigo?

En el techo colgaba una lámpara modelo araña con seis tulipas de vidrio biselado. Tzipora la compró al día siguiente de su *jupá*. Ninguna de las seis ampolletas funcionaba y nadie la había limpiado desde que Deborah llegó al mundo. Las pupilas de Rivka eran la lava de un volcán inactivo desde la Edad Media, pero que pronto iba a derrochar su magma. Te voy a sacar a patadas, voy a arañar tu verruga hasta convertirla en un puré de células, cuánto vas a sufrir. Yo no vivo en un *shtetl*. Rivka desafió a la Reiss, acercándose con el torso completamente recto. Por si no te has enterado, estamos en pleno siglo veinte y, por si lo olvidaste, en el país más avanzado del mundo, le lanzó mirándola directo a los ojos mínimos de la casamentera.

¿Acaso sueñas con convertirte en una de esas que trabaja y abandona a su familia?

Yo sueño mi vida y usted no tiene derecho a decidir por nosotras. ¿Le queda claro, señora Reiss? Rivka puso especial énfasis en esta pregunta, con un tono de proyectil. La *shadjanit* juntó las manos como si estuviera tramando un saqueo en Babilonia. Carraspeó antes de responder. Mira, chiquilla, te crees más inteligente que yo, pero te voy a dar una noticia: al final, todas quieren casarse, dudo que tú seas la

excepción. En el escote de Rivka aparecieron unas pintas escarlatas. La oreja derecha le picaba más. Mamá, yo solo tenía catorce años. ¿Cómo podrías haber detenido mi lava, mamá?

Vieja decrépita, Rivka le espetó con solemnidad.

Ni siquiera las cortinas fueron capaces de agitarse ante tamaña erupción. La única ampolleta que sí funcionaba comenzó a parpadear. Los pies de Rivka estaban empantanados, cubiertos por el magma zapallo casi toronjil. La Reiss tampoco se movía un centímetro. Tzipora estiró tanto su blusa que los espirales de color cereza se convirtieron en rayas. Hubiese deseado evitar otra erupción, conocía el carácter de su hija. En este comedor de penumbra, entre el magma toronjil y los espirales cereza, aconteció otra riña. Fue el movimiento justo. Una bofetada cortante. Shira irrumpió en llanto. Rivka acarició su mejilla ardiente. El llanto seguía siendo el único sonido, ese fue el último que escuchó en Penn Street. Cogió el abrigo berenjena y volvió a calzarse los mocasines. La lava toronjil había inundado su hogar. Este fue el portazo que va a retumbar hasta el juicio final, cuando Rivka sea Olivia llorando a las muertas, en una noche más de *iortzait*.

Hoy Olivia.

Nunca le gustó la caratula de las «Siete muertas» con ese hombre de líneas geométricas tocando un arpa. Él mira hacia un horizonte donde cuelgan unas granadas.

Y pronto se las llevan los maridos.

Olivia apretuja sus manos entre los muslos y apoya la mejilla derecha en la almohada. Tal como lo hacía Rivka antes de dormir, solo que ella entonces debía soportar la cháchara de Rachel. Cuánto quisiste acoplarte a la familia de David, vivir como ellos, ni les contaste que no podíamos comprar carne para *shabat*. ¿Te imaginas nuestro primer *shabat*? Ojalá no se hayan dado cuenta de que somos tan..., Rachel le preguntó, aburrida del desvelo. Rivka completó la frase: pobres. ¿Creías que tus suegros eran unos tontos? ¿O que ellos no lo discutieron con David?

Quisiste ser la novia más linda de Williamsburg, querida hermana, pero incluso hoy me río de tu vestido, si hasta mamá encontró que era horrible. Estaban en la tienda y Rachel había elegido más de quince para probarse. Pero Tzipora no tenía paciencia y le ordenó a su primogénita que solo se probara tres. Rachel le rebatió, disfruta un poco. Yo vi tu cara, mamá, con eso de disfrutar. Fuiste inteligente, querida hermana, sabías que si continuabas insistiendo tu compra corría peligro. Tzipora acercó una silla hasta Rivka y abrió el sobre donde guardaba los billetes, los volvió a contar como si nunca lo hubiera hecho. En el corazón de Rivka los celos y el amor se iban mezclando como si estuvieran licuándose en una juguera. Tampoco tenía paciencia, intentó asombrarse con cada uno de los nueve que Rachel le fue mostrando. La expresión de Rivka era más que suficiente, intentó cerrar un ojo. El otro no la podía mirar. El diente canino lo enterró en su labio. El entrecejo, arrugado al máximo, cansado de tanta contrición. Un silbido interrumpió la escena. Hoy, cuando es Olivia, lo ha olvidado. Rachel saliendo del probador, lucía uno con un tul aún más sintético que las cortinas del cuarto de estar de los Schtern.

¡Qué hermosa!, exclamó Tzipora con una entonación de la falsa Isis. Rivka seguía ejercitando el autocontrol, encontraba una estupidez gastar dinero en esto. Ella hubiera obligado a su hermana, a todas, a cada una de las siete a arrendar un vestido de shantung.

Lo sabía: su madre jamás lo permitiría.

Bessie, Nessie, Essie, Hessy y después Betty… y todas seríamos novias,

tararea Olivia. Abraza la almohada, piensa en cuánto desea que la abracen así, con ese amor, como solía hacerlo su padre. Piensa también en el amor de Rachel. No alcanzaste, querida mía, a una caricia. ¿Qué me dirías? Rivka, tienes veinticuatro, vive como lo mereces, no puedes seguir tan sola. Olivia hunde el mentón en la almohada. ¿Te das cuenta? Nada de lo que quisiste se cumplió. Ni los besos. Ni la casa. Ni los niños. Y tampoco ocupaste ese horrible vestido, el que encontraste tan lindo con cinco ruedos, mi carcajada de payaso todavía se escucha en Williamsburg.

¿De verdad te gusta esa cosa?, vociferó Rivka, señalando el vestido. ¡Pareces un platillo volador! Tzipora tomó del brazo a su primogénita, hubiera hecho lo que fuera con tal de prevenir una escena allí, donde medio Williamsburg compraba los sueños de novia. Pero Rachel no iba a permitir que su hermana menor se mofara de ella, tan caprichosa y regalona de su padre. Con las dos manos levantó el faldón y sin amilanar su paso se plantó ante Rivka. Se cumplió tu profecía, querida Rachel, no encontré a nadie como David y nadie me ha aguantado.

El 308 de Riverside es un *iortzait*.

El verano es eterno para Olivia. Los minutos le parecen horas. Y las horas, días. Agosto. Un tiempo desnudo. Sin tropiezos. Sin filas interminables de automóviles esperando el cambio de luz en el semáforo. Los veleros navegan recogidos en el horizonte de lluvia. Olivia platica con el firmamento, enredada en las manecillas averiadas de un reloj.

Ninguna de las dos, ni Rivka ni Olivia, conocen las vacaciones. ¿Dónde iría? ¿Me atrevería? ¿California? Mamá, tú nunca saliste de Williamsburg, con suerte viniste a Manhattan a retirar unas telas. Ojalá hubieras aceptado la invitación que te hicimos con Mijal, mojarte los pies en el mar. Pero no hay tiempo para eso, los pobres no tenemos ese lujo, me comentaste una tarde en que yo protestaba por nuestra suerte. Sin un gramo de resentimiento me lo dijiste, mamá.

Olivia, desde el piso cuarenta y cinco, divisa una nube con tentáculos amorfos. Esboza una risa fresca, de boca sin heridas, vuelve a su Rivka, a su casa de ladrillos, a su Leah con unos brócolis construyendo un castillo. A mamá no le va a gustar eso y señaló las seis cabezas de brócoli repartidas en el suelo de la cocina. La pequeña miró a su hermana y levantó los hombros, seguía espolvoreando el azúcar glas. Yo creo que a mamá le va a fascinar, le respondió chupándose los dedos. La señora Leopold me los regaló y me dijo que los ocupara en algo útil. El techo del castillo eran dos hojas de lechuga. Rivka divisó por lo menos treinta gomas de mascar camufladas allí, ordenadas en fila india. ¿Quieres una, Rivka? Pero necesitas la contraseña, Shira, la pobre, no me la pudo dar y está lloriqueando en el baño. Palabras de Leah que explotaron con el aroma artificial de sandía. Pero, Leah, cómo te lo va a decir, si apenas dice pa' y ma'. Leah, ¿dónde estásssss? Deborah era algo tartamuda y, cuando estaba contenta, las últimas sílabas se le quedaban entrampadas en la lengua. No entendía por qué Rivka tenía cuatro chicles en su mano. Ella sabía que era imposible ganarle a su hermana mayor y por eso la emprendió con Leah y la tiró del pelo hasta el living, sin misericordia alguna ante los chillidos de la pequeña de seis años. Los otros chicles quedaron desperdigados entre el living y la

cocina. La pollera de Leah estaba llena de salsa de tomates, intentaba sin éxito restregársela a Deborah en sus ojos azules. Pero ella escapó, y cuando estaba a punto de esconder el resto del tesoro, se topó con una figura alta como un Quijote. ¿Rivka?, preguntó Tzipora sin soltar las tres bolsas con abarrotes.

Mamá, yo las estaba cuidando y entonces, no me di cuenta.

Mamammmmmmmm, la voz casi de película de Shira fue haciéndose poderosa. La niña también tenía el delantal sucio con salsa, los bucles rubios estaban teñidos con algo verde y en su sonrisa había triunfo. Leah guardó algunas gomas de mascar en el bolsillo y las otras las lanzó bajo el refrigerador. Shira estaba pegada a la falda de la madre. La manito pegajosa de Leah, con varias rayas grises en la palma, ofreció cuatro a su hermana menor, pero antes se metió dos a la boca. Allí seguían los restos de la verdura, pero ahora despaturrados hasta en la mesa del comedor. Tzipora caminaba lento, inusual en ella, especialmente lento, como si estuviera pidiendo a cada pierna un salvoconducto para avanzar. Le dio una escoba a Leah, casi dos cabezas más grandes que ella, y la pala a Rivka. Tzipora las escrutaba desde el antepenúltimo peldaño de la escalera, que crujía cada vez que alguien lo pisaba, y Shira no le soltaba la mano, parecía una pelotita de maní confitado al lado de su madre. Chupaba el pañal de tela, que tenía un orificio tan grande como su carita de pelusa cautiva. El mismo con que Lorena, la matrona, la envolvió al nacer. La madre subió el peldaño restante y, con la solemnidad propia de una premiación, concientizó a la menor con un alfajor. Las otras las observaban, agazapadas entre la escoba, la pala y el paño de limpieza. Tan pronto Tzipora llegó al descanso de la escalera, Shira les sacó la lengua, que apenas se distinguía de lo chiquita que era.

Nube de brócolis en Manhattan.

Olivia quiere combatir el tedio de este jueves. Las gotitas de lluvia son imperceptibles. Caen. Sobre el pavimento. La humedad gobierna, pronto la lluvia caerá con fuerza y será implacable con el peatón. Y el vagabundo. Tampoco estará a salvo el ejecutivo. Ni la chica que ha regresado de compras. En Times Square la máquina de fotos quedará empapada. Pero Olivia estará a salvo en la Westbooks, su mejor lugar del mundo, su nuevo útero. En la vereda, bajo un toldo terracota, hay un carrito repleto con libros a medio dólar y unos salvadoreños vestidos con impermeables celestes revisan las gangas. Olivia empuja la puerta con el hombro derecho. El aire acondicionado crispa el vello de sus brazos, se arropa con el chaleco que en verano siempre lleva en su cartera. Está a salvo. En su guarida. Sus voces nunca la visitan aquí. A lo lejos un trueno repica y con el relámpago, la lluvia estival comienza a coronarse como la protagonista. Primero, tímida, casi pudorosa, como la sonrisa de una sureña ante el primer amor. Moja las calles, tan resecas.

Olivia, como si nunca hubiera sido Rivka, enfrenta la otra escalera de su vida, una de libros coronada por una gárgola colgando de un travesaño, horriblemente satánica. José la recibe con su sonrisa cubana mientras sus dedos robustos están desempaquetando un pedido que llegó hace unos minutos desde Inglaterra. Mastica un lápiz. Qué feo te encontré cuando te conocí. La ternura que siente por él va extendiéndose, incluso cubre su calvicie. José ha leído más que cualquiera, algunos clientes le temen. Yo no. Aprendí a quererte tal cual, con tus mañas de viejo y tu sabiduría de páginas, conozco este silencio de letras.

Un libro enorme acapara la atención de Olivia, en la portada hay una fotografía de tres mujeres vestidas con faldas colorinches. Mamá, ¿ahora sí me permitirías viajar? Ya sé lo que me preguntarías. ¿Y allí qué hay? Alzarías los ojos de tu *tefilá*, orando para consolarte: esta hija mía no tiene remedio. Olivia cierra el libro. Menea la cabeza dando minúsculas rotaciones, idénticas a las que hacía Yehudith cuando intentaba resolver un ejercicio de álgebra. Apoya su frente en el vértice de la repisa. Otro trueno. Ahora un relámpago. Un «oh» de

un cliente sorprendido con el trueno la obliga a moverse, tropieza con los *Cuentos completos* de Jack London. Divisa al salvadoreño del impermeable pagando dos *Asterix* y su mujer con un mapa de Washington. José sorbetea un café y le da uno a Olivia. Es su clienta regalona. No le ha añadido azúcar. Ella lo deja enfriar. Vuelve a London y su mirada verde de ex-Rivka, translúcida como la de su padre, queda aprisionada en el cuento «Para encender un fuego». Abre la página veintiséis. Lo vuelve a cerrar. Rivka está aquí, en este útero, quemándose ante esas letras sin dueño. Ve a un perro. Ve un hombre. Hay un fuego.

Olvida que existe un tiempo, una gárgola y un José. Rivka está en Olivia, leyendo como solía en las noches de luna nueva y de luna llena. El hombre y su perro son aniquilados por el fuego. Por su fuego negro. Batallan entre el frío y el calor como ella hoy, en pleno agosto. ¿Quién va a ganar en esta historia de sobrevivencia? Olivia y Rivka son dos gladiadoras disputando la final de un torneo de lucha libre ante el público que rebalsa el anfiteatro. Rivka, estás en mi capitanía. Aquí mando yo, Olivia Schtern. Te ordeno que te vayas, vuelve a tu guarida con las muertas.

Cuán insolente eres.

Ándate, le ordena en un susurro.

¿Qué dices, Olivia? ¿Irme dónde?, le pregunta José alzando la mirada densa sobre los lentes de lectura.

Ella regresa a su línea de fuego negro.

El recuerdo ceniza va adhiriéndose a cada partícula de la Westbooks. Nada podrá erradicarlo. A las muertas. A las voces. Errantes como ella. Sigue con London en esta pequeña librería en pleno Broadway. Sus diez dedos sacuden el papel y unos temblores típicos de la entelequia ceniza la arriman a Penn Street. Solo ellas. Cada una de sus muertas, aquí, al frente del mesón. Rachel con los cinco ruedos de tela sintética. Yehudith limpia el baño y Esther salta la cuerda. Deborah anuncia enredándose: Voy a la plaza con Leah, y Shira bajando la escalera con la muñeca manca envuelta en su pañal.

Tzipora teje una manta de cachemira.

Rivka siente la garganta seca. Olivia también. Las llamas. Aquí. Un calor demoledor que ni el aire acondicionado puede extinguir. Es la hoguera. Las voces de sus muertas le gritan y lo seguirán haciendo por los tiempos de los tiempos, hasta el final de la Historia. Sí, con mayúscula. Olivia intenta camuflarse de Rivka, vuelve a oír cada una de esas voces. De las hermosas voces. Presiona los labios gruesos, cautiva de Rivka. Las gladiadoras batallan en medio de los bramidos

calcinados. Quisiera correr, galopar hacia una plantación de bananas. Algo de eso hay cuando practica *jogging*, poco le importa que Nueva York siga siendo tan peligrosa como hacía diez y veinte años. Recorre el parque de Riverside, aunque esté sucio y lleno de vagabundos, tal cual le advirtió la rusa a la que le arrendó el departamento. En cada zancada, en cada paso, en cada kilómetro, en cada latido de su corazón aumenta la distancia con sus voces. Y las piernas van entonándose en el pavimento. Así, la memoria dolorosa va arrimándose a Penn Street. Los siete pares de ojitos quieren cazar a la gacela.

Olivia descansa la frente sobre sus brazos y escucha una sinfonía que aún la confunde más. Yaakov la arrulla con las cuerdas del violín, dándole besos de azúcar. Olivia agita el libro de cuentos. Papá, tienes prohibida la entrada a esta librería. Cualquiera de ustedes.

Hashem, ¿por qué no las salvaste? Mamá, oh, madre. Tú, que siempre lograste lo imposible, ¿qué pasó? ¿Qué nos pasó? Mamá, luchaste contra las llamas. Con tus garras de leona. Eras nuestro escudo protector. En la *Shoá* lo diste todo. Combatiste contra la bestia. Luchaste por vivir, pero nuestro fuego negro te venció.

Madre, dabas la pelea como una digna partisana.

Olivia en el taburete. Alza, como si la ofreciera para un sacrificio, la última página del cuento. Presiona los muslos. La piel de cada pierna suda fuego. Fuego negro. Entierra sus uñas cortas en la portada, justo en la cara del hombre. Ella lee sin leer. El iris es tan transparente como el agua de un estanque donde está hibernando una flor de loto. Es la historia del hombre y del perro. Y del frío. Y de la nieve. Y de los menos veinticinco grados de temperatura. En la estepa desierta, donde el carruaje celestial va agonizando, no por el calor sino por el frío, allí, un hombre intenta sobrevivir y el fuego está fundiéndose en el hielo.

Olivia es Rivka, ha vuelto a su noche.

La de la debacle.

Imagina
otro fin.
Si yo hubiera estado en casa y no donde Mijal.
Imagina
el cosmos sumergido en colinas de diamantes.
Papá, ¿cuántas veces te lo rogó mamá?
Yaakov, pongamos la *janukia* aquí, por el amor a Hashem, Tzipora insistía año tras año.
¿Sigues tocando el violín?

Rivka Schtern.

La sobreviviente enfrenta las llamas danzantes. Los ángeles se han reunido en un plenario, van a dictar sentencia sobre unas jovencitas. El fuego negro vendrá a carbonizarlas. Rivka, la única heredera de la debacle, atenta al veredicto. Rivka, estoica ante la pira. Terciopelo de barro. Acalorado. Frío. Manos acalambradas, ahí, frente al diablo, debate. La mirada verde destila fuego. Negro.

El plenario dicta la siguiente condena:

1. El progenitor de la sobreviviente deambulará en medio del carbón. Solitario.

2. El progenitor de la sobreviviente olvidará que es su padre y vivirá en sus propios derroteros.

3. La madre y las seis hijas seguirán carbonizándose en la memoria de la sobreviviente.

4. Las cenizas serán su cenotafio.

Todo está calcinándose. Sus cientos de vestidos. Sus muñecas. Sus patines. Sus sueños. Sus *mezuzot*. Y su madre también. La historia se ha chamuscado. Esa tribu sobreviviente de una guerra vuelve a morir en esta América soñada.

Solo queda ella, Rivka Schtern.

Y no será más Rivka Schtern.

Será Olivia en busca de otra Rivka.

Papá, ¿dónde estás?

Te quiero, papá.

¿Dónde vives? ¿Y si regreso a Williamsburg? ¿Qué sentido tiene todo esto? Soy Rivka Schtern. Rivkele. Hija de Tzipora y Yaakov, sobrevivientes de la guerra. Tú, mamá. Asesinada.

Y tú, un padre que olvidó cómo serlo.

Rodeada de fantasmas blindados con palas de cal y hierro. Rivka lleva años errante. Williamsburg, tantos años ya. El cabello, antaño brilloso y siempre perfecto. Cae. Como paja seca sobre sus hombros. Duerme en una pensión en Chinatown, es mesera y limpiadora de casas.

Oye, tú, ven, le dice un cliente esta fría mañana de enero. El hombre la mira con la fuerza de un camionero desvelado. Olivia está a punto de herir hoy por tercera vez su boca. Lo peor es el hambre. Uno que se ha instalado en sus cejas; uno que no tiene relación alguna con la comida. Ni con la sobrevivencia. Es la inanición. La más impoluta. Es la carencia visceral. Ajena al manjar de leche. Puedo levantarme y cobrar el sueldo y apagar el interruptor de la luz de mi dormitorio. Lavarme los dientes y jugar con mi lengua creando nuevos sonidos. Abrocharme los cordones y arroparme con una bufanda. En mi cama devoro hamburguesas y a nadie le importa. Canto canciones de Manhattan y junto fuerzas para coleccionar otros recuerdos. Sobrevivo a mis mañanas tenebrosas. La lechuza ante cualquier descuido. Cae. Sobre mí. Sobrevivo al deseo mínimo.

Ignoro mi tiempo.

El tuyo, padre.

¿Mijal? ¿Cuántos hijos ya tienes, querida? ¿Cómo se llama tu alma gemela? ¿Shimon? ¿Jonathan? ¿Jaim?

La barbilla le tirita y no por el frío de Chinatown. Idéntico al futuro glacial que conocerá en el cuento de London, unos años más tarde. Ve a su padre jugando ajedrez con Yehudith, dejando que ella gane. Espiando a Rachel. Una vez, papá, llenaste tu plato con la alegría de tu familia. ¿Te volviste a casar? ¡No me digas que la Reiss fue la que te la consiguió! Voy a regresar. Besaré cada *mezuzá*.

Golpearé cual Golem cada puerta. De los *shul*. De los colegios y de las panaderías. De cada una de las carnicerías. De seguro sigues al fondo del *shul*, calladito con tu *téfilim* aprisionando tus recuerdos alegres.

Papá. Te necesito.

El viento de marzo agita su pelo sucio; está largo, demasiado para una ex buena niña judía de Williamsburg. Las uñas cortas, llenas de grasa. Escucha el crujir de sus tripas. Una madre bizca devora un *pretzel*. El sol alumbra a algunos. Cuenta las propinas: dos billetes de cinco dólares y un par de monedas, un total de diez dólares con sesenta centavos. Son las cuatro de la tarde, ya terminó el segundo turno y en una hora debe estar donde los italianos. En el horno y hasta en el excusado ha encontrado botellas de whisky. Hambre de Penn.

Yehudith terminaba de cortar los diez trozos de queso. Esther untaba el pan con mantequilla. Una luminaria tintineaba en la calle. Estaban a oscuras y el olor al pan tostado las hubiera podido delatar. El queso se estaba derritiendo. No necesitaban una luz en esta geografía. Los piececitos corrían, creyendo que la madre ignoraba sus andanzas, pero ella sonreía en la buhardilla junto a su Singer. Estaba en el segundo piso, al otro extremo de la casa donde sus siete hijas estaban congregadas. Rachel y Rivka eran las únicas que dormían en la planta baja. Rachel bostezó con un ojo medio abierto. Shira apoyó la cabeza en el estómago de la futura novia. El aroma a pan les abrió aún más el apetito. Alguna, lo más probable que Esther, tomó Coca-Cola directo de la botella que estaba dentro de una bolsa de supermercado. Alardearon los aplausos mudos. La vista filosa de Rachel las reprendió. Leah quería comer, pero no tenía una servilleta y Rivka no soportaba las migas en la sábana. Dos niñas en el piso. Las otras en las camas apretujadas saboreaban el pícnic nocturno. Discutían por un vaso, Rivka no toleraba tomar directo de la botella. Conato de jaleo.

Estos son los años en que las llamadas silenciosas no han comenzado. Rivka es solo Rivka. Vestigios de la Rivka hija y de la Rivka hermana. Y de la Rivka hija. Son los cenotafios innombrables. Rivka no ha vuelto a encender las velas de *shabat*, olvidó cómo observarlo en observancia. De tanto que te vi cada viernes, olvidé tu silueta ante tus candelabros, olvidé tus manos sobre la llama, olvidé tus labios murmurando la bendición, olvidé el reloj marcando *shabat*. Rivka sobrevive en el *Sidur*. Es su gargantilla de platino. Levita entre la ropa. No lo abre. No lo toca. Solo para el *iortzait*. Las olvida un poco más en cada *Pesaj* y cada *Iom Kipur*, qué soy sin ustedes. Fe desértica. Amnesia del Pacto, de la mía, de nosotros hasta los huesos. ¿Por qué,

Hashem, me convertiste en tu becerro? Existo sin un calendario. Anquilosada en la pobreza y en la soledad. Pasan los días, los meses y los años. Y sigo respirando. En las noches, desvelos eternos sobre la almohada dura, tu voz ronca viene a mí. Hija mía, ¿qué estás haciendo? Entonces veo la mano de papá cubierta de dulces de anís. ¿Puedo morir más de una vez? En el baño ínfimo y sucio de la pensión, descorre la cortina.

El viento que hasta hace unos momentos revolvía el pelo indómito de la joven ahora recorre otras carreteras. En el ocaso están naciendo unas estrellas y Rivka lo ignora. Una vendedora ambulante viene hacia ella. En su clavícula luce un tatuaje con colas de dragones, cual Virgilio a maltraer. Rivka aprovecha el silencio efímero para alzar sus brazos. Es un águila acechando a un pájaro muerto en el faldeo del cerro. Abre la boca, enorme y plagada de heridas. Lenta y precisa, su lengua roja emerge como una serpiente cascabel. Los tímpanos de la falsa predicadora se contornean casi. Rivka corre escaleras abajo, va perdiéndose dentro de Chinatown. La delicada lluvia empapa el cuerpo de la joven sobreviviente. Las zapatillas resuenan con cada pisada. En el paradero y allí, solitario como ella, encuentra un ejemplar de *The Tale of Two Cities*. Con su chaleco seca el libro. Hay una dedicatoria: cualquiera que sea tu destino, vívelo intensamente. La letra es perfecta, muy redonda. Como tu grafía, Yehudith. Una chiquilla con un sombrero de playa saborea una galleta, y le ofrece una. Rivka la espanta con las uñas grasientas. Vuelve a convertirse en águila. Lengua con puntos albaricoques. La niña, demasiado elegante para un barrio tan mugriento y bullicioso, es su Shira tapándose los oídos. Rivka abraza sus piernas y apoya la frente en las rodillas. Posición de clausura que repetirá cuando sea Olivia. Un electricista vestido con un overol de un azul más oscuro que la muerte ocupa el otro asiento. Él espera el bus. Ella, un mañana. Él le habla con un tono barítono. Rivka salta de la banca, guarda el libro y se aleja repitiendo la pregunta que él le hizo: ¿Qué necesitas?

¿Qué necesito? Te daré una lista descomunal de lo que necesito, casi le responde. ¿Quieres saberlo? Quiero. Quiero reír. Quiero las *jalot*. Quiero un plato caliente. Quiero un abrazo de mamá. Quiero tus manos sobre mi hombro. Quiero las berenjenas con queso del miércoles. Quiero la radio para bailar con mis hermanas. Quiero enojarme con Yehudith y abrazarla cantando «Leja Dodi». Quiero un plato grande y caliente de estofado con zanahorias.

Quiero querer.

En una alcantarilla encuentra un poncho de plástico amarillo, al

ponérselo raja el orificio. Hace una pausa bajo el alero de un restaurante. Un niño gordo masca con nariz mimada el pollo frito y el padre, con una servilleta, le limpia el kétchup estampado en su cachete. En el reflejo del vidrio divisa la silueta de una mujer desgarbada, con el pelo pegado a un cuello de exbaronesa. ¿Cuándo comencé a odiar? Odio. Trabajar como mesera. Odio. Limpiar la suciedad de otros. Odio. Los turnos interminables. Odio. A Bob. Odio. Sus pellizcos cuando voy a la calle a dejar el tarro de basura. Odio. El olor a papas fritas. Odio. A la Chang. Odio. Sus pantuflas con plumas. Odio. Sus tubos rosados. Odio. No tenerte conmigo, mamá. Odio. Papá, ¿por qué no vienes por mí? Un terror profundo envuelve sus pestañas largas. Ella se agazapa y ahueca sus manos formando un cuenco. Recoge agua del charco, lanzándolo a su rostro albo. No solo el cuello está empapado. Todo en ella, hasta lo más profundo, húmedo en la memoria de una historia que está diluyéndose.

Corre. Aclama a su nueva vida con la fuerza de un Moisés. Corre. El pecho palpitante. Descansa dentro de una cabina telefónica y ve a un universitario con melena larga pegando un anuncio en un poste. *Clases de piano para principiantes*. Estruja el gorro y su cabello, una mota invisible de sangre emerge de sus labios. Corre. Soy Rivka y no lo soy. Con una fuerza inédita, arrastra la ropa, que le pesa cien kilos. Corre. Introduce la llave en la cerradura y la Chang, un alguacil extraordinario. Tan pronto Rivka pone la zapatilla en la alfombra, la vieja le hace señas para que se descalce. Le encantaría darse una ducha caliente, pero la Chang no pagó la cuenta del gas. Siempre estás atrasada, vieja hedionda.

Buenas tardes, Australia. Así ha bautizado a la mancha con forma de tripa que está adherida al techo de su habitación. Es su mascota. La ha visto crecer desde que llegó aquí, hace más de tres años. El tono de un café suave ha ido mutando a uno de tierra podrida. Este año, Rivka se habría graduado del colegio. ¿Ahora sí me permitirías estudiar Enfermería? El tacho de la basura colapsa con restos de papel higiénico y colillas de cigarrillo, la persiana a medio abrir. Tira las medias rotas. La falda, sobre la silla. El tabaco cotorrea con encierro. Los veinte grados de la calle son cinco de frío en Rivka. Intenta descansar. Escucha los pasos rapidísimos de las cucarachas. Quiere quemarlas. Reduce a una bola el poncho amarillo. También lo lanza al basurero, no acierta. Dickens es su fortuna y con la punta de la sábana vuelve a secar el libro. Escribe con letra irregular:

Me ofrezco como profesora.

Profesora de matemáticas con amplia experiencia.

Apoyo a colegiales con sus estudios.

Profesora para niños de básica.

Me ofrezco para enseñar matemáticas.

¿Necesitas que tu hijo/hija se reencante con el colegio? Llámame.

La que escribe es la Rivka de Williamsburg y no la de Chinatown. Profesora de matemáticas para niños. Deja el teléfono de la Chang para que la contacten.

Al día siguiente, después de los italianos, hace lo mismo que el universitario y va hasta Wall Street. Despierta ansiosa, pendiente del teléfono. ¿Recomendaciones? ¿Qué responderé? Nadie telefonea. Pasa el primer, el segundo, el tercero y el cuarto día. Fuma cigarrillo y cigarrillo sobre su cama. En su personal estéreo revienta Marilion. ¡Qué me imaginé! Tan ingenua, quién me podría llamar. Le duele la garganta, ha fumado más de cuatro cigarrillos al hilo junto con media cerveza que sacó del refrigerador de la italiana. Solo le pagaron dos horas extra de las cuatro que trabajó. La Chang, con su nariz chata, la está esperando, le señala el teléfono y le dice: *exuang* mostrándole una boleta donde ha escrito eso.

¿*Echuang*?

La vieja le arranca el papel grasiento.

Es una guerra entre titanes. Rivka, la que no imagina que alguna vez se llamará Olivia, vuelve a arrancarle la boleta; podría romperse. Su cama, deshecha. No mira a Australia. Son casi las once de la noche y la Chang golpea la puerta de la joven como si el mismísimo presidente de los Estados Unidos estuviera aquí de visita. No alcanza a levantarse y la Chang está a su lado furiosa.

Ven, *fen*, ven.

La arrastra hasta el teléfono tirándole el blusón que ocupa para dormir. Una voz varonil de alguien que habla un inglés con acento le cuenta que vio el anuncio en Wall Street. Le interesa para su hijo de nueve años. Está apurado, su avión saldrá en unos minutos, es Edward O'Connor. Te he llamado varias veces, no me devolviste el llamado. La Chang está ahí, inmóvil, y el entrecejo lo tiene más arrugado que nunca, le hace señas para que cuelgue. Rivka mueve las manos ahuyentándola. ¿Eres Rivka, Rivka Schtern? La del aviso, profesora de matemáticas. ¿Tienes recomendaciones supongo? La Chang le cuelga la llamada y Rivka va a pegarle un combo cuando el teléfono vuelve a sonar. Edward, acelerado, le dicta: 93 West…

Mañana, mañana, dice, casi atropellándose de ansiedad.

Una noche de invierno, Rivka imagina los quizá.

Quizá.

Si yo hubiera estado en casa…

Quizá nada habría sucedido.

Quizá, solo quizá. Si hubiera salido diez minutos más tarde del colegio, mamá, yo no habría escuchado a la Reiss. Quizá. Quizá no te habría gritado y tampoco habría dormido donde Mijal. Quizá. Quizá si me hubiera ido directo a la Strauss a tomar el *egg cream* de chocolate, ¿o era vainilla? Quizá. Quizá si hubiera regresado más tarde. Quizá. Quizá si papá por fin hubiera cedido a tus ruegos: Yaakov, cuántas veces te lo he pedido, ¡no quiero que pongas la *janukia* ahí!

Quizá. Quizá papá habría seguido haciendo lo mismo y tú, con el semblante consternado por la rabia, gritarías al cielo. Quizá. Quizá te pondrías a limpiar con tu paño desteñido. Así te escondías del mundo. Quizá. Quizá por primera vez papá sí te habría escuchado y, como si Hashem hubiera intervenido directamente en el destino de mis futuras muertas, habría cambiado el decreto. Quizá. Quizá, mamá, papá, cansado de tus ruegos, habría accedido a ubicar la *janukia* sobre la mesa del comedor. En el arrimo. Qué sé yo. Quizá. Quizá el pabilo no habría rodado por el suelo. Quizá. Quizá el fuego negro no se habría encendido y con su paso feroz no habría subido cada uno de los treinta y nueve peldaños. Quizá solo hubiera sido una llama y no un fuego. Quizá si yo hubiera regresado más tarde a casa no habría escuchado tu conversación con la casamentera. Quizá. Quizá si yo me hubiera quedado en casa y no me hubiera arrancado donde Mijal Gurfinkel. Quizá. Quizá si me hubiera quedado junto a mis futuras muertas encendiendo la última vela. Quizá. Quizá nada habría pasado. Quizá. Quizá si me hubiera desvelado y hubiera acompañado a papá a afinar las cuerdas del violín todo habría sido tan diferente. Quizá. Quizá él y yo estaríamos en el living jugando a ser músicos. Quizá. Quizá habríamos escuchado el sonido del vaso cuando cayó al suelo. Quizá. Quizá nuestros cuerpos se habrían abalanzado sobre el fuego. Negro. Quizá. Quizá todo eso podría haber sucedido.

Quizá, mamá.

El cementerio nunca ha estado así de triste. De lleno. De sorprendido. La mañana aún es oscura. La nevisca se irá acumulando alrededor de los deudos. Los judíos de Williamsburg están resignados, una vez más, al designio divino.

El sol, quemado.

Una joven menuda, de pelo largo y con un andar casi estático, recorre la avenida principal del Mount Carmel Cemetery. Rivka Schtern, la futura Olivia Schtern, cuánto ignora. Hasta el mismo sobretodo que no se ha quitado desde la debacle, hace tan poco, se le ve enorme. Más oscuro. Más deshilachado. La única hija sobreviviente arrastra los mocasines de suela delgada; intenta soportar la nieve. Ella no sufre por este frío azul. Alguien podría preguntar dónde quedó el padre, el otro sobreviviente de la debacle. Ahí, dirían y señalarían a un anciano de cincuenta años que hasta hace unas horas era un padre dulce. Yaakov Schtern ha perdido cinco centímetros y su cuerpo enjuto, digno de Rubens, ilumina al *shojet*. Quién podría adivinar que ese fue el padre de siete niñas y hoy solo de Rivka. Padre e hija caminan sin tocarse. Allí en el camposanto.

Dos extraños,

padre e hija

por la principal avenida del cementerio.

La voz preciosa de Rivka está oculta en su alma; no quiere salir de la trampa del silencio. La mejilla izquierda de Yaakov Schtern está protegida por una venda. La quemadura es profunda, una mácula de Caín y hablará hasta el fin de los días sobre lo que perdió en el fuego. Su fuego negro. Su hija, la que años más tarde cambiará el nombre a Olivia, no le ha preguntado cómo él logró salvarse. Padre e hija caminan en el camposanto, tras ellos, una estela interminable de vecinos y amigos intentan dar consuelo.

Padre e hija

dos extraños enlazados en muerte.

Los siete ataúdes, unas teclas de un piano en desuso. ¿Quién podría creerlo? Los copos de nieve. Cae. Aunque con menos fuerza que la noche previa. Rivka quiere horizonte. Sus pupilas solo ven los

cajones de madera de pino, listos para hundirlos en la tierra.

Las voces de las muertas serán su eterna compañía.

Tres hombres cogen la pala,
la llenan con tierra, la tiran, por lo menos tres veces, sobre los ataúdes.
Tres hombres cogen la pala,
la llenan con tierra, la tiran, por lo menos tres veces, sobre los ataúdes.
Tres hombres cogen la pala,
la llenan con tierra, la tiran, por lo menos tres veces, sobre los ataúdes.
Tres hombres cogen la pala,
la llenan con tierra, la tiran, por lo menos tres veces, sobre los ataúdes.
Tres hombres cogen la pala,
la llenan con tierra, la tiran, por lo menos tres veces, sobre los ataúdes.
El tiempo transcurre lento cuando la muerte danza.

Cada uno de los siete ataúdes desciende a la tierra, del polvo vienes y al polvo regresarás.

Yaakov Schtern pronuncia el *kadish* y la hija lo recita en el corazón:

Yitgadal yitkadash shemé rabá
bealmá deberá jiruté veyamlil maljuté
beyayejón uviomejón ubejayei dejol beit Israel,
baagála ubizman kariv veimrú
Amén.

Es el primer *kadish* de la vida de Rivka y de la futura Olivia.

Los sabios cuentan que al nacer se olvida toda la Torá. Rivka la perdió con la ceniza de Penn Street. Yaakov intenta una caricia, ella esconde las manos en el bolsillo. Las miradas tan de padre, tan de hija. Idénticas. Una seca y otra húmeda. La guerra extirpó a Yaakov las lágrimas, ni siquiera llora hoy. Si Rivka supiera cómo armar las palabras en medio del desastre, diría que un asteroide está forjando un desierto. No tiene nombre ni domicilio. Tampoco agua y menos aire. Son las ondas de la muerte. Padre e hija caminan en la cadencia del dolor, abandonan el camposanto y descampan ese ayer. Tal cual la ley judía dicta, antes de abandonar el cementerio humedecen sus manos como si fuera suficiente para escapar de la explosión y de la cosecha inerme. El agua helada cae en las manos del matarife y en las de la hija, que aún no cumple quince años.

Ese tiempo sin tiempo.

Rivka deambula hacia 72 Penn Street. Es una ceniza respirando. El calor de las brasas la obliga a arrancarse el abrigo y también la piel. Las piras de humo aún infectan lo que había sido su hogar. Ella ante la hecatombe. Solo restos. Rastros de un fue. De un mundo propio que ha sido devastado. Es el país de la guerra. Testigo de la destrucción de una ciudad completa. Es el iris que cuenta los ladrillos desperdigados. Es el olor a ceniza. Camina entre los escombros. Por ahí divisa restos de una cuna. Por allá un cepillo tan delicado como una filigrana. Otro de madre, con el que le desenredó el pelo tantas y tantas veces. Esther peinando a Deborah. Shira alisando el cabello a la muñeca manca.

Pasarán varios días y noches.

Vendrá el reporte de los bomberos, Rivka no lo lee. Si lo hubiera hecho, hubiera sabido con certeza lo que había sospechado. A las diez de la noche la hecatombe comenzó. Cae. El octavo vaso con aceite al suelo. La mecha prendió las cortinas y el fuego negro recorrió cada rincón del comedor. Importunó al sofá de felpa, jugueteó con los libros sagrados y fue chamuscando cada página de Rashi y de Maimónides. Insatisfechas con su labor, las llamas hambrientas escalaron con ligereza las treinta y nueve escalinatas. Doblaron hacia la habitación de Tzipora. No alcanzó a escapar. Las flamas derribaron

la otra puerta, la de cuatro hijas. Infectaron cada cama, cada cobertor, cada almohada. Yaakov regresó de la sinagoga y el fuego negro ya estaba embetunando los colchoncitos. Él quiso subir a salvarlas. Ya no existe una escalera con treinta y nueve peldaños. Los bomberos lo socorrieron. Él quiere morir ahí. Llega inconsciente al Woodhull Hospital. Una enorme mácula quedó marcada en su mejilla izquierda y el asma, su pesadilla.

Padre e hija no volverán a cruzar vocablo.

Es el silencio de la pérdida.

Hoy, cuando es Olivia y está ante su propia vela de *iortzait,* lo imagina. Me encantaría tenerte aquí, papá. Para pegarte. Tú las asesinaste con tu terquedad. Rivka ante la pira. La brisa va enredando su maraña de pelo. El hedor es insoportable y ella cubre su nariz con un pañuelo. Camina por lo que fue la cocina. Brilla algo.

Tu *Sidur,* mamá.

Los versos de la futura Olivia colonizan el asteroide, procura quedarse allí, riendo con las voces muertas. Las huellas de sus dedos afloran buscando el consuelo en movimientos torpes. Limpia sus palmas en la tela del abrigo. Se encuclilla y sus piernas son lo que primero toca al *Sidur*. El verde de Rivka está descolorido ante la ceniza. Ennegrecido. Extiende el brazo y toma el librito de rezos. Ignora cómo hacerlo. Desconfía incluso de su respiración. Alza la barbilla y las nubes siguen pegadas sobre el 72. Deformes. Como si el gris de la tragedia estuviera anidado aquí, en este hogar de Williamsburg.

Las manos de la joven, tan parecidas a las de su madre, delicadas como el beso de un jarabe. Una desea tomar el libro de rezos. La otra, convertirse en ruina calcinada. Envolverse en el fuego negro con sus hermanas. El sol despidiéndose, Tzipora apaga la Singer y, como suele hacerlo, se ubica mirando hacia el oriente, su eterna *Yerushalaim*, para dar inicio a la plegaria del atardecer. Siempre con su pequeño libro. Delicado como el cristal de Bohemia. Rivka cierra los párpados y lo cubre con su *neshamá*. Quema. Ha absorbido todas las llamas del mundo. Son todos nuestros fuegos, mamá.

Tú, madre.

En ese instante, Rivka Schtern, yerta. Su *neshamá* asciende al cielo para reunirse con las muertas. En un nanosegundo, un imán trae a su alma de regreso a Penn Street.

He sobrevivido, murmura.

Inicia el repliegue. Casi inconsciente. Anestesiada. Da pasitos sin futuro hacia los Gurfinkel, su hogar en los próximos meses. Su padre

no la visita. Rivka vivirá como un robot incapaz de quitarse la ropa. Tendrán que alimentarla a la fuerza. Obligarla a ir a la escuela. Hasta que un día, Rivka abandona Williamsburg.

No podrá arrancarse el olor a hollín. El olor a su familia.

El aire aún es tibio para pleno septiembre y el sol otorga una gracia particular a las callecitas del West Side. El edificio de los O'Connor de tres pisos, con los típicos ladrillos cafés de Penn Street, solo algo más terracotas. En la esquina con 95 Street está la iglesia católica, allí los O'Connor celebran misa. La recibe un portero idéntico al almirante naval que vio esa mañana comprando castañas confitadas. Después sabrá que se llama Alonso y siempre va rasurado, con zapatos negros lustrosos, tal cual esperaría de un hombre con insignia.

Al 3B, le anuncia con un hilo de voz, cree que ella es más fea al lado de este almirante. Rivka, que pronto cambiará el nombre a Olivia, enrojece a pesar suyo. El lobby huele a limpiavidrios. ¿Es el mismo de casa? No me mires así, yo no soy rica como tus mujeres de aquí. ¿Sabes que apenas puedo pagarle a la Chang? Rivka intenta olvidar el diminuto agujero que tiene en la punta del zapato izquierdo, pero sabe que él sí lo ha visto. En el elevador Alonso presiona el botón circular del 3B. Aquí hay otro espejo y ella rápidamente le da la espalda.

Paula Valdés viste su propio uniforme casero: una falda angosta de un tono coral con un peto negro que realza su busto de copa C. En ella lo único pequeño es la boca, insignificante, como un trazo que dibujaría un chico de dos años. Así de fina es. Rivka la define como una mujer inmensa, de cara cuadrada y una frente amplia de pantera. Paula da una bocanada profunda al cigarrillo al tiempo que intenta una sonrisa. El perfume cítrico es el mismo desde que cumplió veinte años. La futura Olivia lo intuye; una de esas fieras que solo unos pocos osan contradecir.

Como tú, mamá.

Los ventanales abren la vista hacia el Central Park. En el living hay una repisa lacada de color pastel con una enorme colección de miniaturas de vidrio, con formas de todo tipo: cisnes, perros, caballos y palomas que hacen gala de un arte desconocido para Rivka.

Cuando Rivka sea Olivia, olvidará la sensación primaria y visceral que hoy está experimentando. Ella está sumergiéndose en una alberca donde abreviar la palabra *lujo* sería en vano. Qué feos esos cuadros,

¿quién pinta con rectángulos y cubos? Son como los esquemas que hacía la *morá* Rubinstein. ¿Y esa quién es?, casi pregunta cuando ve una enorme serigrafía de una mujer. Jamás imaginó que el fucsia y el amarillo chillón pudieran convertirse en una pareja pictórica. Justo entre el comedor y el cuarto de estar hay una pequeña Virgen, con un vestido de seda, el morado es brillante y, en la cabeza, una corona con forma de corazón que culmina con una cruz. Paula está acuclillada ante ella. Los muslos casi explotan en su falda, y se persigna con una devoción teatral.

La mochila de lona descansa sobre las piernas de Rivka. Le gustaría desaparecer allí, hacerse muy pequeña. La mirada penetrante de la chilena y la verde, que hasta unos momentos era luminosa, intentan descifrarse. La dueña de casa enciende otro cigarrillo y grita en un tono que fisura el silencio: ¡Charlieeeee! Camina erguida en dirección a la escalera, pero no alcanza a traspasar el umbral de la puerta, regresa al living, presiona el interruptor y la luz de la pantalla con forma de gota apenas las alumbra. Rivka todavía no enciende su cigarrillo, hojea un libro de la mesa de centro. Paula apoya las manos sobre el sofá de terciopelo y Rivka, casi Olivia, ve cómo el anillo de diamantes le succiona la piel. Vuelve a gritar Charlieeeee, ahora con un tono agudo y categórico. Me recuerda el sonido de tus tijeras cuando rasgaban la tela. La mano libre la apoya en la cintura, justo donde la grasa está comprimida por la pretina de la falda. Rivka, ¿no?, le pregunta hundiendo el cigarrillo en el cenicero de cristal. En realidad me dicen Olivia, Olivia Schtern, le contesta rápida. Es la primera vez que verbaliza el nombre con el que ambiciona comenzar a vivir. ¿Sabías que me gustaba espiarte cuando te recostabas a leer el periódico? Todas sabíamos que entre las cinco y las seis nadie podía interrumpirte, era el momento de tu periodista, Olivia Radcliff. Paula enciende y apaga su encendedor dorado. Le extraña que se llame Olivia, su marido le dijo que era Rivka. Alza la ceja izquierda, gesto usual cuando huele que le están inventando algo. Olivia está inmóvil, intenta disimular su nerviosismo, concentrada en no herirse la boca. Paula, tal como te expliqué, en cualquier momento vas a recibir la recomendación de mi exjefa, te la va a mandar por fax desde Tokio. Rivka queda sola y en sus oídos retumba mentira, mentira, mentira. De solo pensar en cómo va a solucionar el embrollo, el estupor infla sus pómulos. Rivka Schtern, concéntrate, después verás.

El futuro alumno de la casi Olivia y el único hijo de los O'Connor Valdés viene con una pelota del Barcelona. Su tono infantil contrasta

con el modo seco de la madre. ¿A quién te pareces? ¿A quién? Claro, a Isaak Gurfinkel, tienes las mismas manzanitas jugosas. Todavía lo veo girando el *dreidel* amarillo. Charlie es colorín, cortado al sesgo, pareciera que su rostro no tiene un solo centímetro sin pecas. Viste un uniforme azul marino, casi petróleo y la corbata apenas anudada. Paula trae una bandeja con dos vasos con limonada. Rivka observa con ojos inquisitivos, ve más de lo que quisiera y escucha el sufrimiento mudo del niño, que está perdiendo centímetros de alegría. Paula le arranca la pelota, la deja cerca de un mueble donde hay cientos de botellas que delatan un vivir tan distinto al de Rivka errante. Algunas son muy hermosas. Distinguidas, como la de cuello de flamenco. El italiano tiene una así, estoy segura. Botellas que esconden los secretos y amores de Paula. Botellas rellenadas una y otra vez. Botellas que Edward ha escondido. Son las botellas del descontrol. Hablan de arterias intoxicadas. Las de esa familia. Y aunque el niño de pecas y mejillas manzana nunca haya probado una gota de ese líquido, sus arterias ya lo han saboreado.

Paula coge la de vidrio de un tono malva, agrega dos medidas a la limonada. Y, como si fuera una dócil ama de llaves de una casa de campo, juega con el vaso. Lo que le cuenta a Rivka queda suspendido en las partículas de la tarde, un ama de llaves que intenta ser amable. Algo le explica sobre Chile y los ricos, marcando cada letra como si tuviera que hacer un esfuerzo monumental para hablar. Sus ojos descienden al piso y luego los vuelve a fijar en la casi Olivia. Está hundido, o sea, Santiago se hunde rodeado por esa cordillera que te hace sentir un enano de Blancanieves. Es una ciudad *chata*. Comprendo. Vuelves a fruncir el ceño, la frente completa. ¿Comprender? No tienes aspecto de haber vivido en otro país, querida. La verdad es que te ves bien poca cosa. ¿No te gustó mi limonada? La toma por el codo y da por finalizada la reunión. Ni siquiera han pasado veinte minutos, pero a la supuesta Olivia le parecieron treinta horas. Paula presiona el botón del ascensor y le aclara que mañana debe llegar aquí a las cuatro, puntual.

Rivka, la que se hizo llamar Olivia, está desvelada. Ve a Paula agitando los brazos y las pulseritas tintineando, tan disonantes. Si tú eras directa, Paula es una bala. Jamás imaginé que conocería a alguien así.

En realidad, jamás imaginé tantas cosas.

Cuánto te dolería verme en este ese colchón hundido por el uso, con unas sábanas ásperas como una lima. Con el tufo de ajo de la Chang y con la fetidez del lavatorio. Mis uñas quebradas y mi pelo

grasiento. Rivka no quiere más paredes de humedad, polleras con el elástico vencido ni blusas manchadas de sudor. Entiende. Dimensiona. Sopesa. Futuro. Libertad. Si de verdad quieres salir de la pocilga, Rivka Schtern, debes conseguir este empleo. Le costará un tiempo acostumbrarse al otro nombre, ese que hoy pronunció por primera vez. Olivia Schtern. Olivia Schtern. Olivia Schtern, repite mirando fijo a Australia. Colosal. Sus bacterias la tienen en dieta de engorda. Despierta temprano, casi a las seis. Dos años aquí, dos años soportando la inmundicia. Apunta lo que debe hacer antes de la primera clase con Charlie:

Copiar los ejercicios de matemáticas.

Hacer las guías para la clase.

Planchar la blusa.

El *Sidur*.

La luz vespertina la tienta a soplar las flores de primavera. En el West Side, las aceras explotan con los jazmines trepando hasta el edén. En Chinatown, los perros olisquean la basura. Había olvidado que podría vivir así. Es una tarde plácida, una más dentro de las noventa que restan del año, pero será la tarde otoñal de la futura Olivia. Las hojas están desperdigadas en las veredas y cuando viene la brisa juguetean con ella. Una niña de cinco años camina saltando la cuerda. Rivka intenta no confundirla con Esther y enciende un cigarrillo, algo que la aleja de Penn Street. En la mochila está el estuche, un cuaderno, las guías que copió del libro *Matemáticas para todos* en la biblioteca. Y el *Sidur*. Intenta leer *La vuelta al mundo en ochenta días,* pero ya en la primera página lo deja. Unas colegialas visten falditas un poco más arriba de las rodillas, con un entramado precioso de tela de príncipe de gales. Ríen despreocupadas. La rubia y delgada imita a Michael Jackson. Rivka, en el mismo gesto que solía hacer Tzipora, baja la mirada y divisa a Yehudith arrastrando la pollera de una tela tan distinta. El conserje, igual de serio que la tarde anterior, le abre la puerta. Hoy sí se mira al espejo, no tiene el pelo tan enredado como esa vez que su madre intentó desenredarlo, se había acabado el bálsamo.

¿Qué estabas esperando para decírmelo?

Rivka alzó los hombros.

Las pecas de Charlie se iluminan al verla. Él le toma de la mano y ella, desacostumbrada al tacto, la retira. Suben a su cuarto, los zapatos de Rivka suenan al contacto con el parqué y una ventana hexagonal da hacia 96 Street. Una pieza linda de niño. La cama enfrenta la puerta. El escritorio brilla, hace juego con el estante donde está la

Enciclopedia británica. Sobre el respaldo hay un enorme póster del Voyager. El cubrecama, de un tono limón, está perfectamente extendido. Una pieza linda de niño. Rivka inhala para saborear esta pócima de equilibrio. Quisiera decirle a Charlie sí, me encanta el Voyager y yo también iré al espacio contigo, pero no me interesan tus astronautas en Marte. Los sueños son una pérdida de tiempo, Charlie, le dan ganas de advertirle. Son ceniza. Él le muestra la foto donde su abuela sostiene a un perro maltés y los nietos la abrazan. Rivka no presta atención a la historia de su familia chilena. Quiere comenzar la clase y despliega las guías simulando la seguridad de la *morá* Rubinstein. Una pieza linda de niño. El chico sigue absorto en el póster. Me voy ahora mismo, estoy loca, qué hago aquí.

¿Qué decías, Charlie?, le pregunta sin entusiasmo, más preocupada de ahuyentar el recuerdo que la sumerge en el comedor de Penn Street, cuando le estaba enseñando esta misma materia a Deborah. Rivka estaba furiosa, perdía el tiempo. Deborah pensaba en cualquier cosa, seguramente en tu pedazo de pastel que escondías al fondo de la despensa. Tú te crees la mejor solo porque la Rubinstein te tiene en un altar. A mí no me engañas, Rivka Sssschtern: eres incapaz de enseñar una suma. Rivka observaba a su hermana dos años menor que ella y en altura era como si fueran cuatro. ¿Y quieres que yo también le cuente cómo le copiaste a Hanna y de todas formas te sacaste una D? Creías que no lo sabía, pero yo sé todo, sentenció Rivka gozando con ese «sé todo». No, querida Deborah, yo no era «pésima» profesora, pero no lo soportabas y me escupiste el lunar regalón de mi labio. Ni te imaginas cuánto chupeteé tu pastel, y te lo comiste sin saberlo.

Charlie le tira de la falda azul, holaaaa. Le pregunta si tiene hermanos, que a él le gustaría tener hartos para hacer *pichangas* todos los días. Qué es eso, Charlie, todavía Rivka no comenzaba las clases de español con Paula.

¿Qué, Charlie?

El chico alza una mirada pícara y mueve el lápiz grafito como si fuera la baqueta de un director de orquesta. Oye, Deborah, Charlie es como tú, no entiende los decimales y le estoy contando el cuento de los números primos, esos que se extravían en el parque. Él sí aprende, ojalá me vieras. Tengo hambre, ahí voy, niños, aclama paseándose por el cuarto envuelta con el cubrecama limón, simula que es la capa del ogro. Charlie está atento a lo que vendrá. Ella inventa una cara monstruosa, arruga la nariz aguileña cual reptil, abriendo las fosas nasales. Uuuuuu, uuuuu, aúlla mientras mueve la colcha. El primo uno irrumpe y otro, más ronco, le contesta. El número dos juega con

secretos científicos y espanta al monstruo. La melodía graciosa de Rivka recuerda el himno de unas ninfas. Por primera vez desde su Janucá, el canto delicado revolotea dentro de su *neshamá*. Los pómulos, inflados por el júbilo. Una pieza linda de niño. Los de Charlie también. Rivka y Charlie danzan cuales aldeanos celebrando la vendimia. Cantan una y otra vez «dos, tres, cinco, siete y si llegas al mil, seremos ciento sesenta y ocho».

La puerta se abre.

Voz bella y voz infantil, inmersas en un silencio sin ninfas. Charlie, inmóvil. Rivka quisiera abrazarlo. Paula allí le habla, algo le dice, oye, tú, Rivka o como quiera que te llames, espeta Paula. Casi no se distinguen las siluetas en esta pieza linda de niño. Mañana te quiero a la misma hora aquí con tu carta de recomendación, y abre la boca mostrando una dentadura algo salpicada por la nicotina y el triunfo.

Rivka coge pronta la mochila y aterriza en la calle. Respira profundo, como hace mucho no lo hacía, pero los jazmines se han marchitado. En la pensión saca cuentas, calcula que solo debe aguantar un año con los O'Connor si quiere liberarse de la Chang. Pero sus dudas son enormes, pesadas como el mismo mármol que viaja en un contenedor desde Afganistán. ¿Olivia y profesora? Pasa un día, dos y pasan tres días. Edward no telefonea. Rivka va desesperándose, pierde la fe en su nuevo futuro.

Because the night, the night belong to us, escucha en el personal estéreo. Enumera los motivos por los cuales Edward no la ha llamado. Uno, fui muy pesada con Paula. Dos, la carta de recomendación. ¿Y si yo la escribo y se la mando por fax? Tres, Charlie no aprendió nada y se hizo el santo, igual de cínico que su madre. Cuatro, Edward perdió mi número de teléfono. Ay, Edward, llámame. Le pesan los pies, lleva más de nueve horas atendiendo en el restaurante. El paño lo ha humedecido con limpiavidrios, pero hoy no recuerda Penn Street.

En voz alta, pronuncia: cinco.

Paula, lo sabes: yo soy una única y gran mentira.

Un saxofonista toca en la entrada del parque, pero ella no lo escucha. Tampoco los llantos del recién nacido cuando su madre pide limosnas. Ni la motocicleta con el tubo de escape roto. Corre y corre. Solo escucha su mentira. Australia y los golpes de su alma. La Chang otra vez está en su cuarto. ¡Intrusa! Brinca de la cama, rápida como un saltamontes, exhibiendo sus piernas largas que rasuró anoche y le dice a la vieja que no va a sacar el tacho de la basura. La dueña de la pensión arrastra las pantuflas decoradas con tres plumas y la empuja al teléfono con la decisión de un Hércules. El sí de Edward le produce el mismo placer que sintió esa mañana al comer un trozo de pie de limón, delicioso e intenso. Sí, me vas a contratar. Sigue saboreando este triunfo de gladiadora. En unos meses me voy de aquí, de tu matamoscas lleno de bichos, saldré libre, Chang. ¿Qué te pasa? Déjame tranquila, pero la vieja sigue zurrándole con la pantufla para que cuelgue. Es tu estúpida ilusión de que tu hija te va a llamar desde China. Te explico, Edward, mi nombre es Rivka, pero todos me conocen por Olivia. La Chang le tira el auricular. Corta la llamada, un as de triunfo brota en sus ojos rasgados. Rivka, con las dos manos, le arranca los dos tubos fucsias. Escupe al suelo, cosa que jamás había hecho en sus dieciocho años de vida. Y en su pieza vuelve a ponerse los audífonos y baila cantando como una Rivka, *Because tonight we are…*

Querida Australia, *still lovers, because tonight…* Tu ratonera, Chang, me iré. Me iré de aquí.

El tráfico es una calamidad en Nueva York, pero peor es hoy, cuando Rivka va al Tribunal Supremo. Un claro de luz irrumpe entremedio de las nubes. Es el espejo de la ilusión que rebota en su boina violeta. La sala está repleta y huele a alfombra húmeda. No hay ventanas. El número de atención de Rivka es el ochenta y nueve, van en el veintitrés. La espera será larga, está acostumbrada. Su vida ha sido un largo interludio. Pero ya no más, ahora yo pondré el ritmo a mis días, tal como me enseñaste, mamá, sin darles tanta vuelta a las cosas. Menea la boina como si fuera una argolla, le gusta la sensación de tener algo nuevo, ya me compraré más cosas, ¿o no, Edward? Si hasta me felicitaste, qué lindo es tu escritorio, alguna vez quiero tener uno así, tapizado de libros, con olor a tabaco de buena calidad, donde no tirite de frío.

Las paredes del despacho de su jefe están llenas de libros de historia y filosofía, sobre todo de derecho internacional. Rivka Olivia ignora que perteneció a su padre, quien también fue cónsul en Nueva York. Hay una lámpara sobre el escritorio y otra al lado del sofacito donde ella está. El ventanal es tan alto y angosto que llega al techo. Edward mueve los labios mientras memoriza la presentación que debe dar ante la Cámara de Comercio de Nueva York. Deja la lapicera Cross sobre la esquela y abre un cajón; busca la chequera y felicita a la que será Olivia. Ella juega con un mechón de su pelo que hoy, por primera vez desde Penn Street, lavó con un champú de manzanilla. Ella lee «Olivia Schtern» en el cheque. Te dije que prefería efectivo, es más fácil. Su respuesta está perforada por láminas de letras extraviadas. No entiendo, ¿entonces no te llamas Olivia? La piel transparente de su jefe le recuerda la nieve, que no ha vuelto a contar desde que abandonó Williamsburg. Muerde su labio y da un respingón. Te puedo explicar, soy Rivka y también Olivia, un poco de ambas, como hubiera dicho Rachel. Edward apoya el torso en el vidrio, que está helado ahora a finales de agosto. Limpia los anteojos redondos con un pañito gris.

Al día siguiente Rivka retira el sobre en el consulado y reconoce la letra puntiaguda de Edward, que escribió Olivia Rivka Schtern. Tacha

el nombre antiguo y lo apretuja con todos los dedos. Él le dio un ultimátum: «Lo resuelves, o te vas, tienes un mes de plazo». Ya inventaré una excusa, algo se me ocurrirá. Entre un turno y otro, encerrada en el cubículo del baño, cuenta los billetes tal cual su madre lo hizo antes de comprar el vestido de Rachel. Lo más urgente es pagarte, Chang, y ¿lo segundo? Un temor indefinido. Es el miedo de los que están hambrientos y reciben una herencia inesperada. Ya no recuerda si prefería unas sábanas o un edredón o unos zapatos de tacón, además de unas zapatillas. Verse linda, con ropa linda, con una cama linda. Palpa la mochila, el sobre sigue ahí, merodeando con ella en una tienda de ropa más elegante que cualquiera en que haya estado. Le dan ganas de mimetizarse con las polleras, encogerse hasta transformarse en un caracol con caparazón de hierro. Rachel, con qué desplante ibas y venías mostrando tus ridículos vestidos y yo riéndome como una vil niña mimada. ¿Qué te probarías primero? Huele a frutillas, cree Rivka. Cada modelo de pantalón cuelga con un cordel desde el techo. Algunos jeans son de lo más tradicionales, obviamente Rivka lo ignora, ella jamás ha ocupado uno. Otros más osados, de pata ancha con mostacillas incrustadas en el derrier. Coge el de pata ancha y palpa el grosor de la tela.

Una vendedora la cata con la precisión de un escáner: calcula que mide un metro setenta, piernas largas y si bien el busto es promedio, la cintura de la joven es sensacional, debe ser un talle dos. Rivka está en sostén y calzón enfrentada al espejo del probador. Casi quiere mirarse con mayor detención. No piensa en cómo es su cuerpo, en su piel sin lunares. Pecas sin caricias. Rivka toma la blusita, que es una simple blusa de corte imperio de la gama salmón, y va abrochando cada botón nacarado con parsimonia. Inspira. Este olor a frutillas le abre el apetito. Con el jeans replica el rito ceremonial que cada mañana ha venido haciendo desde que tiene uso de razón para calzar las medias. Extiende la pierna derecha y luego la izquierda. Introduce las manos en los bolsillos del pantalón, al fin mira el espejo. Mira su otro yo. Chupa la sangre de sus labios, el sabor salado le gusta. Ordena su cabellera en un medio tomate, luciendo el cuello de baronesa. Pero la puesta en escena es demasiado dramática y comienza a deshacer la audacia, se quita los pantalones y luego la blusita. Regresa a Rivka sin Olivia. A la salida de la tienda ve una boina de un violeta cercano al zafiro. Eso es lo único que compra hoy. Le gustaría ponérsela ahora mismo, pero decide hacerlo con la solemnidad que amerita. Un estornudo. Otro estornudo. Dos. Tres. Alonso, impecable como siempre, la recibe con el tradicional gesto de

cabeza y Rivka podría jurar que él sabe que esta es su primera compra. ¿Linda, yo? La boina le da un toque de mujer portuguesa, como la nueva pensionista que acaba de llegar donde la Chang. Arranca la mirada del espejo.

Programó la alarma del reloj despertador para las cinco con cuarenta y tres. Le gusta que suene unos minutos antes para remolonear un poco. Vuelve a acomodarse boca abajo, típico de Rivka en Penn Street y hoy casi Olivia en Chinatown. Huele el chocolate caliente que su madre solía llevarle las mañanas con nieve, solo que Rivka lo ha inventado, le ayuda a caramelizar el recuerdo.

Lleva dos horas en el Tribunal, con burócratas que a sus dieciocho años está comenzando a conocer. Cuatro ventanillas están atendiendo público. ¿Cuándo me va a tocar? ¿Y si camino un poco? Ni loca, voy a perder el asiento. La de la ventanilla seis, una de pelo afro y aretes redondos, ni siquiera le da los buenos días.

Rivka intenta mostrar su sonrisa de chiquilla dócil como aprendió de Esther, es inútil porque la dependienta no la ha mirado ninguna vez. ¿Me das una Coca-Cola? La funcionaria corchetea unos papeles. Rivka espera tres minutos cuando escucha «bingo» y le pide su *social security number*. Luego, con sus uñas largas de gata le extiende un enorme fajo de documentos. Rivka quiere preguntarle, pero la mujer hace un rictus extraño con la boca y la nariz al mismo tiempo. Presiente que lo mejor es evitar las cuestiones prácticas. Ya pues, señorita, ¿no entendió? Arruga la nariz de Pinocho y acomoda la montura de los anteojos, que viven más cerca de la barbilla que de sus párpados. Le dice que no lo imagine, en su casa, jovencita, en su casa los tiene que completar, esa fue la frase exacta.

Esa misma noche, con un plato repleto de cereales, dos turnos y medio en el restaurante, además de la clase de geometría con Charlie, comienza a trabajar en lo que será la futura Olivia oficial. Lee tres veces cada pregunta, digna de Rivka cerrando el balance de la mueblería Lewin. Ahora sí tiene una Coca-Cola. Enciende el fósforo y da una bocanada al tercer cigarrillo de la noche. Su padre nace en esta lumbre, ilumina las ojeras de su hija sobreviviente. Papá, no me mires así. ¿Me reconoces? Si tú me lo pidieras, regresaría hoy mismo, ni siquiera te preguntaría por qué me abandonaste. No ha dado una bocanada cuando ya está apagándolo. Oh, papá, ¿cómo vas a encontrarme si me llamo Olivia? Han pasado cuatro años y ella lo

sigue esperando en los violinistas que tocan en el túnel del metro, enviando cartas al *shul* y también a la pastelería Strauss. Papá, ¿volveré a acurrucarme en tus brazos? Soy tu algodón, el más dulce y el más lindo de todas nosotras, ¿lo olvidaste?

Querido papá, estoy viviendo en Chinatown. Escríbeme, te dejo mi dirección.

Nunca ha tenido una respuesta.

Con el mentón congelado empuja la puerta giratoria del Tribunal. Es la primera en el turno y aquí aún no huele a encierro, en menos de diez minutos la está atendiendo otra vez la afro. Un sentimiento de orgullo nace en el paladar de la futura Olivia cuando ve el asombro en la cara de la mujer; demoró solo cuatro días en tener los papeles listos. Imagina que en menos de un mes debería recibir la citación. ¿Días? Todavía no conozco ese milagro. Jovencita, son meses, y muchos. Rivka agarra la cola de caballo y la tensa como si estuviera midiendo el ángulo de su cabeza con un goniómetro. La dependienta levanta las uñas al tiempo que le explica que todo puede fallar, muchos se equivocan y deben comenzar de cero el proceso. Los ojos de Rivka caen al suelo. ¿Tanto? ¿Está segura? Yo no voy a esperar tanto.

Pero…

Rivka volverá esperar.

Cada tarde revisará el buzón de la Chang y cada mañana intentará maravillarse con la aurora. Pero es un tiempo efímero. Charlie aliviana la espera del otro yo. Están en su cuarto jugando con una pelota de tenis, es rápido el hijo único de los O'Connor. Tiene el sentido del humor de Edward y la viveza de Paula. Él lanza la pelota con las manzanitas de sus mejillas y la futura Olivia oficial intenta cogerla, él la tiene otra vez. Este olor de la goma, un poco de petróleo reciclado, la conduce como un volantín a sus días en que Deborah y ella idearon un juego bastante violento: la que más veces golpeara a la otra con la pelota tendría ventaja, pero la ganadora sería la que primero hiciera llorar a la contrincante. Obvio, a escondidas de Tzipora. Los primeros lanzamientos fueron tímidos, de boxeadoras inexpertas. Pero el juego escaló y Rivka, la lanzó directo al ojo de Deborah. Mamá, ¿cómo lo hacías para siempre descubrirnos en el momento preciso? Te veo ante nosotras, Deborah llorando, retorciéndose por el golpe, te vi tan alta como una jirafa y poco me faltó para ponerme a llorar también. Te dije que Deborah era una exagerada, pero me respondiste segura, como tú eras, ¿en serio? Su ojo no dice lo mismo. La jirafa se agitaba como si un viento norte estuviera en su campo. Tzipora vestía una bata negra y el pelo lo tenía

cubierto con un pañuelo, sus labios temblaban levemente, como siempre cuando estaba irritada. Los pies de las dos niñas apenas rozaban el piso, los de Deborah menos que los de su hermana. Rivka volvió a acomodarse y la pelotita que habían escondido debajo del cojín saltó hacia la frente de Tzipora.

Y nosotras, dóciles como buenas hijas, hicimos lo que nos ordenaste, le puse hielo a Deborah en el ojo, que ya estaba morado, y también botamos la pelotita en el tacho de la basura de Harrison Street. Nos encerraste dos días en la pieza, cuánto me costó perdonarte eso, mamá, iríamos con los Gurfinkel a un pícnic, era *Pesaj* y de todas formas nos convertirse en tus cautivas. Cómo puedes hacernos esto, te pregunté.

Claro que sí, puedo, me respondiste.

La Chang tiene pegada la nariz en la pantalla de la televisión, está viendo un matinal chino. Rivka quiere salir sin que ella la descubra, le divierte sulfurarla, pero al escuchar las botas de su pensionista, la Chang empieza a agitar un papel. Hay un dejo de soberbia en sus dientes de leoparda, que dejan escapar un lunes y un te llegó el lunes.

Pero si hoy es jueves.

Rivka intenta quitárselo, la Chang no lo va a soltar tan fácil, va hundiéndose más y más en el futón gris sin nada de espuma. Rivka le entierra los caninos, tiene el sobre con ella. Suda, sigue con el abrigo cuando vuelve a su habitación. La audiencia con el honorable Juez Gordon será este…

El mismo día de su cumpleaños.

Mi cumpleaños número diecinueve, la última vez que lo celebré fue a los catorce, con ustedes y tu torta de M&M. Tras el alumbramiento de Yehudith, Tzipora decidió que los nueve cumpleaños de la familia se iban a celebrar en conjunto el primer domingo de primavera y con un tema en común. Para los catorce de Rivka, el tema fue la música disco. Por eso Rivka durante un mes, después del colegio, se encerró en la buhardilla, donde su madre contaba los hilos y los botones, para coser en los sombreros de copas las lentejuelas plateadas. También hizo bolas de discoteca con papel maché, tal cual le enseñó la *morá* Elizabeth.

Ese fue el último año que los Schtern celebraron juntos y el primero que lo hicieron con una piñata, nunca habían visto una. Rachel y Yehudith, con el dinero que habían obtenido de la venta de brownies a la salida del colegio, compraron donde Jano una con forma de Poni. Era incluso más grande que Shira. Pero lo ignoraban todo y la misma Tzipora tuvo que ir con ellas donde el colombiano, para escuchar su explicación y saber cuáles dulces eran los apropiados para rellenarla. Poco les faltó anotar cada instrucción que Jano les iba dando. Con el señor Milstein, Yaakov consiguió el bate de béisbol. Fue imposible colgarla de la viga de madera. Nadie se ofrecía a sostenerla y cuando Tzipora le ordenó a su marido que lo hiciera, un no rotundo salió de su alma de violinista. Tzipora tuvo que convertirse en un

clavo y pararse arriba de la silla, sosteniendo ella el cordel. El poni arcoíris se balanceaba de un lado a otro y con cada golpe del bate de béisbol la figura iba perdiendo su contorno de ilusiones. Papá, cuánto gocé, eras un niño con guerra y también con piñata. Le quitaste el bate a Yehudith, los oh y los ah, y tú diste el golpe de gracia, los caramelos cayeron como el rocío de tu Mozart.

Unos cuantos automóviles interrumpen la placidez del amanecer. Con tan poco ruido, las cucarachas vuelven a dormir. Rivka devolvió el libro de Verne. No le gustó y, sin saber qué leer, sacó el primero que encontró en el mesón. La protagonista describe la floración de los cerezos con una delicadeza que a la futura Olivia le encantaría poseer hoy. La tapa naranja reposa sobre su pecho, sube y baja al ritmo de su respiración. Nerviosa, salta de la cama; son las siete. Hay tiempo. El baño solo es de ella, la portuguesa aún duerme. En su habitación el sonido del secador la vigoriza. Desliza el cepillo tubular sobre el flequillo. Como una colegiala que va a iniciar el año escolar, dejó lista la ropa la noche previa. Toma las medias negras y gruesas. Está al borde la cama, y con la *expertise* de años, las calza con sumo cuidado; no quiere que justo hoy se le corra un punto. El cierre de la falda se le traba, hoy no, hoy no. Frente al espejo de cuerpo completo, goza: futuro.

En el portón el termómetro marca treinta y dos grados Fahrenheit. En menos de cuatro minutos está caminando hacia el metro, siente frío porque la parka, que le vendió una compañera del restaurante por diez dólares, no la protege tanto como ella supuso. Debería haberme puesto también mi abrigo, como tú, papá, que salías con dos, además de dos gorros, siempre con tu regalón, el que mamá te tejió con punto de arroz, lo tuvo listo en un par de horas. Papá, papito, ¿cómo estás viviendo el invierno? ¿Quién te cuida? A unos pasos de la estación toma conciencia de su pensamiento de Rivka, lo que la enoja. Siente un ardor en las mejillas, el lunar que tiene sobre el labio también quiere explotar ante este recuerdo tan delicioso. La sulfura, en realidad. En un intento de despojarse de esa sensación, toca la boina, símbolo de la nueva Rivka, que pronto se llamará Olivia.

Vuelve a revisar la carpeta donde ha guardado la citación. Imagina al juez Gordon como un viejito de tez clara y barba canosa. La sala de espera es amplia, tan iluminada como si estuviera en una clínica donde es imposible camuflarse. Es temprano, quiere un café, pero no va a moverse de aquí. Intenta leer un libro sobre astronautas que Charlie le dio. En la esquina, una treintañera vestida como un vaquero

no para de fumar. Además de las botas puntiagudas, luce una chaqueta de cuero. Su rostro es pequeño, como el de un maniquí con una nariz diminuta. Cada cinco minutos reemplaza la goma de mascar por una nueva. Un policía pronuncia en voz alta *miss* Roxane Perrone, cual heraldo proclamando un edicto. El policía le señala su boca, pero la Perrone no le entiende hasta que él abre su mandíbula para mostrarle a lo que se refiere. Rivka futura Olivia está reprimiendo una carcajada al estilo de Rivka, pero logra contenerse y la Perrone, que no tiene ningún papel, lo guarda en el bolsillo de los jeans.

Unos minutos más tarde, llega un hombre de casi dos metros importando a esta sala de espera también algo del lejano oeste. Masca tabaco. Rivka supone que es el marido de la Perrone o, más bien, el futuro exmarido. Sus botas suenan tap, tap, tap sobre el piso de baldosa. Quédate quieto, hombre, no eres el único nervioso aquí. El mismo policía ha vuelto a la sala de espera y con voz aún más solemne, cree la futura Olivia, llama a míster Perrone. El hombre de las botas tap tap queda petrificado. Rivka ve que él pestañea rápido y ahora no deja tranquilas las manos con las uñas carcomidas. Son diminutas para un orangután. El policía le hace una seña indicándole «ahora te toca a ti». ¿Cuándo será mi turno? En menos de diez minutos, otra vez abren la puerta del tribunal. *Miss* Perrone viene con los ojos hinchados y busca el chicle en el bolsillo. El tap, tap, tap detrás y en su rostro hay una V de victoria. Son casi las diez con treinta minutos.

Rivka *Sktern,* escucha.

Rivka no responde y el policía vuelve a decir lo mismo alzando aún más la voz. Va llena de cosas. La mochila, el cárdigan y el abrigo, quisiera dejar estos bártulos en uno de los asientos libres. Al fondo del pasillo divisa al juez Gordon. El ayudante, bajo y flaco, le hace señas apurándola. La iluminación es más tenue y Rivka se pregunta cómo la dactilógrafa puede trabajar así, ella no despega los dedos del teclado de la máquina de escribir y sus ojos no miran una sola vez lo que está escribiendo.

El corazón de Rivka sale por sus oídos.

¿Es usted Rivka Schtern?, le pregunta el ayudante del juez. Rivka asiente. El juez Gordon está leyendo algo, ha dicho algo incomprensible, no tiene barba blanca, como ella había imaginado. No me haga perder el tiempo, jovencita, le han hecho una pregunta, responda como debe. ¿Es usted Rivka Schtern?

Sí, señor juez.

Ahora nos entendemos. ¿Qué hace ahí con todas esas cosas?

Michael, ponga las tonteras de la señorita allá en la banca. El ayudante se precipita donde ella. La picazón en la oreja es kilométrica. Dígame, ¿cuál es su nombre? ¿Mi nombre? Pero si usted ya lo dijo. El juez Gordon la mira y vuelve a pronunciar cada palabra más lento. Señorita, ¿acaso no entiende que es usted la que debe responder y no llevarme la contra? Rivka está por largarse a llorar, imagina que saldrá corriendo como *miss* Perrone, derrotada en el anfiteatro, el público abucheándola.

Rivka, Rivka Schtern.

Ella lleva días ensayando la respuesta delante del espejo de su habitación. Traga saliva. Unas manchas purpúreas tapizan su cuello, idénticas a las que le brotaron cuando discutió con su madre por lo de enfermería. El paladar lo tiene seco. Por fin se rasca la oreja; un placer fenomenal fluye por su cartílago.

Juez Gordon, hay cosas que prefería olvidar y una de esas: no me gusta el nombre que me dieron al nacer. Quiere morder toda mi boca. El juez carraspea. Repasa el fajo de papeles con la letra manuscrita de Rivka. Deja sus lentes sobre el escritorio. Rivka sigue de pie. Gordon sigue con la vista sobre Rivka casi Olivia. Muchos se arrepienten, suponen que será más fácil vivir con otro nombre. Sin ir más lejos, ayer en la tarde entró por esa puerta un loco y… Bueno, pero no viene al caso. Escúcheme, Rivka, jovencita, ¿cuánto tiene usted?, ¿dieciocho años? Claro, señorita, usted hoy cumple diecinueve. Solo póngame atención. La mano rechoncha sujeta un vaso de café y bebe lo poco que queda. Vuelve a carraspear y como un infante adormilado frota sus párpados.

Sus problemas no van a solucionarse con lo del nombre. Mire, estoy viejo. Me jubilo ahora este diciembre, yo sé. Estornuda y mira el reloj de pulsera, que le queda apretado. Saca un pañuelo de tela. Es el mismo desde una era inmemorial, cuando comenzó como procurador en Harlem. Ya son las once de la mañana y él acostumbra a almorzar puntualmente a las once treinta. El juez va con una y otra perífrasis que Rivka escucha alarmada, insiste en el error y usted me habla del maquillaje, que estos cambios son como comprar maquillaje en la farmacia, hace una pausa, y cierra su perorata con que son una quimera, cambios cosméticos. La rosácea del juez, cree Olivia, ha aumentado. Los cuatro dedos de la mano izquierda los tiene en su pecho y con una dicción más tierna, pero carente de esperanza, agrega: los cambios tienen que venir de aquí, apunta a su propio corazón.

Un lagrimón solitario cae por la mejilla de Rivka. Gordon está

acostumbrado a los llantos femeninos, pero no de este tipo, tan elegante y recatado. Le extiende un tisú. Ella se suena casi sin emitir sonido. La presión atómica de larga data, la que carga desde la debacle, la hunde más. El juez vuelve a ponerse las gafas, ahora la ve nítida.

Juez Gordon, estoy tan segura…

De pronto escucha.

El estado de Nueva York, con fecha de… Y el timbre del tribunal sella el juicio.

Olivia Schtern sale eyectada a la calle. La energía atómica está en cada rincón de su cuerpo, incluso en la boina, burbujea como un caldero. Llega donde Charlie, vuelan a Mandy's, una pequeña cafetería a unas cuadras del departamento de los O'Connor. Las mesas están todas ocupadas y en la espera juegan a soplar el aire frío.

Olivia Schtern, anuncia la mesera.

Charlie quiere un helado doble con cubierta de chocolate, ella hoy dice sí, incluso a cualquiera que le pidiera un beso. Las dos bolitas bañadas en chocolate son casi más grandes que la cara de chiquillo irlandés feliz. Ella, fiel a la frambuesa, lo pide en vaso y sin barquillo. Hunde la cuchara y saborea como quien saborea el triunfo de las gladiadoras. Quisiera contenerse, pero abre la mochila y saca el sobre, le advierte es un secreto de Estado, Charlie frunce el ceño idéntico a Paula, replica ¡un secreto! Sabe que el chico no entiende a qué se refiere, lo explica y lo vuelve a explicar, no vayas a abrir tu boca, si tus papás lo saben, no sé qué pasaría. Olivia deja el helado a medio comer, la cafetería es muy pequeña para un secreto tan enorme y definitorio. Con mucho cuidado, abre el sobre de plástico. El chico quiere arrebatárselo, pero Olivia es más rápida. Por nada en el mundo va a dejar que él lo toque con las manos sucias y pegajosas. Fija la vista pícara en el documento, le encantaría que Olivia le permitiera tenerlo. Qué lindo tu nombre, eso le dice, Rivka, lindo. Esta mañana el juez Gordon me ha cambiado el nombre. ¡Hoy, Charlieeeeee! ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Soy por fin Olivia Schtern. Pero mezclando las letras del hoy y del ayer divisa a su padre en esta heladería. Es el único hombre en Mandy's y viste como si fuera del siglo pasado. ¿Qué haces aquí? Esta es mi fiesta, ¿lo entiendes? Vuelve donde me dejaste abandonada, ahora ya no te necesito, por fin lo estoy logrando. Sí, Charlie, un juez, tal cual, un juez me lo cambió. Yo lo quise así, te lo puedo explicar. Olivia Radcliff era la periodista favorita de mi mamá, no preguntes, Charlie, por ella, ni por nadie.

Para qué te conté. No he visto ningún dibujo animado. Y ni idea

quién es ese Popeye del que me hablas. Come tu helado mejor, Charlie O'Connor. Rivka intuye que Charlie continúa pensando en lo del nombre como el chico inteligente que es, intenta esquivar sus preguntas, que son interminables. Decirte la verdad, por qué lo hice. Olivia toma un buen tiempo para responder, algo le dice de Clark Kent y Superman. Abre su caja de cigarrillos y enciende uno tirando el humo por la rendija. Papá, ¿estás caminando con este frío?

Las mutaciones de diámetro de Australia aún la siguen sorprendiendo. Horripilante, con esas estrías corales eres idéntica a un monstruo marino a punto de morderme. Estás sobre mí cuando duermo, cuando pienso, cuando escucho música, cuando vivo.

Charlie está donde un amigo y a Olivia nadie le avisó que hoy no tendrían la clase. Paula la invita a pasar a la cocina con el tono de voz de ama de llaves. Al costado del refrigerador *side by side* —tapizado con imanes de Hong Kong, El Cairo y Marruecos— están los dos hornos. Sobre la isla hay una tabla para picar con un trozo de zapallo. Una olla de hierro de un tono bergamota intenso está sobre la encimera y en el lavaplatos escurre el agua de los choclos que Paula acaba de descongelar para preparar el charquicán. Olivia entendió algo así como *shuarquicain*.

Las uñas de Paula están esmaltadas de un fucsia furioso y desentonan con la elegancia de la cocina. Rivka Olivia cata el nuevo peinado de su jefa. Ridículamente inflado, ¿te hiciste la permanente? Debería haberme comprado los jeans. Olivia pone agua a hervir y troza el zapallo. Desde Penn Street que no había vuelto a una cocina para cocinar. Un territorio exclusivo de los otros y ella, un robot encargado de asear, como Guadalupe, la empleada colombiana de los O'Connor. Solo que a ti sí te dan días libres y duermes en una pieza increíble. Durante estos años de errancia, Rivka ha comido lo que otros le han dado. Ya sea la italiana. Ya sea la Chang. Ya sean las sobras del restaurante. Olivia intuye cuán sorprendida está Paula con su destreza. Tanto que lo intentas, pero es imposible, naciste sin ese don. Dudo que alguna vez lo logres, si hubieras visto a mi madre, entenderías a lo que me refiero. Mamá, ayer me probé unos pantalones por primera vez en mi vida.

Olivia ha encendido un cigarrillo, la tranquiliza tener las manos ocupadas cuando está sola con su Paula. Más ahora, cuando ella le pregunta por qué nunca ha ocupado un pantalón. La ex-Rivka ahora sí tiene ganas de fumar. Debería callarme, pero llega un minuto que debo, quiero, necesito contar un poco de mí, no como tú, mamá. Me decías que los secretos solo había que compartirlos con Hashem, que

allí permanecen a salvo de los mundos que nosotros vamos creando. Las dos se sientan y entonces, sin saber cómo, Olivia, la que solo hasta hace unos días había sido solo Rivka, inicia el relato íntimo de su vida. Con una facilidad que fluye cual torrente de ilusiones, no escatima detalles sobre su pasado, pero omite la debacle. ¡Salud!, anuncia Paula por segunda vez y enciende la radio. Tararea «Under Pressure» meneando la cintura como si fuera una sílfide. Rivka Olivia está pronta, va a escapar del departamento de los O'Connor, volver a su Australia, pero Edward y Charlie han regresado. Paula abre un cajón. Allí están las pastillas mentoladas. Le hace una señal con el dedo índice, al que ya no le queda nada de esmalte: shhh, tú calladita nomás.

Charlie corre con un gesto pícaro hacia Olivia, le da unos huevitos de chocolate. Paula, a lo lejos, sigue revolviendo el charquicán. Si es *Easter*, también es *Pesaj*. Este año podría comprar *matzá* y hasta celebrar mi propio *seder*, podría ser mi primera vez de Olivia, qué estoy diciendo, si no he probado la *matzá* desde entonces, desde la debacle. Ni siquiera soy capaz de dejar de comer pan durante los ochos días del *jag*. Son los vocablos de una soledad sin estrofas.

En la cocina de los O'Connor cada movimiento de Olivia es fruto de una cadencia del mundo del ayer. En Penn Street las Schtern daban vuelta la cocina en preparación para *Pesaj*, una fiesta que a Rivka le parecía más de esclavitud que de libertad. Madre e hijas la limpiaban como si estuvieran saliendo otra vez de Egipto. Año a año, Rivka debía aspirar y sacar toda la vajilla de la cocina y cada año discutía con su madre porque no quería seguir a cargo de aquella tarea.

Pero Tzipora no daba su brazo a torcer.

Sin alterar un ápice la voz, me repetías lo mismo, yo quiero que tú lo hagas, empieza ahora mismo, jovencita, con los cajones, acuérdate de plastificarlos, las repisas y claro, también la despensa. Rivka lo consideraba una injusticia matriarcal, sentía que era la que más trabajaba. Pero no era así. Sus hermanas hacían tanto como ella para cumplir con la *halajá*, la ley que establece que en ningún hogar judío puede haber ni siquiera una miga de pan mientras dura la fiesta. Una ley que solo interrumpiste con la guerra y recuperaste con la libertad. Yo, mamá, continúo en mi propia guerra, ¿iré a recuperarte en mi libertad?

Yehudith inspeccionaba cada juguete. Esther, los libros. Las dos pequeñas, los bolsos del colegio. Con la parsimonia digna de una futura novia, Rachel hacía lo suyo y lavaba la vajilla de *Pesaj*. También la del resto del año, la guardaba por ocho días y ocho noches

en cajas de plástico. Así como los cucharones, las fuentes y ollas, además de la tostadora, la batidora y cualquier electrodoméstico no apto para la fiesta de la libertad.

¡Niñas, a cocinar!, exclamó Tzipora. Los aromas iban mezclándose en este pequeño santuario. Allí estaba la carpa, los cien huevos, los tres paquetes de chuño, la harina de pan ácimo, el pollo y la carne. Rivka sofreía la cebolla con el ajo. En un recipiente de vidrio, vertía los huevos, las dos tazas de agua con gas y, por último, cuatro cucharadas de harina de *matzá*. En la olla, cuando ya había hervido la zanahoria, agregaba la cebolla salteada, sal y también una pizca de azúcar. Con las manos húmedas iba dando forma a las bolitas de pescado que su madre le había enseñado hace un tiempo. Deborah y Esther preparaban los *kneidalej,* esas otras bolitas, casi del tamaño de una nuez, con la misma receta que por siglos cocinaron los ancestros de Tzipora.

Todavía te escucho, Yehudith, diciéndome que soy tonta, que no se hacían así, y te veo aplastando todos los *gefelte* que yo había hecho y que recién había puesto en la bandeja. Ah, yo no me iba a quedar callada. Insoportable, la tonta eres tú, te grité. ¿Acaso olvidaste, señorita sabelotodo, que a papá le gustan así de chicas, como una mandarina?

Desde la madrugada Tzipora no había tomado un solo descanso. Rivka se echó sobre el sofá observando a su madre, que vertía la mezcla del bizcocho en el molde de aluminio. En menos de dos horas iba a comenzar la fiesta y la siesta de las más pequeñas nunca fue. Deborah ya había puesto la *keará* al centro de la mesa y Shira hundió el meñique en la mezcla de manzanas y nueces que había en el plato simbólico. Probó la pasta de color beterraga y asqueada la escupió, tiñendo la cortina. Por más que intentó borrar la mancha, solo logró aumentar su diámetro. Levantó la alfombra y allí ocultó el resto de la pasta. Una voz melodiosa cantaba, llamaba a Leah y Shira. Era Yaakov, el responsable de vestirlas para la celebración. Sobre las camitas estaban los vestidos, el rosa y otro más pequeño, de un tono mora topacio. Olivia sigue conversando con sus muertas mientras lava las frutillas en la cocina de Paula, cuánto te gustaban, Deborah. Querías que papá leyera rápido la *hagadá* para comértelas en el postre. La misma historia año a año. Tus *seder*, música eterna. ¿Con quién los celebras ahora? ¿A quién le cantas con tu voz de tenor?

Te veo cubriendo la *matzá*, nuestro pan ázimo, con un paño gris acuoso que tenía bordado once rosas dignas de Ur. Este fue el primer trabajo de costura que Tzipora realizó. Yaakov recreaba la tradición

exiliada, la que aprendió directo de su padre, del abuelo de Rivka. Son los kilómetros de la pérdida, de una vida que estuvo anclada por siglos en Miskolc. Tzipora contemplaba a su marido como no lo había hecho en los últimos días. Rivka fue la única de las siete hijas que estuvo atenta a este intercambio íntimo y ella fue testigo de cómo él era un hombre feliz y su madre, una mujer satisfecha. Tzipora vestía su mejor traje de fiesta, un vestido de un azul marino con blondas de un suave color crema que estaba calado en los puños. Unos pequeños aretes de perlas relucían en cada lóbulo.

Como si Yaakov hubiera sido el capitán de un equipo de fútbol, silbó a la usanza de su pequeño pueblo, de su *shtetl*, hoy una ciudad muerta en Hungría. Dio inicio a la búsqueda del *afikomán*. Leah y Shira, ímpetu digno de campeonas olímpicas, fueron dando vuelta los cojines, la alfombra. Shira miró a Leah con recelo, podría descubrir la bola de comida bajo de la alfombra. Casi voltearon el ficus agitando las cortinas. Qué difícil era encontrar el tesoro milenario que su padre había escondido. Iban con las mejillas prendidas, revolvían más cojines, abrieron más libros y dieron otra vez vuelta la alfombra, todo por localizar el pañito con la *matzá*. Qué carita la tuya, Shira, compungida le preguntabas a papá dónde estaba el pañito, no se te veían tus ojitos que dejaron de pestañear cuando viste a Leah corriendo con el pañito gris, lo encontré, papá, papito, yo lo encontré. Eres una *broja*, intentaste gritar bruja, pero tu boquita de tres años no podía, letras demasiado grandes para ti. Yaakov repartió los bombones que ayer había comprado y felicitó a la ganadora, tu regalo mañana estará a los pies de la cama. ¿Y yo, papá? Shira escaló sobre las piernas de su padre y acurrucó la cabellera algo menos rubia que la de su Leah, sobre el pecho del matarife y él, cantándole esperanza, le aseguró un regalo también.

El olor al charquicán rebota en Olivia. Las frutillas y Rivka quedan replegadas en una esquina, observándolos. Ve a su jefa llenando una copa con vino tinto y Olivia descubre el semblante estrecho en Edward, como si lo estuviera quemando un cohete. Te vas a tu cuarto ahora, Paula. Ella ríe en su cara. Edward tiene unas enormes manchas de rabia en la frente que se van haciendo peores. Paula lo enfrenta. Ni te lo imagines, llevo horas haciendo este maldito y asqueroso charquicán. Edward, te equivocas, vamos a comer juntitos.

Olivia quiere sellar los ojos de Charlie y tapar sus oídos. Paula sirve unas porciones grotescas, invita a Olivia a almorzar el próximo domingo para Pascua. Olivia acepta, pero ese día telefonea y se excusa. Le duele la garganta.

¿Venirme a vivir con ustedes? ¿Para qué, Edward, para qué me necesitas aquí? Con qué derecho Paula te contó que vivo en una pocilga. En los ojos de su jefe ve incrustados unos cubos de hielo tan frescos como si los hubieran sacado recién de un ventisquero. Él está sentado en la butaca de cuero envejecido que perteneció a su padre. Los brazos descansan en sus piernas y juega con el anillo dorado que casi se extravía en su piel translúcida. No hay rastro del diplomático que negocia tratados. Calla por unos buenos minutos y un silencio subcutáneo rodea el despacho. Es el silencio de los que prefieren omitir.

¿Aquí? ¿Con un portero que viste uniforme? ¿En un barrio así? ¿Y con una familia como la tuya?

Gracias, lo pensaré. Es una oferta muy generosa.

Querido papá:

Te escribo desde el restaurante en el que llevo trabajando tres años. Hoy tengo diecinueve y, además de mesera, también limpio la casa de unos italianos. Quizá me vaya a vivir con los O'Connor. Son la familia del chico al que le estoy haciendo clases particulares. Estaré aún más lejos de ti, papá. Pero hoy no te escribo para contarte de mí. Hay tanto que quisiera saber. Quisiera saber dónde estás, dónde duermes y dónde despiertas. Te he buscado. No he regresado a Williamsburg y, por el momento, dudo que lo haga. Hace más de un año y hace más de un año y medio, y hace más de dos años, y hace más de dos años con siete meses, y hace casi tres también te escribí.

Tu silencio es la respuesta.

Tendré que ir rellenando los vacíos de tu memoria y de la memoria de mamá. ¿Cómo era tu pueblo? ¿Por qué fuiste el único de tu familia que sobrevivió? Y mamá, ¿cómo lo logró? La tía Penina, la que nos dio el dinero para pagar la casa, ¿quién es? ¿Lo sabías?, ¿dónde vive? Dime, papá, ¿cómo puedo vivir si tú tienes mis respuestas? ¿Cómo está tu herida en la mejilla? ¿Has vuelto a tocar el violín? Cuéntame, papá, ¿sigues comiendo *rugelach*? Ahora yo como *brownies*. Jamás *rugelach*. ¿Cómo te enteraste de que tu familia murió? ¿Y mamá? ¿Cuáles eran sus sueños? ¿Tuvieron luna de miel? ¿Cuándo dejaste de hablar en húngaro? Me encantaría saber cómo eran tus hermanos, cómo te llevabas con ellos y qué hacía enojar a tu madre, la que se llamaba como yo. Mamá ¿era unida con los suyos? Tengo la fotografía que ella guardaba en el *Sidur*. La atesoro como si fuera el botín de unos piratas caribeños. Papá, ¿a qué edad los deportaron? Cuánto quisiera saber. ¿Cuál de nosotras era la más parecida a mamá? ¿Por qué sufrías tanto con los partos? Quisiera saber también en qué trabajaba tu papá y si soñabas con dedicarte a lo mismo. ¿También era *shojet*?, ¿quisiste ser concertista? Recuerdo lo buena que mamá era para las matemáticas, ¿por qué no trabajó en algo relacionado con eso? ¿Qué fue más difícil? ¿Sobrevivir a la guerra o a sus muertes? Dime, papá, ¿qué cenas?, ¿sigues comiendo *pickles*? Quizá te volviste a casar y tienes hijos. No logro recordar el nombre de tu pueblo.

Imagínate, tampoco sé dónde nació mamá. ¿Cómo se veía para la *jupá*? De seguro su vestido era más lindo que el de Rachel. Quiero saber, papá, qué desayunabas y cómo era tu *jeder*. Quiero saber si te gustaba estudiar ahí. A qué jugabas con tus hermanos y si tu hermana mayor alcanzó a casarse. Solo sé que ellos murieron y tú sobreviviste.

Papá, pronto comienza mi turno en el restaurante y pronto deberé olvidarme de esta carta y de ti.

Ignoro tanto, papá, y sería tan fácil solucionarlo.

Tu Rivkele.

Alonso la ayuda con la maleta y, antes de que pregunte, le cuenta que se viene a vivir con los O'Connor. Él sonríe con esos dientes chuecos que a Olivia le recuerdan los de un camello.

El atardecer va colándose en el departamento 3B, tal como Olivia lo hará donde los O'Connor. Ella acarrea la maleta y unas gotas de sudor imperceptible están humedeciendo su sien. Paula examina el bártulo como si supiera que Olivia lo compró en una tienda de segunda. Charlie intenta ayudarla, pero su madre lo obliga a replegarse.

Su habitación es nueva en el sentido más literal de la palabra. Rivka Olivia camina como suele cuando lo ignoto la amedrenta, pasitos inestables. Descubre los rincones y enigmas de las paredes; la historia que pocos han contado. Esta noche, la primera de la nueva vida, no se atreve a bajar a cenar, y ninguno de los O'Connor la llama a hacerlo. No peina su cabello como solía Rivka. Por doquier aparecen etiquetas de primera vez. La primera vez que posee un clóset amplio y solo para ella. La primera vez de un escritorio. La primera vez de un baño propio. La primera vez que el ocaso danza en su propia habitación. La primera vez que mira el Central Park. La primera vez que no pasará ni frío ni calor. La primera vez que goza con sábanas nuevas.

Coge tres colgadores de plástico para las faldas, cuatro para las blusas y uno para el pantalón de mezclilla. En la mesa de noche, apila las novelas que ha ido comprando en la feria de libros usados de 52 Street. Vuelve a ordenarlas una y otra vez, busca lo perfecto. Las pone debajo de la cama, en la repisa del armario y, lógico, sobre el escritorio. Sus pisadas graciosas son las de una bailarina envuelta con una manta color barquillo. Los pies de bailarina gozan con la alfombra de muro a muro. La mano alba y delicada recorre cada centímetro de la habitación. Sin saber casi cómo hacerlo, vuelve a la cama. A mi cama. Apoya la barbilla sobre la sábana, casi un algodón. Frágil, con una belleza de lujo.

La quietud de la noche.

Como las nuestras.

Mamá, cuéntame otra vez tu historia de amor, esa de ¿te quieres casar conmigo?

Tzipora va acurrucándose a la cuarta hija y ambas, sin reloj ni tiempo terrenal, van sumergiéndose en el pasado de Yaakov y Tzipora. Alzo mis oídos y escucho con mi *neshamá*. Así te recuerdo, contando tu historia sencilla de errantes solitarios, la cincelé en mi recuerdo ceniza. Papá con apenas una semana en América y yo, solo un par de meses en esta Tierra tan grande. Yo trabajaba desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche y ya había puesto el cartel *closed*. Estaba barriendo el piso con una escoba que apenas le quedaban pelos, la húngara no quería comprarme una nueva y el chirrido de la puerta me obligó a levantar la cabeza.

La madre acariciaba el pelo de Rivka, sin nudos ni secretos.

Tu papá era aún más flaco que hoy y no tenía barba, Rivkele. Cuando me pidió matrimonio solo nos habíamos visto tres veces en el restaurante. Mamá, yo te sigo contando la historia. Él te preguntó, con su simpleza, como si nunca hubiera sobrevivido a una guerra, y en el idish más lindo de la Tierra. ¿Quieres casarte conmigo? Pero estabas complicada, nadie sabía que otro te había pedido la mano esa misma mañana. Fui la primera y única en saberlo. Fue un flechazo y en cinco días estuvieron bajo la *jupá* en el mismo restaurante de la húngara. Me quedé sin saber qué le dijiste al otro pretendiente ni cómo fue la *jupá*, porque las noches sumaron años y los años volaron hasta la debacle. De ahí vengo y de ahí voy es la crónica del núcleo. Quisiera tener la fortaleza de tus ojos para regresar a Penn.

Olivia nunca se enteró de que los únicos testigos de la ceremonia de matrimonio fueron la húngara y el cocinero. Sin fiesta ni baile. Un *lejaim* con los restos de *leiquej* y el típico licor de guinda ácida que les gusta tomar a los judíos húngaros. Ignora que, a los cinco días del matrimonio, Yaakov recibió una carta de la Cruz Roja y con las manos de futuro *shojet* la fue leyendo. El papel temblaba y él también. Meir Schtern, Shulamit Schtern, Yoseph Shc…. Este joven menudo y amante del violín se convirtió en el único sobreviviente de una familia anclada por siglos en un pueblo húngaro. Esa misma noche, Yaakov y Tzipora quemaron la misiva.

El fuego negro.

Olivia busca a tientas el interruptor. Está absorta en *El gran Gatsby*. «No podemos repetir el pasado», dice Caraway y ella lee en voz alta: «¿No podemos repetir el pasado? ¡Claro que podemos!», protesta Gatsby. Claro que podemos, pero yo no. Seré otra. Con esa promesa intenta dormir. Despierta acalorada. Agita a modo de tijera las piernas

delgadas y las abraza tal como Rachel solía hacerlo. Escucha un tic, tic. Es el piar de un típico pájaro de Central Park. Pronto aprenderá el nombre: el *Sialia sialis* de pecho naranja y plumas azules, como los lirios de Van Gogh. El pajarito apoya sus patas en el alféizar de la ventana. Se observan, mirándose, ojo frente a ojo, hasta que el ave vuela otra vez hacia lo alto. El viaje índigo se extravía en la inmensidad de la mañana. Le gustaría cogerlo, ven, quisiera gritarle, te voy a regalar mi ceniza.

¿El nombre de tu pueblo, papá? Ella intenta, esta primera mañana de su nueva vida, recordarlo, recordar los nombres de los que asesinaron. En una sola ocasión escuchó sus nombres y los olvidó como si fuera una anciana desmemoriada. Las hojas lacres cubren el pavimento, recuerdan la colchoneta de una gimnasta. Una furgoneta llena de cajas de huevos casi choca con un camión de cemento. Olivia ve a un hombre vestido con unos pantalones amarillos y una chaqueta llena de orificios. Él levanta la cabeza de hechicero y la saluda. Ella cierra la ventana.

En la ducha intenta alejarse un poco más de Rivka, tarea compleja cuando aún resuenan en ella tantas peleas por el agua caliente en Penn Street. Esther, ocupaste toda el agua caliente. Estheeeeeeeeeeeer, voy a triturar tu sombra Revlon, a la cuenta de tres si no... Olivia esconde ágil su ayer. Pero no puede dejar de contemplarse. Soy la mujer ante el espejo. Ignora que un Picasso bautizó así uno de sus cuadros. Rivka, chica de pollera y camisa celeste, caminante de Williamsburg con apenas dos dólares para el *egg cream*. ¡Diecinueve años! Su nariz de adolescente, que antes asomaba apenas, ahora ha cobrado serenidad y una preponderancia aguileña. Diecinueve años en un nombre inaugural.

Casi se gusta.

Cada noche y cada mañana me sigo desenredando el pelo tal como me enseñaste. Con el dedo índice y el del medio simula una tijera, lo corta hasta más arriba de sus orejas.

Jamás.

Y entonces, baja a vivir con los O'Connor.

En el pequeño botiquín hay dos labiales, uno translúcido y otro de un rosa imperceptible. Una sombra de ojos, el rubor y una crema humectante para el cuerpo, otra para el rostro y dos perfumes. Ella se va sumergiendo en esta Andrómeda donde no existe el recato ni el afán de la trascendencia, parecen dos conceptos embalsamados en una cámara de rarezas. El aquí y el ahora son los reyes. Ladea levemente la cabeza. Me gusta. Ser como ellas, como cualquiera que pasea por Manhattan, olvidarme de todas ustedes, de ti, Hashem, que las quemaste en el fuego. Negro. Y me dejaste viva, sola. Con padre y sin padre. Yo seré la mujer nueva, que inaugura una galaxia, sin nuestro pasado ancestral sobre mis hombros. A momentos cree que todos intuyen la verdad, que fue una Rivka. Ya no camina tan erguida. La pulsión atómica está clavada en los omóplatos y el temor de parecer una *goy* arisca la obliga a acelerar el paso.

El pasado va desluciéndose, desgranándose con los minutos y segundos. Rivka intenta mantener la ventaja, no es tan sencillo ganarle en esta maratón. Es la ruptura con la ceniza, batiendo sus alas, disolviéndose en helio. Olivia coge el labial translúcido y va recorriendo cada centímetro de su boca. Lo hace con la inexperiencia de una muchacha que recién es cuerpo. Apoya ambas manos en el lavamanos. Cubre su cabeza con un pañuelo multicolor, imitando un aviso publicitario que vio en el bus. El rouge brilla. El iris irradia futuro. Está catando el gusto de otro carmín: el del éxito.

Enumera en silencio sus nuevas definiciones.

Una, vivo cómodamente en casa ajena.

Dos, soy la profesora de un niño.

Tres, aprenderé español.

Cuatro, soy asistente personal de dos extraños.

Cinco…

Soy Olivia, Olivia Schtern, dice en voz alta.

Ella no entiende lo que Edward le está proponiendo. ¿Aprender español? Otra idea descabellada de Paula. Edward enciende la pipa y el olor de tabaco fresco inunda el escritorio. Entre una calada y otra, le explica que Paula solo acepta que te vengas a dormir aquí si ella te

enseña español. Olivia está congelada en la otomana. Si este es el precio que debo pagar para dejar a la Chang, lo haré. Ese mismo martes, en el living junto a la pequeña mesa de bridge, comenzarán las lecciones. Ya van a completar la hora, Olivia ha mirado tres veces el reloj. Repite por quinta vez las vocales. ¿Dónde están?, pregunta Charlie. Viene con los ojitos brillantes y los pómulos más de manzana que nunca. No alcanza a salir del ascensor cuando ya está compartiendo con Olivia su éxito en la prueba de ciencias con míster Smith. El delineador cobalto tiñe las ojeras de Paula, casi como si estuvieran multiplicándose con la llegada del otoño. El chico saluda a su madre. Ella, la madre, clava la mirada en Olivia.

«*You… better… love… loving… and… you… better… behave. You… better… love… loving… and… you… better… behave. Woman in Chains*», tararea a todo pulmón bajo el chorro de agua. Cuenta los dólares en su billetera y los guarda en una especie de cinturón que ha ideado para esconderlos, no quiere correr riesgos. Sobre la mesita de noche hay una guía con veinte ejercicios. Le gusta cómo Charlie carcome el lápiz grafito cuando está resolviéndolos. Le gusta. «Woman in chains», anudándose la bufanda de cachemira. Abre con sumo cuidado la puerta, no quiere alertar a Paula. Pero ella está ahí, como si la hubiera olfateado a veinte kilómetros.

Le lanza el humo directo en el lagrimal izquierdo. Olivia se lo restriega.

Hoy es la primera gran nevazón del invierno, durará setenta y dos horas.

Olivia ya no quiere sacar más brillo a la cuchillería de plata, tiene agarrotados los dedos y el olor del líquido abrasivo le ha provocado mareos. Está a punto de bajar a comprar un café, pero Paula la tira de la bufanda obligándola a salir del ascensor y le comunica que irán de compras porque Olivita, no pienses que podrás vestirte así para la cena. Olivia extiende el cuello como si fuera un avestruz comiendo un higo muy duro. Paula alza un tenedor a la altura de sus pómulos y examina si reluce lo suficiente.

En un microsegundo la mirada verde y azabache están enfrentadas. Las manos de Olivia están literalmente petrificadas. Renuncio, prefiero volver con la Chang a someterme a tus caprichos, qué me importa a mí tu cena del cónsul francés, yo no soy tu marioneta, menos tu entretención. Rachel, a ti no te pasarían estas cosas, la tendrías encantada, eras tan fácil de querer. Y yo nací con demasiada revolución. Lo arrastro por ti, mamá, lo veo en mí. No me sigas diciendo «querida», Paula, yo no soy tu «querida» ni tu «protegida». Soy una simple errante, ya Olivia, ya Rivka de Williamsburg, nada de convertirme en una muñeca de seda, no voy a competir contigo, Paula.

Olivia está recluida en el baño, inmóvil, casi como la Rivka de la debacle, hace tanto ya. Paula deambula feroz, no va a dejar que la presa se le escape, quiere derribar la puerta del baño, la protegida dice que está mal del estómago, no puedo ir de compras, la profesora insiste, la otra resiste. Paula ruge como la leona que es. Sus tacones repican, están todavía más furiosos que ella. Irá sola, sin su alumna, sin su presa jugosa y ella, la protegida, sabe que por unas horas estará en paz. El reloj corre, ella volverá. Charlie muerde el lápiz tal cual ella lo anticipó. Él, con la cabeza gacha todo el tiempo, hace cálculos en voz alta hasta que escuchan un volví eterno.

El rostro rechoncho de Paula, habitualmente pálido, está teñido de excitación mientras su hijo y la profesora la observan sin atreverse a decir un hola. Su pecho sigue agitado por lo veloz que subió la

escalera. Resopla una y otra vez la chasquilla congelada, les ordena que vayan a la habitación de Olivia, hay una sorpresa. Charlie, al escuchar la palabra *sorpresa*, reacciona con la ingenuidad propia de un niño de nueve años y Olivia, con el recelo de una joven sin domicilio propio.

Oscurece. Cae. La nieve. Pero ella no podría describir estos copos. Sobre la cama de Olivia hay una enorme caja y en el suelo, unos zapatos de charol y taco aguja. El corazón de Olivia no está latiendo, sino infartándose. Sus manos abren la bolsa. Hay un sujetador y un calzón rojo con encaje, además, una media de una marca francesa. Varias capas de papel seda. Cae. Al suelo. Otra vez Olivia cree que sus omóplatos están encorvados, incapaces de soportar el peso atómico. Cada movimiento. Cada suspiro. Cada idea. Cada minuto. Entonces, consciente del rol de Cenicienta, toma el vestido, una organza suave, cual carruaje flotando sobre el equinoccio lunar. Quiere odiarlo. Quiere deshacerse de él. Quiere tirárselo a Paula sobre su carita rechoncha. Pero en vez de eso. En vez de eso, lo goza. Goza lo ligero. Goza lo delicado. Lo goza. La liviandad del porvenir y del brillo enarbolado en su luna. Las pupilas quedan absortas en el brillo de las piedrecitas que rodean el escote.

Solo ella. Nada de Rivka. O Tzipora. Menos de las otras muertas. Es su belleza floreciendo a los diecinueve años. Un leve ardor brota en su oreja, tan distinto a todos los otros. Lejos de Penn Street y de las voces sin voces. De ti, Rivka. Paula le dice que se lo puede pagar en cuotas, el humo del cigarrillo va arremolinándose, la ventana está cerrada.

El vestido. Cae. Sobre los zapatos granates.

Charlie corre a recogerlo y sus deditos palpan la pedrería. La mano tapizada de pecas busca la de Olivia. Dímelo, Paula, de una vez. ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo debo comportarme? No tengo plata para pagártelo, era una broma, querida. Y ahora, Paula, me lo explicas y quién me quita el horror que sentí al escucharte. ¿Cómo caminaré con estos tacones? ¿Me enseñarás a no caerme? ¿Vas a torturarme más que a Cenicienta? Yo sé que las has visto, a las judías religiosas vestidas como yo solía hacerlo. R-E-C-A-T-A-D-O. No conoces ese adjetivo. Es un verbo. Un valor supremo, lo que para ti equivale a una limpieza de cutis. Ignoras lo que es andar por el mundo sin mostrar un centímetro de piel. Yo soy. Era. Soy. Hashem es. Aunque en tu mundo no exista la trascendencia. Solo que yo la abandoné. Las pestañas de la ex-Rivka están sumergidas en un Atlántico de lágrimas. Abre la ventana y el humo del cigarrillo vuela hacia las patas de una paloma que descansa

sobre un farol. Apaga el cigarrillo en el alféizar y cierra delicada la ventana. Acaricia la ropa interior. Como si estrenara un nuevo cuerpo, le cuesta desabrochar el botón del jeans. Cae. El corpiño viejo. Ajusta los tirantes del nuevo sostén hasta que calzan perfectos en sus hombros. Abre el paquete de las medias y la tersura del tejido la sorprende. Con pasitos livianos de bailarina, como los que dio el primer día en esta habitación, imagina las mil razones para devolverle todo a Paula. Decirle que es muy pequeño. O muy grande. Decirle que el color es demasiado oscuro. Muy atrevido. Alérgica a la gasa. O que es enorme. Tan escotado.

Decirle. No.

Olivia va asomándose en este ocaso de nieve y calor. Sus caderas son generosas. El vientre, plano y la piel, tersa, casi sin lunares. Coge la tela de cuento de princesa, introduce primero el pie izquierdo intentando esquivar el espejo de cuerpo entero que cuelga en la puerta. Mamá, no me enseñaste a sobrevivir sola, sin un abrazo de papá, sin una instrucción tuya. Sigue con los ojos sellados, es un esfuerzo monumental, idéntico al de un chiquillo que evita mirar la herida que se hizo al caer del skate. Es el temor. El pavor de descubrir algo más colosal que Rivka y Olivia reunidas: la belleza. Pero en un descuido o quizá en el anhelo de revelar la delirante simetría. Gira. Observa. La dicha gigantesca. Analiza cada centímetro. Cada centímetro del vestido. Cada centímetro de los falsos ópalos. Una mujer hermosa la está mirando.

Las máquinas barredoras de nieve han trabajado día y noche, la apilan al borde de las calles. El vestido azul sigue colgado en el clóset, ya son tres mañanas y tres noches acariciándolo. Olivia Rivka ha jugado a convertirse en princesa y no en sirvienta. Germina la impostura total. Olivia frente al espejo. Vestida con unos jeans y un chaleco. El pelo lo lleva suelto, lustroso luego de lavarlo. Húmedo. Lo enrolla con la toalla en un espiral. Ahora lo deja caer en la espalda y sujeta con un broche unas mechas. Las mejillas, casi rojas, arden. Ser otra. Otra Rivka y otra Olivia. Cuando comenzó a llamarse Olivia Schtern de manera oficial, decidió que el primer cigarrillo del día sería a las cinco de la tarde. Pero hoy puedo permitirme una excepción. Paula le dice que saldrán juntas a la peluquería de Leoncito. Me hablaste con tu tono de impostura, ese de ama de llaves, estoy segura, querida, de que te había dicho que iríamos donde el peluquero, *mi* peluquero.

Casi al llegar a Lexington, Olivia ve a un banquero vestido con un traje a rayas oscuro. Él tira la cuerda de su perro maltés. Paula y Olivia suben en silencio al salón, que ocupa todo el quinto piso. Sobre la mesa redonda hay un florero lleno de rosas y varias botellas de champán. «Like a virgin» suena por los altoparlantes. El personal viste de gris, a Olivia le parecen artistas de Broadway. León saluda con un doble beso a Paula. Es un poco más alto que ella, una nariz excesivamente afilada para su porte. La camisa la tiene a medio abrir, un tatuaje de un ave fénix sobresale en su pecho. Paula, al otro extremo del salón de belleza, charla animadamente con una amiga y Olivia espera que la atiendan mientras lee el capítulo en que Scarlett va a tener a su bebé. Un toquecito en el hombro la hace saltar de la silla, un acento venezolano. Tú debes ser Leoncito. Chica, eres tan linda como Scarlett. El peluquero la conduce al sitial más grande y ordenado de la peluquería.

¿Habrá otra judía aquí? De seguro que ninguna como yo, de Williamsburg. Los dedos del estilista van moviéndose rápido. Le coge el rostro, lo voltea, acerca las puntas del cabello a sus pupilas. Ella escucha algo parecido a avemaría y a una virgencita hermosa. Entorna los ojos. Una especie de ardor en los brazos la obliga a tensarlos.

Mamá, ¿alguna vez fuiste a la peluquería? Para qué, si hasta trapeabas con el pelo cubierto, ¿tenías canas? Recuerdo tu mirada de peonía cuando la señora Weismann vino a mostrarnos las pelucas. Las siete Schtern, aglomeradas en el comedor, ansiosas de escarbar la mercadería y Rachel era la principal clienta, pues pronto iba a cubrir su cabello de novia. Leah agitaba sus caderas al modo de Olivia Newton Jones. Cae. La peluca. Deborah acariciaba las suaves ondas de un tono colorín. Yehudith apoyó su barbilla en los hombros de Rachel. Rivka hubiera querido probarse una de pelo cano. Deborah peinaba otra con varios bucles.

¿Cuándo te lo cortaste, chica? Me obligas a inventar la respuesta, el mes pasado. En el lavapelo, el agua humedece hasta el mismo corazón de la ex-Rivka, liberándola del yugo del pasado. El agua le devuelve el chismorreo de las clientas y el ayudante de León arma un turbante con la toalla. Los dedos del estilista, extraviados en el pelo salvaje. Simula un corte de melena. Olivia contrae sus cejas, intenta una mueca simpática. Las palabras de León le parecen las del discurso de un presidente recién electo en un país bananero. Me llamo León de Vicente Carraspera de las Buenas, hoy serás la más estupenda de la cena. Paulita, ella misma te compró el vestido. Es una doña mujer, ¿puedes creer que hizo lo mismo con mi sobrina? Imagínate lo fascinada que estaba esa chica. Entonces, azul con un buen escote, ¿no? Él apoya el dedo índice en el nacimiento del busto de Olivia y ahora ella sí salta. Déjame en paz, qué te crees, yo soy hija de Tzipora y Yaakov Schtern, heredera de una dinastía de siglos donde las mujeres somos las reinas de la casa y los hombres los reyes de la sinagoga. Mi cuerpo pertenece a mi alma gemela. Otro salto. Había olvidado lo del alma gemela. León empieza a cortar aquí y allá sin ningún orden aparente. Va armando un moño distinto a lo que ella acostumbra, al estilo Bardot, aunque ella no tiene idea de quién es esa actriz. Con la agilidad propia de un experto, él tira y acomoda cada mecha, las sujeta con varias horquillas, un poco de laca y un poco más. Examina, incrédula, a la que alguna vez fue Rivka y hoy está siendo solo Olivia. Quiere urgente un vaso de agua, lo bebe con apuro.

Paula la conduce al sitial de la maquilladora, parece un set de estrella de cine, cree Olivia, con un enorme espejo cuadrado rodeado por varios focos de luz cálida. Nunca imaginó que alguien podía tener tanto maquillaje, cientos de sombras de colores inusuales como el calipso y labiales de todas las marcas. Camille no le habla, le sostiene el rostro, lo escruta. Quiere saber con qué tonos se maquilla. Tierra, huele su nueva mentira, qué iba a saber yo que debía aprovechar mis

ojos. Verde, ese es tu color, le responde la tal Camille, prometiéndole el Olimpo. Hace como le ordenan, apoya la cabeza en el respaldo. Un pincel grueso, luego otro más fino. Las yemas de Camille distribuyen la base de maquillaje, es ágil, le indica mirar hacia arriba, a la izquierda. Una sensación de agobio y maravilla está bombeando la aorta de la ex-Rivka. Sus párpados están pintados en un verde casi azul, idéntico al vestido, y una línea gruesa enmarca sus pestañas. Olivia recuerda a la portada de la *Vogue*. Casi va a morder su boca. Es una tercera mujer. Paula le tira la correa como si fuera el maltés de Lexington. Olivia fija la vista en el suelo y Paula, al oído, le indica que debe levantar los ojos, lucirse.

Está encerrada, bien encerrada en su habitación. Evita el espejo. Una *goy*, una *goy*, una *goy*. Se tapa los oídos. Rivkele, ¿dónde estás? Papá, tu algodón de azúcar vive en Manhattan. Una lágrima cae hasta la sombra verde. Papá, papá. ¿Igual me sigues queriendo? Corre a su baño, el asco la rebalsa con arcadas, se lanzaría un chorro de agua fría, más fría que su recuerdo. Pero levanta el rostro. Su rostro. Le arde todo, hasta las pestañas. No tiene tiempo para pensar en posibles escapes y en el dormitorio repite los movimientos de hace unos días. Primero las medias suaves, luego el sostén, el vestido con ópalos, quisiera esconderse y esconder el escote. Los zapatos de taco aguja se divierten con el ruedo de organza. Ya ni recuerda la correa del maltés, solo está concentrada en sus pasos ínfimos para no resbalar. Caer. De la escalera.

Es indudable, cree, que todos enmudecen al verla. Pero unos minutos más tarde sabrá cuán equivocada está. Es Marisa, la señora del embajador holandés, la que roba los comentarios y suma las envidias de las ocho mujeres en la cena. La holandesa parece un querubín flotando en el Panteón. Va con una gasa casi inexistente de color marfil. Los guantes tipo Rita Hayworth le llegan a las axilas. Una tiara perteneciente a su abuela, una condesa, contrasta con su cabello oscuro.

Olivia, en una esquina, divisa a un joven flaco con un esmoquin de calce perfecto. De su boca emergen los aros de humo como si estuviera compitiendo en un torneo de dandis. La mirada de él y la de Olivia se cruzan, pero pronto ella está con un grupo de intelectuales que Paula le presentó. Una escritora más alta que Edward fuma un puro casi de mentira. Luce un cintillo de tela moteada del tipo leopardo, con manchas cafés. Ridícula, ¿o no, Yehudith? Te reirías de su mal gusto. Ignora que es una de las escritoras más respetadas de la década. Los tres hombres están absortos en su discurso anticapitalista. Olivia obviamente no habla. Solo piensa en no delatar su inexperiencia, en volverse mínima. Abre la pequeña cartera de lentejuelas, saca un cigarrillo y, antes de tenerlo entre sus labios, el joven de la esquina con su encendedor se lo enciende. Tiene la piel casi cetrina. Es evidente que se rasuró con navaja y sus pestañas son enormes. El pelo rizado lo lleva un poco más largo de lo que dicta la usanza de los viajeros ingleses. ¿Rhett Butler? Olivia disfruta la nefasta comparación. Le pica muchísimo la oreja derecha y quiere rascársela, pero ahí sería una falta de decoro. Longford viene con un cenicero. Ella arranca de ese territorio. Camina lo más veloz que puede con los zapatitos de Cenicienta hacia la cocina. Pero él es un cazador experimentado y la coge del brazo. Sin decirle palabra, la guía al comedor. Los ojos verdes quieren mirar y ella sabe que debe contenerse ante tal despliegue de perfección. A lo largo de la mesa hay pequeños vasos con tres geranios naranjas formando una hilera perfecta. Las copas y los tenedores relucen tanto como quería Paula. Busca su nombre en los cartelitos escritos con caligrafía gótica. A la

izquierda de Olivia está Marisa y, a la derecha, Harry Longford.

Un calor anestésico recorre el cuello de la ex-Rivka. Le tiembla la mano cuando bebe el agua francesa y ve a los quince mozos trayendo el primer plato, una *mousse* de langosta. Cada uno de los veintidós invitados tiene ante sí un pequeño aguamanil de plata. Ella, Rivka ignorante y Olivia ignorante, imagina correctamente para lo que es y sumerge los dedos imitando a la italiana. Olivia es la única que no lleva ningún anillo; solo luce unos zarcillos de Paula. La escritora emite una carcajada y la vieja que está al frente de Olivia, ridícula con un vestido esponjoso de color Barbie, cree que el agua del aguamanil es para beberla. Olivia no puede dejar de sonreírse. Es la heredera del imperio Waldorf, nada más que tres maridos y varios amantes, cuentan por ahí. Toda esta información le es proporcionada al oído por Longford. Ella bebe otro trago de agua y se acomoda algo más cerca de la holandesa, alejándose del inglés.

Al otro costado de la mesa hablan de una nueva obra en Broadway. Paula charla animadamente con el agregado cultural argentino y cantan al unísono «Don't cry for me Argentina». Las voces de los invitados complementan el golpeteo de las cucharillas de plata. Olivia baja la mirada hasta su escote, ignora que es suyo, de un hoy y no de un ayer. Harry Longford juega con su anillo de escudo de águila. Ella intenta abstraerse, obviar sus movimientos, esas uñas de manicure con movimientos de don Juan, tampoco había reparado en su manzana de Adán. Por fin la holandesa le habla, pero no alcanza a responder. La conversación la monopoliza la escritora, quien opina que es mejor no tener hijos. El cónsul francés arruga la nariz. Edward, hábil en abandonar temas espinudos, pregunta quién irá a lo de Pavarotti. Un camarero socorre a la Waldorf y con un paño húmedo remueve la *mousse* que cayó sobre su vestido. Nunca seré de este mundo, aunque pudiera. El nuestro era sin oro y con mantel de plástico. Volveré, mañana volveré a ti, papá. Otro susurro en la oreja la hace saltar. ¿Por qué no come usted? Gran pregunta, señor Longford, para mí la langosta es un crustáceo prohibido y vaya a decirle a otra que es lo mejor de esta Tierra. Olivia está tan tensa que, si él la tocara, estallaría con un grito histérico. Él bebe un largo sorbo de *chardonnay* y la lengua rodea sus labios de hilo. La mano izquierda de Longford indica el cartel donde está escrito *Olivia Schtern*, me gusta su nombre, Olivia, Olivia Schtern. Una gatita arisca y más encima judía.

Paula imita a Freddy Mercury. Olivia percibe el desagrado de Edward, el rostro del irlandés es de cera. Los camareros

retiran el plato y regresan con el filete *mignon* y unas papas duquesas mínimas, coronadas con cinco zanahorias *baby*. Olivia juega con el cuchillo y vuelve a dejarlo sobre el plato. Convérsame, Marisa, Waldorf. Sus pupilas moviéndose incesantes, como si pudieran evitar la caída a un precipicio. Ella bebe sin beber. Rivka está entrometiéndose, llamándola al orden. ¿Vas a comer eso? Una *goy*, jamás imaginé eso de ti, más te vale que no sigas en este camino, ¿qué vas a hacer para que Hashem te perdone? Mamá, déjame tranquila, aquí no me vengas a sermonear. Olivia levanta la mano y, como si estuviera espantando una polilla, enmudece esa voz. Corta el filete en unos trozos invisibles. Las palabras de Paula todavía resuenan en ella: tú eres la judía vendida. Eso creyó escuchar. Voy a llevar todo esto a un vertedero y mañana mismo volveré a Williamsburg, a buscarte, papá. Edward golpea su copa, tal cual solía hacer Yaakov cada Janucá, y logra una elipsis absoluta. Olivia, al igual que todos, tiene la copa en alto, siente algo en su muslo derecho, Edward agradece a Paula. No, esto no me está sucediendo. Qué noche hermosa puede ser para mí. Longford mira atento a la Waldorf y ella, encantada, hace lo mismo. Un alud de ciempiés viaja por la pierna de Olivia. Deja la copa rebosante sobre la mesa. Su corazón palpita, saca tu mano asquerosa, pero sigue allí, en el borde del calzón, tirando el elástico. Ella lo mira directo a los ojos azules desteñidos. Olivia agarra el segundo tenedor, reluce la plata y busca la servilleta beige que descansa en sus piernas. Él ríe más, le lame el escote. Sigue erguida. Le lame la clavícula. Los movimientos subterráneos agitándose. Ocultos. Sin desviarse de la ruta, ella empuña el tenedor, enterrándolo en la palma del inglés. Corto. Preciso. Él cierra sus labios de hilo y los dientes imperfectos desaparecen.

Un violinista toca el primer movimiento del concierto de Brandemburgo. Olivia gira la cabeza hacia Marisa, ya no es tan bella. El escudo de Harry Longford tampoco le recuerda un águila. Él con la servilleta protege su mano y ella por primera vez esa noche ríe genuinamente, bebe un buen trago de vino.

Olivia limpia el tenedor, la plata vuelve a relucir.

¿Le gusta el filete *mignon*, míster Longford?

Él, mudo, solo es capaz de mirarla.

Pocos podrían tocar el cuarto concierto con tal maestría. El violinista mueve el alambre de plata a un ritmo inusualmente lento, para después. Cae. En el hipnotismo de una música que invade las copas de los invitados.

Como tú, papá.

Son casi las doce, el hechizo de Paula finalizará pronto y le quitará el vestido, los zapatos, los aros y la cartera. Solo los calzones y el brasier para Olivia. Cuánto quisiera que todo fuera propio, incluso su nombre. Cuelga el vestido, los zapatos los envuelve en la bolsa de tela original. Pero antes de que finalice la magia, Olivia enfrenta a Olivia: la simetría de la tercera mujer. No Rivka. No Rivka Olivia. Tan solo Olivia. Apoya las manos en las caderas y da un paso hacia delante, el humo de su cigarrillo está entrampado en el reflejo de su tercera mujer. Carraspea. Abre la ventana. La nieve. Cae. La están desgranando unos campesinos. La piel, erizada. Cierra la ventana y vuelve al espejo. Arranca las más de diez horquillas que sujetan el moño y su pelo roza la espalda descubierta. Son las doce con seis minutos. Baja el cierre y la organza. Cae. Es la capa de una pitonisa. Los calzones y el sostén también. El pelo ahora cubre su pecho desnudo ante el recuerdo. Los párpados siguen maquillados como una Artemisa en desvelo, la única marca en su piel es el pasado.

Rivka, ¿dónde estás?, escucha a Tzipora.

Olivia con una mano cubre el pecho y con la otra el pubis. En un cajón a medio abrir saca el pijama. Cierra las cortinas. Son las dos de la madrugada. Intenta respirar como Rivka, como Rivka Olivia, pero es solo Olivia. Ya no escucha a sus ópalos, solo quiere que amanezca. Abre las cortinas. Acurrucada en la cama, quisiera contar los copos de nieve como solía hacer en Penn Street.

Pronuncia el siguiente juramento:

Sola hasta el fin de los siglos.

La luz oblicua del sol del atardecer es un invitado inesperado en este escritorio, donde Olivia y Edward se escrutan en un silencio colmado de palabras que quisieran explotar. Esos son los silencios del alma cuando se vuelven espesos y necesitan que alguien los catalogue para volver a suspirar. ¿Por qué no me miras a los ojos, Edward? ¿Tanto pudor te da tu ofrecimiento? Llevo dos años trabajando con ustedes, no tres. Lo que vamos a conversar es entre tú y yo, le aclara, claro, nunca le he contado a Paula lo que tú me pides. Unas venas acuosas tapizan tus ojos, ahora me miras, hablas en silencio, me ruegas en silencio. Tu corbata es de un color indeterminado, similar a un rabanito, está mal anudada y la barba naciente es tan clara como tu pelo en la barbilla. Ni siquiera me invitas a sentarme en el sofá capitoné. Silencio vasto, una llanura perpetua. Edward deja el vaso sobre la mesa caoba, abre el tercer cajón y le extiende una carpeta con el logo de Madrid Institute, pensé que podríamos esperar más. No te entiendo, esperar qué. Olivia hojea los papeles que hay dentro de la carpeta y él sigue hablando, le explica que es un regalo suyo, pero que Paula jamás se debe enterar.

¿Quieres que me ponga a estudiar mientras sigo trabajando aquí?

Las azaleas están en su apogeo y a Olivia le gusta la fuerza de este malva. Son el mejor indicio de que el hielo ha abandonado Nueva York. Compra una revista para Charlie. Alonso le hace una reverencia, una costumbre que él ideó y ella le responde con una similar. Las mejillas de Olivia están coloreadas, fueron seis kilómetros a un buen ritmo. Son las once de la mañana y a las doce tiene traducción avanzada. ¡Un año ya! Almorzará allí mientras prepara la clase de esta tarde. Qué poca Rivka hay en ella. La distancia con su ceniza aumenta a una velocidad supersónica, a momentos ya ni siquiera la oye. A los veintiún años sus talones están adheridos a los tallos de un bambú, cotilleando con un nuevo yo.

Rivka Schtern es más Olivia Schtern.

¿Ir a Williamsburg? Qué buen chiste. Pronto seré una traductora, con cartón y todo. Entonces, podré volver. Papá, te cocinaré tu sopa de pollo y celebraremos juntos *shabat*, hasta iré contigo al *shul*. Y vendrás conmigo al Central Park y te mostraré por donde practico *jogging* y donde está mi biblioteca pública. Volveré a ser tu Rivka. Un poco distinta, pero Rivka al fin y al cabo.

La calle está muy tranquila para un miércoles. Olivia observa el ajetreo invisible, acurrucada en su cuarto, solo ve a un oficinista corriendo despavorido. Le divierte su paso desgarbado. La diversión pronto finaliza. Es Edward. ¿Qué pasó?, ¿por qué vienes así? Otra vez esa mirada de hielo, ese ardor que me traspasa, veo tus venas en los ojos desquiciados. Deja a Paula tranquila, solo está tomando una siesta. Olivia, aquí soy yo el jefe. ¿O ya no?, él replica alzando el tono de cónsul. Las pupilas de Olivia cuidan las palabras, le ruega que la deje subir primero, intentar algo, implora. Solo le da tres minutos antes de que él vaya a verla. Olivia sube rápida y por más que golpea la puerta del dormitorio, nadie responde. Empuja la manilla con las dos manos, tal cual le enseñó a Charlie y por fin logra abrirla. Vislumbra un cuerpo grotesco. La ropa en el suelo, además de los libros. El encierro le recuerda a la pocilga de la Chang. Abre la ventana y el aire fresco apenas despabila a Paula. El camisón está recogido a la altura del pecho y su estómago lo ve tan inflado como

un pez globo; entre el pubis y el ombligo hay un tatuaje de una cruz rota. Mamá, ¿qué hago? Olivia zarandea a su jefa. Le toma la barbilla cuadrada y la alza, intenta con los hombros, los remece. Queda solo un minuto. Despierta, Paula, no quieres que él te vea así, por favor, despierta, por favor. Inútil. Casi le acariciaría el pelo, que hoy está más enmarañado que nunca. Toma el vaso que está en el velador y le lanza unas gotas de agua directo a su nariz. La cubre con la sábana de lino, le ordena el flequillo y esconde el camisón bajo la almohada. Edward O'Connor está aquí, al frente de ambas. Él apoya la mano en el hombro de Olivia y la aleja. Paula le recuerda a la Bella Durmiente, sin el bella y sin el príncipe. Edward, no lo hagas, mi grito cubre mi boca herida sin heridas. Se lo merece, contesta, soplando su palma.

Él va al *walking closet* y allí vuelan las camisetas, blusas y suéteres. Unos segundos más tarde, Edward ha regresado con dos botellas vacías de gin, patea la cómoda china. Hashem, sálvala. En el rostro de su jefe solo hay pintas rojas, nada queda de su piel translúcida, sigue jugando con las botellas hasta que las choca una contra la otra. Paula está sentada. ¿En qué momento te pusiste el camisón? Deja de gritarme, Edward, claro que te entiendo, inclusive cuando me gritas, pareces un sabueso rabioso. La mejilla de Paula está desecha del dolor y Olivia identifica un nuevo moretón en el brazo. Ayer no lo tenías, estoy segura. Paula se acomoda, habla, dice que ella no tiene susto, quizá tu traductora sí te tiene, hace mucho que dejaste de atemorizarme, Edward O'Connor.

Cae. Las botellas al suelo. Los pequeños trozos de vidrio con sus puntas brillantes están desperdigados en este cuarto.

Charlie la mira distinto, nada hay del chico alerta. Hoy no brilla. Ella y Alonso despiden a Edward y a Charlie O'Connor. El auto está en la esquina con Columbus. Olivia intenta lo imposible: no sufrir con este nuevo adiós. En su bitácora anota los axiomas de sus adioses.

1. Son mi dolor.
2. Son dolores incrustados en las escamas de mi soledad.
3. Son dolores sin olvido.

Los está indexando en su fichero de sobrevivencia. Cuánto quisiera arrinconarlos, convertirlos en un hola, en una bienvenida. En un beso cálido o en un abrazo apretado de *rugelach*. Este es el adiós que menos ha podido aceptar. Ríe al verse Rivka, esa tarde cuando conoció a Paula. Sueños de astronauta. Lujo en el 3B, que hoy está vacío, sin pistas. Sin cuadros. Sin licorera. Porque en este preciso instante, Olivia Schtern vuelve a deambular con el tenor de la errancia, es el sentimiento de la pérdida. Ha vuelto a quedar sola. Extraviada. En el living. Extraviada. En la cocina. Papá, si tan solo supiera que me esperas al otro lado del East River me convertiría en un estornino con un piar nuevo. Volverán a Irlanda, sin Paula. Ella seguirá internada en la clínica de rehabilitación. Olivia quisiera embetunar la desdicha en el rostro de Edward. Su violencia. Sus ausencias. Sus viajes a Oriente. Paula te necesitaba, ¿cómo fuiste tan ciego? ¿Qué harás con Charlie? Él también la necesita, te contesté cuando me dijiste que partirían en dos días a Dublín.

Sin fuerza para continuar con sus adioses, se resguarda en su cuarto. Olvidar este adiós, idéntico a la niebla de su noche fantasma. Patea la puerta con arrojo. Hay algo sobre la cama. Es una caja muy parecida a la que años atrás Paula utilizó para el vestido. Mira a la derecha, casi diciendo, ¿estás aquí? Arranca el papel de rayas plateadas y lee la tarjeta: *Mi regalo de despedida, te quier*o. *Charlie*. El primer día en el Madrid Institute soñó con una máquina de escribir y la Lettera 12 es una de las mejores. Con cuidado va sacando los topes y con sus yemas trémulas lo primero que teclea es: *O-l-i-v-i-a S-c-h-t-e-r-n*. Escribe y escribe en la hoja, las ideas brotan de su *neshamá*, la de Rivka, fusionándose con la sonata de su padre, es un adiós

conduciéndola a uno de ilusiones. Ni siquiera tiene un número donde telefonearlo. Todavía ignora que hay otro sobre y cuando lo ve cuando está a punto de deshacerse de la caja.

Olivia:

Mañana a primera hora llama a Sam Beats. Él necesita una traductora.

Edward.

¿Qué te crees? ¿Seguirás dándome tus órdenes a distancia? Ya tuve bastante contigo y tu Paulita, que tan poco cuidaste. ¿Ahora quieres cuidarme a mí? Olvídate, me las puedo arreglar sola. Es muy tarde, quizá medianoche. Solo hay una luz encendida en el 3B y hoy, más que nunca, es Olivia. Despierta al alba y allí en el suelo ve la carta de Edward, la que tiró por el aire tan pronto terminó de leer. Algo sucede en su alma de Rivka. Es el zumbido de un mosquito obligándola a dudar.

Escribe y escribe y escribe.

El agua de la ducha le permite gozar su regalo. Pero el mosquito sigue ahí. Ya verás, Edward, voy a encontrar solita un trabajo. Marca los clasificados con un destacador amarillo. El tiempo libre es denso y muy profundo. Irá haciéndose más y más molesto en las mañanas y después de sus ocho kilómetros. Volverá a caer en el precipicio de su otra yo, la confianza precipitándose como una torre de migas de mantequilla. Déjame, papá, no quiero conversar contigo, ni hoy ni mañana, qué tanto te importa mi alma, mi *neshamá* también se murió con ellas. Yo puedo con tu silencio y también con el mío, con tu ausencia de *shojet*, un cuchillo sin filo. Maldito silencio. Lo evadirá con la radio y con los hits de Cindy Lauper y con lo que venga en el dial, jugará a todo. A esconderse de sí misma. De él y de su ceniza. Y de los O'Connor. Intentará con los crucigramas y las adivinanzas. Los días son más largos, pero no precisamente porque sea junio. A las cuatro de la tarde y aunque el mundo de Nueva York, con sus taxis, turistas y peatones disfrutando el calor veraniego, ella seguirá empantanada. Batallará con el crucigrama, olvidará las siete letras de la cumbre más alta del mundo.

Un día el ring del teléfono la sorprende, es la primera vez que suena desde que ellos partieron. Tres semanas. Nerviosa, aunque no puede definir por qué, levanta el auricular, ella deja de jugar con el lápiz.

Olivia, ¿me escuchas bien?

Edward ¿pasó algo? ¿Charlie?

A nadie le sucede algo. Es a ti.

¿Qué puede pasar conmigo? Yo estoy muy bien.

Hablé con Sam Beats.

¿Sam? ¿Sam Beats?

Olivia, deja de engañarte. Ahora, el tono es idéntico al que él usó esa vez con Paula. Entiéndelo, Olivia, me necesitas: jamás podrás encontrar trabajo sin mi ayuda. Además, el nuevo cónsul llega la otra semana, deberás dejar el departamento. Ese es *mi* problema. Yo no voy a llamar al tal Beats, además que ya encontré trabajo y departamento. Escucha un garabato indescifrable en irlandés. No me mientas, Olivia Schtern o ¿Rivka Schtern? Yo no olvido las mentiras. Ahora mismo lo llamas, ¿entiendes?

Sam Beats habla como si le estuviera pidiendo un café con una galleta a primera hora de la mañana. Olivia no le quita la vista, como quien sabe que está frente a un terrorista que no confiesa el delito. Te estoy echando, Olivia, eras tú o ella, Beats señala a la otra traductora, una que lleva más de veinte años trabajando en la firma. Yo soy la mejor, me dijiste, cómo no te iba a creer. ¿Cuándo te dije un no durante estos años? ¿Un quizá, un tal vez, lo tengo que pensar? Ni siquiera me tomé vacaciones o pedí un permiso especial, solo falté un martes por una jaqueca y cinco días por la neumonía. Beats sigue mirando el Hudson, la luz de diciembre lo disminuye. Ella ha sido testigo de los cientos de despidos desde el lunes y, altiva o demasiado segura de sí misma, no imaginó que también pasaría a la nómina de los *ex*. Sam está más canoso y sus pupilas tan azules, que han hechizado a tantas, hoy se ven taciturnas como trofeos caídos en un rapto.

Olivia estira su falda tubo para ganar tiempo y hacerle más difícil el despido. No me voy a rendir tan fácil, como si yo fuera una cáscara de pistacho. Entiende, Beats, soy tu aliada, nadie te ha cubierto las espaldas como yo. Te di lo mejor de mí. ¿Cuántas veces te ayudé con Julie? Tuve que convencerla de que estabas en Londres y no en Zermat. ¿Acaso esa Betty hará lo mismo? Sin ir más lejos, ayer tuve que ir corriendo a comprar el regalo para tu hijo, y eso que me contrataste para traducir, no para ser tu monito de nieve. Mira, Beats, no seré la más inteligente ni la que ha estudiado más, pero de seguro soy la que te soluciona tus problemas sin chistar. Olivia ha cruzado los brazos y sigue esperando alguna reacción del que pronto será su exjefe. Y para qué hablar de cómo trabajo, soy rápida y muy, muy ordenada. ¿Quién te tendrá las carpetas así de indexadas y atenderá a tus españoles? Tú crees que yo no lo sé, pero lo tengo clarísimo: te sale demasiado caro echar a Betty.

Enciende un cigarrillo y lo fuma sin amilanarse, sin dejar de mirarlo fijo. El silencio se ha instalado en esta oficina del piso cuarenta y cinco. Jamás imaginó que ella sería la elegida y no la veterana. Jamás imaginó que quedaría otra vez sin trabajo. Jamás. En su diccionario personal no existía la palabra *mediocre*. ¿Olvidaste cuán

desesperado estabas el día que me contrataste? Jugabas con tu corbata como si fuera un tallarín y me dijiste que una tal Bárbara, otra veterana, era incapaz de encender un computador. Me mostraste tus dientes ridículamente brillantes y alzando tu cantimplora de marqués sentenciaste: Nosotros somos únicos en Wall Street, yo me la juego por cada uno de mis empleados. Da otra bocanada al cigarrillo y en esta inhalación ve sus gastos superfluos. El mes pasado cambió el televisor por uno más grande y en septiembre compró un microondas. No quiere imaginar el saldo en la cuenta corriente, calcula que tiene para pagar tres meses de arriendo. Sam Beats escribe algo en una hoja suelta, cruza y descruza las piernas, parece una marmota enjaulada. No le quedan uñas por comer y juega con la argolla de matrimonio. Las aguas del Hudson están oscuras.

Apaga el cigarrillo en el cenicero mientras un hormigueo caliente, hirviendo casi, le quema la piel. Está furiosa, como su madre, pero ahora, en este preciso momento, no la recuerda. Aprieta fuerte los puños y se muerde el labio. Una herida profunda nacerá. Beats levanta la cabeza y en este lucero azul ella lo desconoce; es el hombre de negocios, no su jefe. Está aterrada, más que nunca, y el mismo frío de la mañana se ha colado allí, en sus brazos y en sus omóplatos. En ella. Él continúa jugando con el anillo, que rueda por el escritorio. Lo imagina en un torneo de póker en Las Vegas, sosteniendo cinco cartas en la mano, siempre gana, sobre todo con una mano de ases. Olivia quisiera estrangularlo. Beats, me estás hundiendo en otro fracaso. ¡Cómo te atreves a echarme! ¿Has pensado un poco más allá de tu ombligo? Qué puedes saber tú, mírame, soy una persona, no un dólar. El hormigueo caliente le está crispando el pelo, la sangre, las uñas, el paladar y también a su Olivia.

Es indudable que los otros, los que aún siguen trabajando allí, la miran, la catan, ríen. Le tiemblan las manos, no le responden. Ni siquiera le dice adiós a su propia sombra. Ni siquiera te acuerdas de cuándo comencé a trabajar contigo. Yo sí. Me viste nacer en mi nuevo traje de Manhattan. Ojalá supiera cómo recuperar mi dignidad de Olivia. Cuánto quisiera hacerse mínima para camuflarse del horror. Errancia. Ese es el principal temor, volver a lo que fue, a Australia y a una Chang vigilante y ve la caída feroz. En la caja guarda el lápiz que le regaló Beats para un cumpleaños. La foto de George y el diccionario inglés-español.

Son recién las dos de la tarde, pero está oscuro dentro del 308. No enciende la luz, qué podría ver. George la olisquea y ella lo rechaza. Hueles, hueles a perro encerrado.

Mamá, mamita linda… No alcanza a seguir conversándole cuando con ambas manos cubre su boca, toda la rabia e incertidumbre queda en suspenso.

Y yo, papá, no estaré en la oficina para recibir tu llamada.

El suministro de la calefacción lo suspendió ayer y en dos días le cortarán la luz. Ha sobrevivido con milagros de dólar; no tiene fuerzas para buscar trabajo. Menos cuando el invierno ha sido tan crudo, implacable. Hoy es lunes, día de supermercado. Los domingos recolecta los suplementos publicitarios que dejan en la entrada del edificio y recorta los cupones con cortes precisos; la parsimonia de alguien que no tiene apuro en vivir. Los ha calificado en un sobre: limpieza, comida, higiene y George. Así logra abastecerse para la semana. Siempre compra más o menos lo mismo: dos paquetes de pasta y tres latas de sopa, son bien útiles, mamá, nada de hacer un sofrito y estar horas esperando a que la verdura espese. El viento rebota en su cara y la cubre con un cuello de lana, acelera el paso hasta Broadway. Sueña con un yogur y un queso camembert, algo que solía cenar en los buenos tiempos, omite el pasillo de la carne. En el canasto hay dos rollos de papel higiénico, tres latas de sopa de champiñones —el único sabor que todavía no le cansa— y un paquete de corbatitas. Agrega una salsa de tomates y crema larga vida. Solo hoy. Apoya el canasto en la cinta de la caja registradora número dos. El pakistaní no la saluda, a pesar de que ella siempre viene los lunes. Recuerda con ternura sus visitas donde Jano con la excusa de que se había acabado la salsa de tomate. A la Rivka de doce años todavía la seducían las golosinas y por más de ocho minutos analizaba cada envoltorio. Ella, con su ímpetu característico, tiró la puerta de 72 Penn Street anunciando su llegada. Las mejillas radiantes y su madre, nada de satisfecha por la tardanza de su cuarta hija, frunció el ceño.

Rivka, ¿por qué te demoraste tanto? ¿Otra vez tus dulces? Los tallarines están listos hace un siglo, le quitó la bolsa. Tzipora solía prepararlos cada martes con salsa rosa, una mezcla de crema de leche, salsa de tomate, nueces y solo un cuarto de medida de vodka. Tzipora cenaba unas galletas de soda con un té.

Olivia se muerde un poco el labio, tarda en contar los cupones de descuento, está concentrada como un físico revisando los resultados de un experimento. Al pakistaní le extiende trece, además de siete dólares con noventa centavos.

Cae. Unas gotas mínimas de lluvia que pronto serán nieve. George tiene hambre y ella lo sabe, no puede hacer mucho más, llena su plato con el mínimo, ella también tiene hambre, le suenan las tripas. ¿Dora? Las últimas cuatro noches ha cenado allí. Recuerda a la rusa que le mostró el departamento. Olivia dudó en tomarlo, el olor a encierro no prometía un cierre de contrato, pero le gustó la ubicación y pudo perdonar los pasillos oscuros, las ampolletas quemadas, la humedad en el lobby con los ascensores lentos, viejos. Recuerda los rayados como un solo grafiti con *Crack Kills*. Escucha a la rusa diciéndole que hace falta una buena mano de pintura.

Y algo más, pensó Olivia.

Ese más vendría a los pocos días, cuando conoció a Dora, que iba al parque con sus dos hijos —la panza enorme de seis meses de embarazo enlentecía su caminar— y Olivia cargaba las últimas dos cajas de la mudanza. Aaron, el mayor, le preguntó su nombre y ella, tan poco acostumbrada a los niños, evitó dar una respuesta, pero el chico, a sus once años, insistió. Olivia, Olivia Schtern, le respondió sin enfatizar mucho el apellido. Si ella hubiera puesto más atención habría notado cómo Dora saltó al escuchar Schtern. Ni siquiera Levy, el marido de Dora, con sus dotes de peluche cariñoso, logró convencerla de que aceptara celebrar *shabat* con ellos. Tras la repentina muerte de Levy, el vínculo entre ambas vecinas cobró importancia. Así, las noches del domingo se fueron convirtiendo en noches de lunes y miércoles, a veces de martes y jueves.

Enciende el quemador con la última cerilla que queda. Aprovecha la llama para calentar sus manos frías, las que han olvidado el calor de la certidumbre. En una pequeña olla vierte la sopa de champiñones, sostiene la cuchara de palo igual como solía hacerlo su madre, pero lo ignora. George está a sus pies. Prueba la sopa, está desabrida, le echa un puñado de sal. Olivia está muy flaca, su cuerpo ha perdido la sinuosidad de los días del piso cuarenta y cinco, el pelo casi no lo peina. Los periódicos están desperdigados sobre la mesa, abiertos en la sección de empleos. Cada día los revisa. La quijada de Beats, hoy la recuerda más rotunda cuando él sentenció que en Wall Street solo estamos despidiendo. Olivia, nadie contrata, menos a ti, una traductora, tendrás que reinventarte. Esa palabra, *reinventarte*, le suena como la explosión de un torpedo en un jardín de infantes.

Tiene veintiocho años, una debacle a cuestas, varios trabajos y menos de setecientos dólares en la cuenta corriente. Se prometió nunca convertirse en una barrendera, como lo tuvieron que hacer las colombianas que conoció hace poco. La sopa está hirviendo y a lo

lejos divisa un árbol; las ramas moviéndose como esqueletos. El día está especialmente sombrío. Intenta apaciguar sus temores con un disco de Barbra Streisand. Lee casi nueve páginas de *Cien años de soledad* en español. José insiste en que debe continuar practicándolo, no debes perder lo mucho que sabes, esa Paula y ese cursito hicieron un buen trabajo. No le interesa la historia de Buendía, solo la propia. Hace dos semanas que no pisa la lavandería y decide que va a matar la tarde haciendo eso: lavando ropa. En el subterráneo, en la pared, a mano izquierda, hay un panel con avisos y el único que lee por más de dos segundos es: Busco traductora inglés-español. Corta la tira y la guarda en el bolsillo del delantal. La lavadora gira en sentido contrario a las manecillas del reloj, está en el ciclo de centrifugado.

El ruido infernal de la aspiradora la ayuda a silenciar sus preocupaciones. En un rincón divisa una araña muerta, no entiende cómo ha podido sobrevivir en su departamento. La ducha es rápida, quedan menos de diez minutos para que termine el ciclo de lavado. Baja con otro cesto rebosante de calzones y blusas, además de unos jeans y dos calzas deportivas. La otra ropa, la linda, la que ocupaba para ir al piso cuarenta y cinco, está colgada en la misma posición en que la dejó hace tres meses.

Una de estas noches prepara la salsa rosa de Tzipora. No lo recuerda hoy, la distancia con Rivka se mide en siglos. Introduce la mano en el bolsillo del delantal, el mismo que ocupó la tarde de lavandería, y palpa un papel arrugado. Lo lanza. Cae. Sobre la maceta del ficus. Como si intuyera que un verbo la está amenazando, no lo lee. El papel sigue allí por varios días, como el testimonio de una sobreviviente. Tampoco enciende las luces; el próximo mes no tendrá un dólar. Mira televisión a las horas más insólitas, a las dos de la mañana se prepara un té y el sonido de la tetera hirviendo le recuerda a una locomotora. La pantalla del televisor ilumina algo rugoso sobre la tierra de la maceta; con el temor de un ladrón girando la manilla de la caja fuerte, lee: Busco traductora inglés-español. Bebe a sorbos del té. Duerme sosteniendo con la mano el papelito.

En cinco días le van a cortar el teléfono. Antes de las nueve de la mañana disca el número que sale en el aviso y una voz masculina, casi radial, la atiende. Cuelga. Regresa saltando al teléfono con la vigorosidad de una atleta y vuelve a llamar, ahora escucha a una mujer, lo que la desconcierta. No había imaginado que alguien más viviera allí. Olivia hace un esfuerzo para hablar con soltura, lleva seis semanas sin conversar ni siquiera con su sombra. Le gusta la oferta del hombre de voz radial, suficiente para sobrevivir durante diecisiete

días. Va a la reunión vestida con un pantalón de buzo y un suéter mora, no tuvo la osadía para la ropa del piso cuarenta y cinco.

Erik es un personaje extraño, cree. Su estudio está tapizado con libros y revistas académicas. Un moldavo que solo estará dos semestres enseñando en Columbia. Cuando él habla, sus ojos van cerrándose un poco más, juega con un reloj de bolsillo, pasando la cadena dorada de una mano a otra. Le cuenta que la traducción de ochenta y dos páginas debe estar lista en una semana; el comité de revisión le exigió traducirlo, además de al ruso y al inglés, a un tercer idioma, optó por el español. ¿Cuál es su experiencia? Salí la primera de mi generación en el instituto, el mejor en Nueva York. El ensayo trata sobre la historia de Moldavia y su vínculo con Rumania, está lleno de cifras y citas al más estilo académico. Olivia va a la biblioteca pública, no tiene idea de cómo manejarse con conceptos tan raros para ella. El más útil es *Traduction for dummies,* que había mirado con desdén y termina siendo su salvación. Con la novedad de su nuevo trabajo, visita a José, él está abriendo la trigésima caja con mercadería nueva que recién llegó. El cubano la había echado de menos y ella, ansiosa, le extiende la carpeta de *Moldavia y sus tormentos rumanos*.

Olivia no sale de su departamento y cada noche duerme solo cinco horas. Vuelve a palpar la vida, la respiración del desafío, cada página le toma más tiempo de lo que había calculado y sufre arrepentida por el embrollo. La letra apretada de Olivia florece con dudas.

Hace un año almorzó con Edward. Habían pasado tres desde que se fueron a Dublín. Fue un encuentro lleno de traspiés donde ninguno habló mucho. Charlie ingresaría a Odontología el verano próximo. ¿Por qué no Astronomía? Al momento del postre, un tiramisú para Edward y un *crumble* de manzana caramelizada para ella, recién tuvo valor para hacerle la gran pregunta. ¿Y Paula? ¿Está con ustedes? Edward hundió la cuchara al centro del tiramisú. Así se enteró de que vivían en Arabia Saudita. Olivia la imaginó aún más gorda, con una túnica vaporosa deambulando por una gran casa en pleno desierto, dando instrucciones a la empleada y comiendo maníes sazonados con ají.

A las once de la mañana, con una desconfianza descomunal, toca el timbre de Erik. Le dan ganas de dejarle la traducción allí en la escalinata, pero él ya está haciéndola pasar. Hoy el moldavo viste una humita de color lapislázuli, Erik arruga las patas de gallo. no la reconoce con estos pantalones de crepé y el suéter de hilo. En el clóset de su escritorio, busca una caja de galletas de latón que tiene dibujados unos delfines sobre unos alfileres. Olivia alcanza a ver una cantidad irrisoria de billetes de cien dólares que hay allí guardados. Él le extiende dos, tal como le había prometido. Olivia decide celebrar su riqueza de semillas de platino yendo a un restaurante hindú, solo pide un plato de hummus y *naan*. Había olvidado lo que es no oír la canción del hambre.

En su departamento, llena con comida el plato de George. Luego, desconecta el cable del teléfono, teme que Erik la telefonee furioso, pero es incapaz de resistirlo y lo vuelve a conectar. Al día siguiente, cuando escucha el ring, casi se infarta. No contesta. Lo deja sonar otras cuatro veces y a la quinta la curiosidad vence. Es Erik. Con un tono nada de radial le grita palabras incomprensibles en inglés y en ruso y quizá moldavo, diciéndole lo estafadora que es, el supervisor encontró millones de errores. Ella se aleja el aparato de la oreja y le cuelga.

Vuelve a ser domingo y ella vuelve a cortar los cupones y a contar los dólares como si los hubiera robado. Ha regresado a la celda de mujer errante. Los trabajos de Olivia son temporales, incluso hay tardes en que reemplaza al pakistaní en el supermercado, como hoy, cuando no sabe dónde estar con este calor que le quema el pelo. Un bus enorme está detenido en la intersección de 108 Street y, sin paciencia para esperar el cambio de luz del semáforo, cruza. En la orilla del Hudson, humedece su cráneo con una manguera y allí, sobre el pasto, hay un periódico de Riverside. Observa la fotografía de cuatro mujeres con un diploma, las gotas de agua son el sudor de Olivia. Recorta el reportaje y lo guarda en la mochila. El lunes comienza por segunda vez en su vida a estudiar Traducción en un vespertino. Es la única norteamericana, todos los otros son

inmigrantes.

Es la única blanca y la única judía.

Olivia entierra las uñas cortas y filosas en la tapa del *Sidur*, como si fuera una gata que ha perdido a sus cachorros. Está en el Panam hacia una nueva vida en Chile, algo que ni ella cree que esté sucediendo. Tan solo hace una semana conoció a Thomas Renard y aceptó embarcarse a una tierra al fin del mundo como traductora, apoyándolo en la investigación sobre la educación que hará en ese país. Los pasajeros de primera clase le parecen demasiado distendidos, como si estuvieran subiéndose a un *trolley* y no a un avión. El espacio mínimo de la cabina le aumenta espantosamente la sensación de ahogo triangular. Pega la nariz a la pequeña ventana, pero no distingue movimiento alguno en la losa del aeropuerto, está oscuro. Y yo. Viajando a un país prestado. Es tuyo, Charlie, ¿me das permiso? Te prometo que lo voy a cuidar, ¿vamos juntos al partido de la U? Lo imagina vitoreando y comiendo sándwiches de huevo. Y yo. Intenta olvidar las últimas horas yendo y viniendo en un JFK atestado de respiraciones transitorias. No quiere mirar abajo. Un adolescente con la frente tapizada de acné es su compañero de asiento. El avión sin despegar.

Olivia va enrollando su pelo tal como Rachel le enseñó a hacerlo cuando un bus las llevaba a una feria en Brooklyn Heights. De su hermana mayor también aprendió a morderse los labios, gruesos. Aún quedaban seis paradas y Rivka todavía no mostraba los pechos de Olivia. Rachel, con los dedos larguísimos de novia, jugaba a ser la peluquera. Rivka, yo era Rivka. Rachel dividió el pelo de su hermana en tres secciones y lo ató con una cinta de color esmeralda. Rivka, en ese instante, creyó ser la judía más preciosa del planeta. Hoy, en el avión, lo amarra con un elástico oscuro y cuando está por finalizar el video de seguridad, intenta recordar lo que dijo Gabriel García Márquez. Las pestañas de la joven vigilan la pista como si pudieran impedir que el avión se fuera a ir pique. Seré la culpable de aniquilar tu estirpe, papá, no quedará ninguna Schtern cuando este avión caiga. El Panam traquetea cual carruaje destartalado, se tapa los oídos, el sonido es ensordecedor. Su pecho apretujándose hasta el estómago, apoya otra vez la espalda en el respaldo duro y araña más el *Sidur*.

Intenta contar las diminutas luces de la bahía del Hudson. Y yo. Soy tu calamidad sin descendencia. Sin un otro. Sin un nosotros. Sin un niño que acunar. Quisiera prometerle otra vida, con un niño, una niña, un amor. Un nieto. Y yo. Si hoy sobrevivo, papá, te prometo que volveré a Rivka.

Intenta dormir. Ver la película. Intenta un yo y un tú. Comer, pero el *Sidur*. Escribe junto a la letra puntiaguda de Tzipora en la primera página: Soy la primera Schtern en el aire. Y lo repetirá cada vez que esté en el aire. Irá a Chiloé y a Punta Arenas y cuando vuele a Calama, lo recitará quince veces. Siempre en sus faldas. *Sidur*. *Mi Sidur*. Solo en la primavera chilena, cuando esté esperando otro avión, recordará lo que el escritor colombiano había dicho: «No le tengo miedo a la muerte, sino al avión».

Yo le tengo miedo a la vida.

Así, Olivia Schtern, la primera de su estirpe comenzará a vivir en Santiago de Chile.

Señorita Olivia, no vaya a agarrar un resfriado, le advierte Wenceslao, el conserje rechoncho, siempre tan alerta. Él es idéntico a cualquiera de las cien miniaturas de Sancho Panza que José colecciona en la Westbooks. Con un habano y con la edición añeja de *Don Quijote de la Mancha,* le fue contando la historia de su tatarabuelo, quien escapó de Cuba solo con esas miniaturas y una pelota de béisbol.

Olivia Schtern introduce las manos en los guantes. La parka la compró la misma tarde que llegó a Santiago. Ahora comprende la advertencia del conserje. La temperatura la conduce a Nueva York, cuando olvidó el abrigo de pana en el vagón del metro. Creyó morir por congelamiento. Caminó las seis cuadras restantes abrigada solo con un suéter color amapola, muy delgado, y debió guardar cama por cinco días con casi cuarenta de fiebre. Una línea de vapor sale por su boca. Y cae. Directo al antejardín del edificio. Mira su reloj de pulsera, el único que ha tenido, lo compró en 47 Street en la era de Charlie O'Connor; el minutero no avanza. Gira la manilla como si estuviera enroscando una tapa de gaseosa, lo acerca al oído y no escucha el tic tac. ¿Es sagrado mi tiempo? Lleva cincuenta y dos días en Chile; en su bitácora contabiliza las mañanas y las noches; día uno, dos, tres. Los guijarros de la soledad los ha ido escondiendo dentro de una bolsita de azúcar glas. Voy a llegar tarde, taxista, apúrese. Las manecillas no avanzan, alza el mentón, tan ansiosa.

Y observa.

Los picos nevados de la cordillera de los Andes. Parpadea once veces, como si ello fuera menester para retener esa majestuosidad.

Y observa.

Con la precisión de una arqueóloga que ha encontrado una espada vikinga.

Y observa.

El cielo índigo.

Los tres días y tres noches de lluvia han tamizado Santiago, impoluto como los gorgojeos de un recién nacido. Le gustaría encerrar esta montaña en un cofre hecho por el artesano más longevo de la comarca, ¿o el más sabio? En este espacio cóncavo de ligeros relieves

iría también atesorando a las muertas y también los ojos verdes de su padre. Abre el cofre, desliza el pulgar, quisiera tocarlo. Tiempo sagrado. Pero la lejanía con el tiempo de Rivka es monumental. Divisa a unos cadetes que, con una cuerda, sellan el cofre. Inútil. Las hebras se van deshilachando, son demasiados años al fondo del mar, ni siquiera podrían sostener el ancla. Olivia fija la vista en la ladera oriente de la cordillera y la nieve la empapa con pasos de chocolate de una muchacha pronta a abordar un nuevo solsticio. Tiempo sagrado. Reloj en marcha. Sin quitar la vista a los picos perfectos, busca la Canon y acerca el visor a su ojo derecho. Con la elegancia de un cervatillo dando sus primeros pasos, enfoca. Nieve extremadamente clara.

Tiempo sagrado.

Clic.

Imagina a Dora observando la fotografía que ella le mandó, donde solo escribió: Los Andes. Su amiga extendiéndole la foto a Ilana, Aaron y Gabriel. Imagina el semblante de José recibiendo otra postal, celebrando la grafía de su mejor lectora, enumerando orgulloso sus acrobacias.

Imagina

a su padre.

Pero le cuesta reconocerlo en este pozo de presente. Lo ve con los dientes simples de *shojet* y una barba canosa cayendo hasta más allá del esternón.

Los chilenismos de Paula Valdés, tragando las letras *ese*. El taxista sintoniza la radio Cooperativa y ella intenta. ¿Loo, coo, ooo? Le tomará varios minutos o varios viajes en otros taxis dilucidar el enigma: *Coooooperativa*, es un largo camino de *oes* y redobles de tambores. Duda absoluta. De su español. De su gallardía. De ser Olivia. Y no Rivka. En la radio anuncian que hoy será un día bello de sol, gélido, eso sí. El semáforo está en rojo, ladea la cabeza.

Clic.

Una mujer bosteza dentro de un pequeño automóvil, lleva el pelo corto, usual en las ignorantes del solsticio. Olivia apuesta que viste con una falda café y su cartera es sintética. La conductora la saluda y acelera hacia el centro de la ciudad. Olivia sigue disfrutando el aire limpio. El taxi Lada baja por la Costanera y junto a esta avenida, como siameses condenados a vivir en un cuerpo, corre el Mapocho, languidece. Ayer Santiago parecía un río y hoy ha vuelto a marchitarse, el caudal fluía rápido. En Bilbao ella hundió el pie derecho en un charco con agua sucia, la reconectó con su otro yo.

Tiempo sagrado.

Entonces carecía de una almohada para soñar. Esa, la peor pobreza. Y tan común en Chile. Una sin apellido. Aquí el hambre no lo aplaca un plato de fideos y una frazada. Es otro, idéntico al de mi *neshamá*. Como esa madre que levanta la roca en busca de su hijo. O el hambre del agricultor que subsiste gracias a la cría de ovejas. O de la abuela que aún siente el tormento porque le quitaron su campito. Olivia amasa la rabia en harina y mantequilla. En esta ciudad de los otros, con sus plumas va rellenando su almohada. Algunas nacen en su departamento, donde ha aprendido a ser menos analfabeta. Varias las recogió del techo de zinc. Su profesor de fotografía, un polaco de edad sin edad, le regaló cinco cuando le enseñó el arte de la sombra. Unas plumas son muy largas; rostros atezados por la tristeza. Más de alguna está entrelazada en un padre y una madre.

Clic.

Seis hermanas.

Clic.

Pancartas con siluetas y fogatas en la mitad de la calle.

Clic.

Madre.

Clic.

Porotos con tallarines.

Clic.

En una fuente de soda come un sándwich de carne mechada y queso; es una primera y última vez. De Olivia. No de Rivka; jamás imaginó ser una de Manhattan descubriendo el sur. Una pluma sin itinerario, lista para alcanzar el ozono de su alma. El mediodía ya pasó y en este pequeño restaurante del centro de Santiago solo está ella. Olivia respira con alivio. Entiende lo que dicen. Da otro mordisco. Limpia sus labios libres de heridas con una servilleta delgadísima, casi de mentira, y alguien le toca el hombro. Pero no hay nadie. Alguien le susurra algo al oído. Pero no hay nadie. Alguien le pega en la cabeza. Hija mía, escucha. Se tapa los dos oídos con las manos, cierra los ojos. Casi. Porque un torrente de eucaliptos vuelve a habitar en su corazón, lluvia generosa.

Vendrán plumas con sopaipillas y calzones rotos. Dos son Rubén y Marta, el amor maduro, manos rugosas por un tiempo sagrado. A momentos las plumas serán sintéticas, en una ceremonia de cinco horas en Renca.

Clic.

Seis *juniors* con traje oscuro y corbata. No quitan ojo al partido de

fútbol, pegados a la ventanilla de la tienda mirando la pantalla de la televisión. En la botillería, otros esperan el veredicto supremo, la pelota ingresó al arco y los hombres saltan como tú, Charlie, cuánto te gustaba relatar el partido, gooool, con tu camiseta de los azules. Los chiflidos combinándose con el descorche de las tapas de cerveza que el dueño de la botillería les regaló. Las plumas más esponjosas son las antiguas, cubren al reinado de Penn. Rachel divagando sobre el amor, Yehudith extraviándose en el libro. Deborah cuchareando la Nutella.

Olivia apoya los antebrazos sobre la baranda de la terraza y observa el crepúsculo con tintes guindas; el esmog está otra vez arrebolado en Santiago. La cordillera ha perdido el encanto del alba. Estira el cuello de baronesa hacia la izquierda y después hacia la derecha, lo inclina en uno y otro sentido. Hoy gastó dos rollos fotográficos, mañana aprovechará de revelarlos. El clic comenzó temprano.

Thomas Renard la está esperando en la entrada del liceo junto a la directora del establecimiento. Ella, adusta, le extiende la mano. Caminan por un pasillo muy largo hasta la última sala, que da a una bodega de útiles de aseo. Aquí no ve la cordillera, solo un ratón veloz que salta de un techo a otro. La directora abre la puerta, desteñida por el sol oriente. Las cuarenta alumnas del cuarto medio enmudecen al verlos, como si las hubieran entrenado para ello. Corren a sus asientos. Solo una chica sigue en su mismo puesto, sin quitar la mirada de la ventana. Todas con un vestido de tela sintética y una blusa. Se llama júmper, le explicaron a Olivia. Parecen figuras de un cuadro realista. Son cuarenta cabezas de pelo azabaches, ojos oscuros y cafés. Ningún celeste. Ningún verde. Ninguna sonrisa de niña mimada. Nadie de piel alba como Olivia. Nariz directa. Nariz chata, hundida por los llantos nocturnos. Nariz surcada de pasado. Olivia apoya la espalda en el pizarrón, donde está escrito: Olivia Starno y Thomas Renarde. Intuye que las chicas prefieren escucharla a ella, algo que le parece tan inverosímil como si una golondrina estuviera picoteando una flor de azahar en invierno. La conduce a Rivka colegiala, con míster Oppenheimer explicando la crisis de los misiles, y ella, la que era Rivka, con catorce años asintiendo con el mentón y saboreando el *egg cream*. Junta las manos y sopla. El pajarillo picotea la hoja del azahar, es una pradera dulce.

La profesora intenta esconder su inexperiencia de veintidos años, ocho menos que Olivia. Las preguntas serán al final de la charla. Renard aprovecha de esconder las manos en los bolsillos del pantalón. Olivia le vio dos ampollas hoy, una en el dedo índice izquierdo y otra en la palma. Olivia enfunda sus manos en unos guantes y una alumna, Joana, en la primera fila, levanta la mano. Ella también ocupa

guantes, más coloridos, con líneas amarillas, solo cubren la mitad de sus dedos, como si hubieran cortado los extremos. Son idénticos a los que una tejedora de alpaca le regaló a Olivia hacía una semana. Allí aprendió a tomar mate alrededor del único brasero que había para veinte familias. Joana es muy delgada, como si solo comiera desayuno. Olivia explora esa carita de Joana, sin arrugas ni pliegues. Sin mis temores. Imagina a la madre de la joven trabajando en un almacén y estudiando una carrera vespertina. Como yo. La profesora sigue hablando, pero la golondrina ha tocado el timbre del 308 de Riverside. Allí, picotea dentro de una pequeña maleta que revienta de ropa. En veinticuatro horas, su dueña debería subir a un bus que la llevará a Texas.

Suena el teléfono.

Olivia va hacia el aparato con los pasitos de bailarina que estrenó donde los O'Connor, pero hoy son más firmes, recuerdan a una bailaora de flamenco. Erik la necesita, han pasado ocho meses desde que comió el hummus con el *naan*. Erik, a ti no te importaba si tenía que irme a Austin o a la China, me ordenaste que fuera ya a tu casa. Intenté explicarte que mañana partía a Texas, me había contratado la Universidad de Austin por un mes para traducir unos *papers*.

Olivia no puede con la insistencia del moldavo.

Es un día húmedo, espeso como el vapor que solía lanzar el samovar de su abuela. Ella lo ignora. Al igual que cualquier ayer de la madre de Tzipora y de la de Yaakov. El moldavo la espera en el antejardín, un collar de ámbar cuelga de su cuello, inflado por el calor, y luce un sombrero de paja. Un segundo más tarde están en el despacho, como siempre atiborrado de papeles y libros. Qué pretendías, Erik. Hablas con soltura, lanzas el sombrero al techo y aterriza sobre una torre de revistas de lingüística rusa. Yo ya estaba habituada a tus circunloquios, respira profundo, busca la paciencia de Yaakov. ¿Me puedes repetir lo que estás diciendo? Porque tengo la maleta lista. Erik va desmenuzando el pan centeno con pasta de aceituna y le ofrece un trozo y ella antepone la mano, Olivia alza las cejas dibujando un oleaje de una nueva serigrafía. Ella solo distingue dos palabras en el chaqueteo del moldavo: *traductora* y *Chile*. Le cuenta de un amigo que necesita a una traductora para ir con él a Chile. Bingo, querida Olivia, te vas la otra semana con Thomas Renard. ¿Qué me estás diciendo? ¿Chile?, hace tiempo que no escuchaba una broma tan soberbia, ¿se puede saber qué haré yo allá? Todo, querida Olivia. Vivir. Y Erik le lanza el sombrero de paja y ella lo ataja a la primera. Ese es un país inexistente, el país de los

O'Connor, de mi Charlie. Él es Chile con su pelota de fútbol y la mirada pícara gozando del pan con palta. Es el territorio de otra estirpe, no de una Schtern. Un manantial ajeno. ¿Olivia? Obvio que no le conté la pésima traducción que me hiciste la primera vez, agradece que tengo mala memoria, él mueve las manos como un malabarista. Olivia alza más la ceja izquierda, tan Rivka en ese gesto, apoya las manos sobre sus piernas, la desazón va ganando terreno, como si fuera un motor oxidado por el rocío matinal. Le pesa la incertidumbre. Cuenta los pétalos del jacarandá que hay repartidos en el patio interior. Erik, mírame. ¿Sabes que nunca he salido de aquí? No tengo pasaporte y nunca me he subido a un avión.

Digo no.

Deja a Erik con los restos del pan y hablando solo.

El timbre con la cancioncita pegajosa de la casita azul vuelve a sonar. Olivia ha regresado con el recelo que jamás conoció Rivka. Erik le explica que Thomas Renard, un colega que trabaja en la Escuela de Gobierno de la Universidad de Columbia, le pidió ayuda. Necesita una traductora para una investigación que debe realizar en Chile. Gringo, gringo, como tú, pero que no sabe nada de español. Es un *match*.

Esa misma tarde ella se reúne con Renard en una cafetería de Columbus Avenue. Él está vestido con un traje azulino, anacrónico en un ambiente tan distendido, es de pocas palabras y su espalda, la de un trovador. Fuma más que Olivia y, sin mirarla directo a los ojos, le explica lo que tendrá que hacer. Serás mi sombra, yo no sé un gramo de español y debo realizar una investigación de varios meses, recorriendo el país, y entregar un diagnóstico de los desafíos que enfrenta la educación pública para el decenio que se aproxima.

Olivia se muerde el labio. No ha dicho una sola palabra.

Con la blusa de lino empapada por la humedad, ella corre hacia el bus alejándose de Thomas Renard. Dice sí. Burbujas con los pies adosados a Manhattan.

Sus ojos verdes ruedan idénticos a dos bolas de billar, han regresado a la sala de clases del liceo. La manilla está salpicada con témpera de un tono ciruela y una grieta cruza el techo, resabio de un terremoto. Varios metros más al fondo, distingue una aureola enorme de color lechoso casi salmón. ¿Australia? ¿Hace cuánto no nos veíamos, Australia? Las bolas de billar rebobinan hasta Penn Street. Deborah y Rivka estallan en carcajadas; la *morá* Pearl tiene las medias caídas hasta más abajo de la rodilla. Desvelos aprendiendo el sistema respiratorio. Yo seré enfermera. La tecla del piano en si mayor. De su vida. Ya errante. Ya extranjera en su misma tierra. Ya diáspora. Ya en

la otra tierra. Soy otra. Alguien la llama, no Rivka, no Olivia, otro nombre.

Señorita Olivia.

Las bolas de billar entrampadas en la niña con guantes sin dedos.

Soy Joana y quiero saber para qué nos servirá la investigación que está realizando el señor Renard, lo pregunta con un tono manso, como si no pudiera siquiera sostenerse dentro de un jarro fenicio. La picazón en la oreja derecha obliga a Olivia a rascarse con más ímpetu del que acostumbra. El ratón acecha por la ventana rectangular. Casi alumbra a la estudiante de pupilas oscuras. Olivia despega la espalda del pizarrón. Yo era una joven sin pasaporte. Muerde sus labios, brota la típica mancha de sangre; el sabor dulce amargo. Joana, te contaría cuánto arrojo necesité para estudiar en las tardes, trabajar de cajera en el supermercado y olvidarme del *aleph-bet*. Y no fui a Texas, querida Joana, porque decidí aventurarme aún más lejos, intrépida como una golondrina que entierra el pico en el invierno de sus días, floreciendo sin aprehensiones.

Señorita Olivia, ¿está bien?

¿Cuál es tu nombre? Joana, ¿no? Mira, te podría contar…

Había una vez una hija a la que le arrancaron los sueños y ella intentó atraparlos con burbujas de arena. Nunca lo logró. Mientras la chica se columpiaba en la plaza, su madre tejía una enorme manta de cachemira con la que abrigaría a sus hijas, pero la pompa de arena reventó en un acantilado de besos lilas y se convirtió en ceniza. Había una vez una hija que estaba escribiendo sus memorias con una vaina de vainilla. Cuánto quería enhebrar una manta de cachemira y por eso aceptó la locura de su amigo moldavo. Los globitos de un futuro intentaban formarse una y otra vez, ella no tenía pasaporte, imposible viajar.

Joana sigue esperando la respuesta.

Pero existen los ángeles, querida Joana, y una griega, una tal Geraldine Mustakis, me consiguió rápido el pasaporte. Esa mujer era una leona con pupilas saltonas, manos enormes y seis anillos en cinco dedos. Casi no pronunció un *hola* y el anillo de amatista brilló por sí solo desde su sitial.

Una joven con quimeras sin los pies adosados a Manhattan.

Joana espera la respuesta. La mirada verde colorea los dedos enguantados. Pero, aunque existan esos ángeles y esos milagros, te sigo buscando, papá. Te necesito como si yo misma fuera una raíz seca. Te veo regalando a estas colegialas tus luces verdes, moviendo el arco del violín en nuestra oscuridad de manantial. Permíteme que mi

arrojo recién estrenado te regale un nosotros.

Señorita Olivia, ¿necesita algo?

Suena el timbre y la algarabía de las alumnas revienta en el silencio de Olivia.

Clic.

Señorita Olivia, la foto va a salir más linda ahí.

Bajo Australia II.

Clic.

El tiempo sin vaina de vainilla.

Clic.

A las uñas carcomidas.

Clic.

Señorita Olivia, señorita Olivia, ¿una foto?

Como si también fuera mandatorio, las seis chicas van peinadas idénticas con un moño alto.

Clic.

Olivia es la golondrina entre los flamencos distinguidos. Pincela los corazones juveniles con el incienso de azahar.

Clic.

El sol está muy lejos, aquí pareciera que la savia del roble se ha solidificado. Joana, mirada sin rumbo. Yerta, cervatillo prisionero. Alguien tira la manga de la parka de Olivia.

Señorita Olivia. Señorita Olivia.

Joana con manos semienguantadas aprisiona una carpeta como si estuviera sosteniendo mil kilos de ilusión. La chica le da una carpeta con unos papeles, sueños en versos de cuatro y seis estrofas, fotocopias pagadas peso a peso. Tiempo sagrado. Joana es rápida y rodea a Olivia con los dos brazos, la inunda de un calor delicioso. Ya no necesita doble par de calcetines. Es el primer abrazo escrito en una serigrafía de verde agua. Olivia continúa machacando la vaina, está recostada en el sofá cama. La ceniza, liviana, travesía de pajarito. El padre en un país lejano. Olivia, con movimientos de Rivka, abre la carpeta y los cantos de sirena rodeando la vainilla.

Para una señorita que me escuchó, gracias.

La letra de Joana es de girasol. Ruedan las bolas de billar al pasado y al futuro. A un hoy.

Acrobacias al amanecer
Calipso girasol
entona melodías
de un profundo almíbar.
Los sueños enclaustrados

en una sala de colegio
escuchan a los prados de ilusiones
engalanadas con guirnaldas de futuro.
Un verbo del que Olivia ha renegado durante diez años.
Oír, escuchar, poner atención a su *neshamá*.
De ella. De Rivka, de Olivia, de Rivka Olivia.
De mí.

Tropieza con una pelota desinflada y ella la lanza a su dueño, un chiquillo alegre que está sujetando con dos dedos la pretina de sus pantalones. Gringa y tan linda, la piropea. Son palabras hermosas, colonizan incluso este volcán de pobreza donde está Olivia. Ella también sonríe y sabe que sus palabras nunca serán así de bellas. En este gimnasio municipal, Renard y ella se reunirán con unos profesores. Las banderas tricolores ondean por doquier, miles por toda la ciudad, esquelas de tubérculos silvestres. Algunas, diminutas como escarabajos y otras gigantes como las alas de un pelícano, todas con estrella blanca, la guardiana. Imagina a un jardinero amasando el maicillo de esta cancha de fútbol hasta transformarlo en una orquídea, abona el maicillo con perlas de heladas matinales. Olivia Schtern imagina que ella también cuida sus recuerdos con un collar de perlas, uniéndola a su ayer, cuando inocentes observaban los fuegos artificiales del último 4 de julio, ese que celebró en Main Street junto a… ¿Deborah y Esther? Recuerdos que están diluyéndose ante las estrellas de otro país. Cuando vaya al norte, cuando vaya al sur, cuando vaya al centro. Independencia. Pronto la propia. Así va diseñando su emblema patrio, algo de Rivka, sobre todo Olivia. Hashem, con su conciencia coral, observándola al otro extremo del arrecife.

En Rancagua conoce la exuberancia de los álamos y de los manzanos, de las margaritas y de las hortensias y del vuelo de las abejas y del cricrí de los grillos. Hernán Parra, el administrador del campo y también director de la pequeña escuelita que hay ahí, le cuenta la historia del lugar; ella no lo escucha porque solo mira el vaivén de esos árboles infinitos. Sus hojas tiritonas, idénticas a las alitas de un picaflor. Y sus siluetas, distinguidas jugando con lanzas de nácar, coqueteando con los querubines del sol.

La casa patronal es una típica construcción chilena con paredes de adobe y tejas de arcilla. A ella le gusta esa sencillez. Ahora nadie vive ahí, solo están las oficinas. En el patio central hay tres vasijas de greda, qué lindas se verían en Riverside, pero no entrarían en el lobby del edificio. Un poco más allá, cerca de la bodega, justo en el límite

con la plantación de los durazneros, un grupo de temporeros forma un semicírculo alrededor del fuego, como si fueran celadores de rubíes. Bajo la sombra de los álamos, dos campesinas preparan la ensalada de choclo y otra de cebolla con tomate. Las moscas remolinean y la mujer más joven, con párpados de lenteja y algo ciega, cubre con una servilleta el pan amasado. Olivia quisiera fotografiar a la vieja, tiene el rostro hundido típico de la tierra chilena, el silencio del dolor. En este escenario pastoril, Thomas y ella se ven anacrónicos, fuera de lugar.

La ceremonia para izar la bandera chilena comienza puntualmente. Un grupo de alumnos canta el himno nacional y Hernán Parra tira la cuerda con la solemnidad de una coronación. Olivia nota en él y en cada uno de los presentes, los tubérculos del orgullo. Ella, entonces, va trenzando los hilos de su propio emblema patrio. Lo va adobando con los destellos de Penn Street. Delicadeza suprema. Con ceniza une las costuras y con su saliva sella los pliegues del lino, allí estampa dos kilos y doscientos gramos de harina, suma media taza de aceite, tres cuartos de azúcar, dos cucharadas de sal y cuatro huevos. Amasando, hunde los dedos perfectos, dando forma a seis bastoncillos esbeltos. Trenza de *shabat*. Ella, la más diestra de las siete Schtern creando el pan sabático, cruza cada bastón formando siete suspiros. Hilos amarillos curiosos en Leah, Tzipora presionando el dedal y cosiendo con la aguja regalona que viajó con ella desde Rumania. Lino inmaculado del recuerdo; las voces cenicientas palpitan al son del cascabel de la «Sinfonía número 4» de Mahler. Continúa zurciendo con las cuerdas del violín, formando un césped de pretéritos. Qué enorme será mi bandera, sin duda la más hermosa, pétalos de la orquídea, digna de Edén, germen de una vida. Su vida. Con la humedad del ecuador, duerme la siesta sobre una hamaca de estalactitas cárdenas sazonadas con pimienta de coco. Con una regadera de chocolate verterá el fuego de agua. Por fin crecerán los álamos, embellecerá el maicillo con hojitas de suspiros creando el emblema patrio más bello que alguna vez alguien haya osado coser.

Una chica vestida a la usanza tradicional chilena, una falda azul príncipe con flores diminutas y una blusa de encajes que la asfixia, le ofrece una empanada de pino.

Quisiera decir no.

Alguien guitarrea una melodía típica andina. Olivia apoya la mochila en el suelo y la abre por completo. La canción tediosa le impide concentrarse, abre más el cierre, palpa el bolso; las manos y el corazón están anestesiados.

Quisiera decir no.

La mirada celestial de Renard cae sobre ella como un bloque de hormigón, diciéndole, ¿qué te pasa?, olvídate ahora de tus famosas fotos. Ella presiona con los pies la mochila.

Quisiera decir no.

Indaga en el supermercado de recuerdos, ¿dónde la dejé? Ayer en Renca, Olga Cifuentes solo le permitió dos capturas.

Quisiera decir no.

Alguien chifla. Hernán Parra suelta un ¡viva Chile, mierda! Mierda, ¿dónde te dejé, Canon? Imagina a la Cifuentes escondiéndola. Un frío arreciado inunda sus vértebras ante la expresión de la profesora cuando le pregunta si sus investigaciones arreglarán la pobreza de sus niños. Renard está petrificado. Le duelen las escamas que tiene en los codos. El clima seco de Santiago agudiza sus dolencias en la piel y con la primavera será peor. Y la primavera ya casi debuta. Renard quiere arrancarse un cuerito del dedo índice. La Cifuentes habla con el ritmo de las langostas de Egipto, un distintivo absoluto de los que han sufrido. Olivia debe mirar dos veces a las graderías, allí, en la quinta fila está sentada su madre escrutándola como si estuviera tomándole un examen final. ¿Qué haces aquí? Pestañas profundamente terrosas. Eres tú. Nadie más que tú y solo tú. La madre. Mi madre. Ándate. No puedo trabajar contigo aquí, analizando cada uno de mis movimientos, vuelve a tu guarida ceniza. Olivia agita la mano alzando por fin el matamoscas de la Chang; inútil, Tzipora no reacciona. *Ándate, mamá.* Una vez más la historia oculta está filtrándose por los diminutos orificios del colador, casi imperceptibles, botones aterciopelados de las muertas. Tzipora exprime pizcas de memoria, acomoda el chal que tejió unos días antes de morir.

¿Me estás echando, jovencita? ¿Con qué derecho te atreves?, le pregunta a la cuarta hija.

Quisiera decirte no.

La tempestad en Williamsburg despertó a Rivka. En la cocina divisó a otra mujer. Su madre. Tampoco ella podía dormir. Pronto cumplirá cuarenta y cinco años. No vivirá para el próximo cumpleaños. Rivka observó la hora del reloj redondo que estaba sobre el lavaplatos, las cinco de la mañana. El camisón era demasiado largo para una joven de catorce años y lo recogió con sus pasos de joven insomne. Lo heredó de Esther, ella de Yehudith y ella de Rachel. La lluvia ya había dejado de rugir mientras los copos levitaban en el techo. Cae. Sobre el hombro izquierdo de la cuarta hija una trenza muy suelta. Tzipora iba irguiéndose. Un sonido la alertó, identificó el run run del camisón. Mamá, me preguntaste qué hacía allí; el viento, te contesté, alzaste tus ojos. Rivka comprendió el desconcierto de su madre, la silueta de su hija, de pechos crecidos y cintura esbelta, le recordaba su sangre impoluta sin guerra. Rivka le acarició la mano perfecta, pero Tzipora la alejó. Cogió el tazón con café.

Unas horas antes, cuando el sol apenas había desaparecido, las Schtern revoloteaban en la cocina. Una rompía la cáscara de un huevo, otra lo batía. Quizá Deborah hundía la croqueta en el batido de huevo y luego la cubría con pan rallado y Rachel freía oliendo el hambre. De seguro Rivka ya había cocido las papas y con el moledor de acero las iba aplastando hasta transformarlas en puré. En un lechero entibió la leche y la vertió sobre las papas, una delicada pasta de almidón. Alguna de las hijas sintonizó la radio y una voz estereofónica promovía el mejor antigrasa de la historia. Leah cantaba el *jingle*. Yehudith, molesta por el ruido, se acurrucó en el sofá a leer *Asesinato en un campo de golf*.

Un portazo.

Las siete cabezas se voltearon hacia la puerta principal. Tzipora estaba arropada con un enorme abrigo mora y los labios, tan carnosos, idénticos a los de Rivka y de Rachel, tiritaban. Las Schtern inmóviles. Ni siquiera Shira osó brincar. Los pasos de Tzipora eran como los de un labrador a punto de cazar un conejo. El ceño lo tenía aún más fruncido, legado de la sobrevivencia. En menos de tres segundos ya estaba en el cuarto de estar. Yehudith, sentada, era una buena señorita

en la sala de espera del doctor. Dejó la novela sobre el cojín beige, sus manos descansaban sobre las rodillas y el pelo liso le caía hasta los omóplatos. La más rubia del clan y más dócil que ayer. La madre se aproximó a ella, la segunda hija. Shira chupaba el cucharón con su boquita de niña ingenua. Rivka ya no mezclaba la leche con el puré y el aceite caliente había dejado de burbujear. Tzipora, con el dedo índice derecho y la uña cortísima, hizo una señal a Yehudith. Sus pómulos estaban sonrosados, casi jadeaba, dos pelotitas de temor.

Una bofetada volteó el pómulo izquierdo de Yehudith.

La madre escrutó a sus otras hijas. Directa. Sin recovecos. Una luz. Profunda. Densa. Sin brillo de día y sin estrellas. Una ciénaga rebosante ante el temor colmado de relámpagos.

Años más tarde, Rivka en Olivia recuerda ese temor supremo. En Olga Cifuentes ve esa misma expresión, demasiada historia oxidada por el dolor.

Quisiera decirle no.

En este gimnasio, el silbato sin sonido da inicio a la competencia deportiva.

Sin alumnos apresurados por canjear el premio de la rifa.

O las Schtern en el parque de diversiones.

Como esa vez, cuando Yehudith ganó el premio mayor de la *anual fair* del colegio.

Y las siete caritas, gozosas y madrugadoras, esperando a que el parque abriese su portón de hierro. Era un día tan frío; la única calefacción en la ciudad, estas caritas alegres zapateaban por el tobogán. Lamentos de felicidad descendían por el precipicio de la montaña rusa y hoy para Olivia cada carita es una escarcha hundida, algo más lejana, llamas de Janucá, inmortales hasta el final de los axiomas, tersura de juventud. *Mary goes round and round, Mary goes round.*

En la *janukia* los ocho vasos rebosaban con aceite de oliva, un pabilo en cada uno de ellos. Luz de Penn Street. Pero rodará por la madera y las ocho mechas incendiarán las caritas hasta la inmortalidad.

Mary goes round and round and round.

Yaakov monta un caballito.

Quisiera decirte no, papá.

Ella tropieza con la barba de Yaakov. Él la engatusa, obligándola a montar el caballito. Pero Olivia da la pelea y derrite las escarchas arrebujadas en su mandíbula. Ring, ring. Mi diciembre.

Los álamos tiritan ante el jolgorio del canto patrio y Olivia

contempla los movimientos pausados del guitarrista. Ahora mismo, aplaude con ganas, imita, le arde el labio inferior, todavía no ha cicatrizado y ya está haciéndose una nueva herida. Le pica la oreja, le pica la espalda, le pican las manos y le pican también los hombros hasta que Hernán Parra le dice, señorita Olivia ¿bailemos un pie de cueca? La sensación en Olivia no es la del desconcierto, tampoco de ingenuidad, es la ciénaga de la ruina. Ella no va a poner un solo zapato al centro de la pista. Los invitados vitorean ante el arrojo de Parra, él mueve con la derecha el pañuelo, no le quita la vista. Ella nunca se había sentido así de vulnerable, como si estuviera en un arroyo seco. Hernán da vueltas dibujando una medialuna. Vienen los floreos y camina hacia atrás, nunca había bailado y no pretende que hoy sea una primera vez. En este ir y venir, la chica de las empanadas le enseña unos pasos. Olivia no alcanza ni a apoyar las manos en las caderas cuando Parra ha cambiado de pareja y danza con la de las empanadas. Olivia sigue aplaudiendo, en sus cejas se vislumbra un gancho poligonal que está cercenando su sien. Es la punzada de la conciencia. ¿Qué hago aquí? ¡Qué estaba imaginando cuando acepté tu oferta! Maldito Renard. Maldito Erik. Pero es más difícil el enojo con el moldavo. Alzan las copas rebosantes de chicha y alguien dice: ¡Viva Chile, mierda! Ella no dice garabatos y no tolera vestirse así, con jeans y chaqueta de cuero, como hoy. Una Olivia sin nada de Rivka, sin las caléndulas de las muertas. No iré el martes a la clase, ¿dónde estás, Canon? El pie de cueca ha finalizado y van hacia la mesa larga que está próxima a los álamos, Olivia extiende el plato al parrillero gordo, el sudor le corre como si estuviera dándose un baño turco. Él se lo llena con dos trozos de lomo, una longaniza y tres cucharadas de tomate con cebolla. Aquí, señorita Olivia, la llama Hernán Parra. Deje de decirme señorita, yo soy Rivka Schtern, hija de Tzipora y Yaakov Schtern, dos ángeles extraviados. ¿Sabe cómo se conocieron? Usted no tiene la menor idea dónde queda Rumania y Hungría. Ellos sobrevivieron a la maldad y se enamoraron en un restaurante húngaro sin escobas nuevas.

Señorita Olivia, ¿quiere un poco más de tinto?

Lo único que quiero es que no me digan más señorita. Soy Olivia Schtern. Qué obsesión tienen los chilenos con el pronombre. Olivia Schtern, a secas. No necesito ningún complemento de señorita. De pronto, como si la misma garrocha de la conciencia apuntara a otro, imagina que le dicen señora Olivia. Solo ha comido un tomate y cuatro trozos de lomo vetado. ¿Yo, señora Olivia? ¿De quién? ¿Yo, amante y bella? Soy una reina sin reino ni súbditos. Arruga la

servilleta. Alguien la invita a bailar otro pie de cueca.

Quisiera decir no.

Los bigotes de Parra están salpicados de vino y él se los limpia con la camisa. Él está tan próximo a ella que incluso puede oler el tinto. Quiere salir disparada de ahí. Un tiritón de asco pone rígida hasta la uña de su dedo chico, Olivia ve manzanos con manzanas a punto de madurar.

La golondrina tropieza con otro silencio. Los asistentes no desean perderse la respuesta de la gringa. ¡Cuántas veces le tendré que explicar! Ella habla en un tono que es mucho más Rivka y menos Olivia. Usted es un campesino, un simple huaso, ni siquiera podría contar las sílabas de una sola palabra. Los veintinueve asistentes enmudecen más. Es un páramo inhabitado, el único ruido es el mugir de una vaca. A lo lejos, en las montañas, el sol está despidiéndose. El administrador limpia sus bigotes y esboza algo cercano a una mueca feliz. No se me ponga tan *chúcara,* señorita Olivia, solo era una pregunta. Ella anota esa palabra en el diccionario personal y sale corriendo. Quiere volver al útero, al cuenco de la infancia, con croquetas y *jingles*.

Thomas Renard descansa bajo la sombra de los álamos. Ella pisa con fuerza la tierra, casi hunde la rabia ahí. Thomas mueve una copa en círculos, tararea una melodía típicamente bostoniana. Ella está delante de él. Me voy. Él levanta la copa y la bebe de una, sus mejillas están tintadas. La silla destartalada es muy pequeña para alguien que mide casi dos metros y el poco pelo que le queda está grasiento. Renard señala las tres cajas con folletos informativos y su reloj de pulsera: en una hora comenzará la conferencia para los profesores. En Thomas Renard hay un gesto aterrador, como de mono siniestro. Eso cree Olivia. Ella sigue caminando, ignora dónde. Un riachuelo divide el predio, la ceniza y el padre viven en la ribera sur, ella en la norte. Saltan las aguas, a momentos cristalinas y otras turbias, siempre torrentosas, eso sí, va corriendo con pasos enormes de angustia, Renard queda lejos. Ella merodea en lo que debió ser una cocina, pero ahora es un bodegón plagado por el olor del excremento y heno. Si estuviera limpio sería tu universo, mamá, una cocina impecable a cualquier hora del día. Mi santuario. Prepararíamos un budín con alambres esmerilados de agapantos. ¿Qué le diré al polaco? Profesor, no sé dónde la dejé, voy a tantos lugares. Fue por Olga. El responderá: Abandonaste a tu hija, ¡mala madre!

Quisiera decir no.

El polaco es un enigma. Olivia está segura de que él también

sobrevivió a la *Shoá*. Como tú, papá. Como tú, mamá. La primera vez que lo vio, lo supo. Otro judío dañado. Siluetas. Él la saluda sin un beso, le extiende la mano, tan ajeno a la costumbre chilena. La mirada del polaco es intensa, con venitas que le atraviesan los lagrimales, como si no hubiera dormido, su barba fina, casi imperceptible, enmarca un sufrimiento ancestral. Él lo doblega con sus fotos colgadas en el pasillo de su casa. Figuras humanas. Claroscuro. Un viejo con un sobretodo muy largo y un pequeño sombrero de copa. Arrastra un balón de gas. El carrito lo tira con una soga, solo le ve la camisa deshilachada cubriendo su espalda y unas persianas clausuradas de unos negocios. En otra, seis colegialas posan sin mayor gracia, chupan un enorme helado de agua y miran directo al lente.

Demasiada luz aniquila el silencio.

Olivia ha regresado al almuerzo campestre y unos duraznos han adelantado la cosecha. Tiempo sagrado. Le sirven un vaso con una especie de seso humano de color caqui, salpicado con unas diminutas hojuelas de maíz. Contiene su asco. Frente a ella, la campesina ciega casi se atraganta por lo rápido que bebe el jugo de color té.

Hace unas semanas fue al San Cristóbal con Álvaro y él la tentó a probar el mote con huesillo. El olor a durazno dulzón y la fealdad de la fruta le dieron ganas de vomitar, jamás voy a probar algo así de deforme, ni por mil monedas de oro. Subieron en el teleférico y luego, caminaron hasta la cima donde está la Virgen, alba, sin rastros de esmog. Olivia, lente por medio, sacó las mejores fotos de su historia como Olivia Schtern. Plasmó la devoción de unas brasileñas ante la mujer cándida de cemento. Hashem, ¿cuándo fue la última vez que tú y yo conversamos? Quemaste lo más santo que existía en mi vida, pero sigues atento, supervisando mis acrobacias de Olivia. Álvaro, cómo iba a encontrar hermosa a la Virgen, no entiendes nada de mí.

A él lo conoció cuando fue a comprar su primera máquina fotográfica a un pequeño local en pleno Providencia, ubicado dentro de un edificio con forma de caracol. Sobre el mesón vio ocho libros de fotografía y en la vidriera, cámaras de fotos nuevas y usadas. Ella preguntó por Álvaro. Soy yo. Un veinteañero, sus hoyuelos enmarcaban aún más la inocencia de sus movimientos. El chico de pelo crespo y lentes redondos bajó el volumen de *Learning to fly*, fue a la bodega, que servía también de baño, y volvió con una Canon. ¿Es la apropiada? Soy la única alumna sin una máquina de fotos, no me quiero equivocar, me saldría demasiado caro. Qué incómoda me siento entre esos chilenos, ninguno habla inglés, solo el polaco y yo. Me miran feo, con esa luz opaca que te impide distinguir el cielo. La

única foto de mi familia, la del *Sidur*, mi libro de rezos casi calcinado. ¿Te imaginas tu vida sin fotos? Un silencio en este pequeño local, uno distinto con el que Olivia suele conversar. Tú eres el lente, desenfoca, te apuesto que el polaco fue lo primero que te enseñó. Álvaro y el polaco son una dupla. Lo conoció una mañana de sábado en una de las tantas caminatas que solía dar por el barrio. Yo era un colegial patudo, quería aprender y ser tan bueno como él. El polaco me miró con esos ojos sin fondo y ya me ves, aquí estoy, incapaz de separarme del cuarto oscuro.

Olivia siempre lleva consigo la Canon, así como el cuaderno donde registra hasta los suspiros de Renard. Él no comprende la obsesión de su traductora por fotografiar cada milímetro del planeta. Ella ha ido convirtiendo el lente en su mástil, así va arrimando a Rivka a la otra ribera del río, junto a ellas.

Es casi medianoche, verifica que la alarma del reloj despertador esté correctamente programada para las seis con veinticinco. Extiende el brazo izquierdo y se acerca el aparato a los ojos. Es un gesto idéntico al que solía hacer Tzipora cuando remataba un trabajo de costura. Hay algo contundente al borde de la cama.

Aquí estabas, y yo echándole la culpa a la Cifuentes.

Quiero decir sí.

Al futuro de Olivia con Olivia, ¿me das permiso, Hashem?

Abraza la Canon, hace un balance de sus adioses y los repite ante un notario celestial. Adiós, Dora. Adiós, Aaron, Gabriel e Ilana. Adiós, George y adiós, José. Adiós, ceniza.

Hay un único adiós pendiente.

Uno que la condena al claustro de un castillo feudal, unido eternamente a ellas. Adiós, papá. Tengo que vivir.

Los labios de la manicurista son ínfimos, como si los hubiera esbozado la punta de un palillo. La mandíbula está perdida en su semblante indígena y dos trenzas caen sobre su pecho. Olivia siente una leve presión y la manicurista le muestra la uña rota del anular y lo resquebrajadas que tiene las otras. Contornea con la destreza propia de una veterana, forma unos semicírculos perfectos. Qué voy a saber cómo limarlas. Olivia ignora. Ignora la geometría de sus lúnulas. Ignora los dedos esbeltos. Olivia imagina que su felicidad es idéntica a la que experimentaría una antropóloga que ha descubierto una vasija del imperio maya. Las piernas de Olivia, esbeltas y largas, las presiona como si fuera a reventar un globo. Hace lo que le dicen. Como si estuviera rindiendo un examen de conducir, acata. Introduce la mano derecha en el pequeño plato plástico, juega con el agua tibia y las gotas de aceite de lavanda. Lujo inédito. Casi no siente los cortes en la cutícula, piel muerta. Otro salto. Un tirón de piel viva. No, no me dolió.

Mauricio la está alejando de la soledad, conduciéndola donde un albañil de la comarca, que está preparando una pasta de arroz. Intenta recuperar la voz tan linda de él, de ese hombre que conoció hace menos de una semana y que ayer, con los primeros destellos del día, la telefoneó. Olivia, soy yo, Mauricio. Rápido, fuiste al grano, vendrías por dos días a Santiago, ni siquiera me preguntaste si quería, mañana pasarías por mí a las ocho de la noche. Ella observa el acantilado salpicado por los granos del arroz.

Olivia, ¿sigues ahí? El aparato telefónico continúa adosado a su oreja, solo que hoy no es su diciembre. Y no es su padre. Casi ha olvidado cómo moverse. El teléfono es un atlas conduciéndola a Levante. Quisiera escurrirse en la espátula del albañil, unirse al tranvía más lustroso del Renacimiento. Tus ojos, Mauricio. Los míos consumidos en ti. «El amor siempre termina mal», cantaba el juglar en el banquete de la comarca. Todo será yogur y pan, nada de ti, Mauricio, y ahora me telefoneas y osas interrumpir mi tranquilidad de pasta de arroz.

Y yo, yo. El auricular es una extensión de Olivia Schtern, que aún

tiene polvos de Rivka. ¿Otra ducha? Solo han pasado unas cuantas horas desde la última que se dio luego de visitar un jardín de infantes en un hospital. Los pantalones grises y la blusa de encajes, con un gracioso cuello del tipo Medici, subrayaban su elegancia. Demasiado linda para un ambiente tan incierto. Los pasillos oscuros, con la pintura desgastada por las últimas lluvias, la vuelcan al néctar de un ayer, donde un marinero deambula en una carretera desolada, busca a su amada, que no ha visto en centurias. En la sala de espera una pareja de ancianos espera el fin, no existe ninguna medicina para salvarlos. Una niña dormita en el regazo de su madre con busto prominente. Seguramente, come solo tallarines y pan, mucha mantequilla y poca lechuga. ¿Alguien alguna vez se acurrucará en mi regazo? ¿Habitaré en el lenguaje de las madres insomnes, con cólicos, y runrunes de la sonrisa primaria, papillas de verduras sin sal? La niña la observa sin intención alguna. A ratos mueve el pie descalzo cubierto con una venda igual de sucia que las paredes.

Por fin, la directora del hospital pronuncia a viva voz: «*Schtern*», a la usanza chilena, con dificultad, como si fuera un candado corroído por la sal marina. Ella ocupa un zapato ortopédico y el pelo lo tiene cortado como un varón. Esboza una sonrisa ficticia. Olivia es más alta. Es más blanca. Es verde. Tiene los movimientos clásicos del primer mundo. Su torso erguido desafía el aire denso colmado de colonia de feria y mujeres condenadas a la pobreza.

Clic.

Y volverá a apagar la luz.

La manicurista alza los dos frascos de esmalte. Olivia elige el más translúcido. El pincel sobre la uña, un leve aire frío. Solo quedan un par de horas para la primera cita de Olivia Schtern.

La toalla flota en su cuerpo libre de estrías, la restriega con la parsimonia de los solitarios que respiran sin apuro. El pijama de sus años con los O`Connor le gusta aún más hoy, cuando su cansancio es vasto como el Egeo. Abre el refrigerador. Un envase de yogur y dos naranjas. La pequeña mesa rectangular adosada a la pared funciona como escritorio y comedor. Apoya la espalda en la muralla y tira la tapa de aluminio del yogur y hunde la cuchara dentro. Sabor artificial, casi de jarabe, tan distinto al que solía comer a media tarde en Riverside. Bebe una infusión de menta y pela la mandarina, ignora que en menos de dos días estará haciéndose la manicure por primera vez. Frunce un poco la nariz, detesta pelarlas. Su padre decía que en su tierra nunca encontró unas tan jugosas y dulces. Hoy no lo recuerda. Entierra sus dos paletas en un gajo, con lo que el jugo salta hasta la pared, chupa su dedo anular. Intentando recuperar las horas, no del día que recién terminó ni del que recién comienza, sino las otras, las más bellas de la vida de Olivia Schtern, hace cinco noches.

Las fotografías del norte levitan sobre la mesa. Son treinta y ocho. Ayer casi no alcanzó a revelarlas; llegó muy tarde donde Álvaro, solo minutos antes del cierre de la tienda. Estar con él, después de las estrellas con Mauricio, le pareció una arrogancia, como si estuviera cometiendo una traición.

Te luciste, Olivia. Álvaro, con un suspiro y unas pupilas altivas, le señala la fotografía de una anciana moviendo el peine entre la lana de tinte turquesa y rubí. Un calorcito agradable tiñe los pómulos blanquecinos de Olivia, ve a su profesor polaco cuando exhibió las fotografías orgulloso de su alumna gringa. Cierra otra vez los ojos, años ya, de Olivia sin Rivka. Un ardor candoroso, casi plata, recorre sus pestañas. Ve a otro niño. Con otro trompo. Otra era. Isaak sostiene uno con rayas y unas letras escritas que dicen *nes*, milagro, ya estaban por encender las *janukiot* y me mostraste el *dreidel* que te había regalado tu *bobe*.

Clic.

Los pantalones del chico nortino están arremangados hasta la rodilla. En la siguiente toma, él pasa la cuerda por la base ancha del

trompo y lo lanza con la soltura de un ignorante de la ceniza. Olivia revuelve la infusión de menta. Otro recuerdo. Mauricio y ella en el Valle de la Luna, abrigados por la quietud del desierto. Le arden las cejas, le arden las pestañas, le arden las mejillas.

Benditos los que duermen, despreocupados, seres ajenos a las pasiones y a los delirios de un primer amor. Esta mañana de Mauricio, ella abraza un poquito más la almohada sintética. Han pasado apenas once minutos desde que él la telefoneó. Son plumas de ganso. Quiere hacerse minúscula, como si fuera el primer brote de un arándano salvaje.

Quiere no mirarlo.

Quiere que no le importe.

Quiere esconderse.

Quiere cobijarse en el pecho de este hombre con nombre.

Hay tiempo.

La historia de Mauricio y Olivia comienza como las buenas, sin premura ni grandes cálculos. Lo conoció hace unos días, cuando ella visitó Calama. Mauricio y Olivia anclados en la inmensidad del norte chileno. Antes, antes de esta mañana, antes de este día esplendoroso de sol y azules primigenios, Olivia y Mauricio eran dos almas en busca de otro destino. O eso creían.

Aterrizó en Calama tan cansada que ni reparó en el desierto atacameño. El hotel le pareció uno construido en los treinta y no en la década de los sesenta. Ni siquiera cenó y a las diez de la noche ya estaba durmiendo. Supuso que la habitación sería más limpia, menos húmeda, más graciosa. Pero la alfombra estaba llena de manchas de cigarrillo, las cortinas eran de poliéster y el baño era pequeño, apenas podía cerrar la puerta. Cómo te atreviste, Renard, a mandarme a esta pocilga, un poquito mejor que la de la Chang, y tú te quedaste con tus políticos dándote la buena fiesta. Qué me podía interesar este montón de arena. Digno de un bostoniano, él le comunicó que iría sola al norte, a *Choiquicamaita*. Serás una hormiguita allí en esa mina, no sabes a lo que vas. Ella no tuvo mucho tiempo para hacerse la idea y cuando estaba en el avión, el pánico de viajar volvió al *Sidur*. Si Olivia hubiera husmeado cómo sería su mañana en el desierto que nunca ha conocido un diluvio, es probable que ni el *Sidur* hubiera sido suficiente para ella.

Formalmente la historia de Olivia y Mauricio arranca con la música del amanecer. Ella desayuna en el comedor del hotel como una chilena, cuánto disfruta con la paila de huevo revuelto y pan marraqueta. Uno de los nuevos sabores que está descubriendo en este territorio. Los españoles, que están sentados en varias mesas, gritan como si estuvieran en un concierto de rock. Son incapaces de escuchar sus pensamientos. Y ella, tan devota del silencio y la tranquilidad. Lee *El Nortino*. Habrá un concurso de pasteles. Asesinan a una colegiala. Cobreloa va puntero en el campeonato nacional. Aquí el mundo no existe. Nada de Gorbachov, Arafat, Bush. Ni *Daily News*. Solo norte. Eso le gusta y hasta ha olvidado su propio café americano, el del 308. Pero todavía quedan rastros de su mañana con George yendo a buscar

The New York Times. O su Cathedral atiborrada con pasajeros en tránsito. Duda cuando ve a un hombre. Es alto, con espalda de nadador, un rostro definidamente cuadrado y una quijada casi de tiburón. Chileno. Lo sabe incluso sin escucharle vocablo. Duda. Alisa las arrugas de su blusa celeste. Inútil. Deja casi todo el huevo revuelto. En el baño sumerge las manos en el agua y las unta con crema, una pestaña pegada a su lagrimal, la presiona entre las yemas de los dedos índice y pulgar. Un deseo. Olivia ve en el reflejo del espejo al hombre de rostro cuadrado, de cejas gruesas y tupidas enmarcando esos ojos overos. De porvenir. En unos minutos más conocerá su nombre y él dejará de ser el hombre sin nombre. Duda. Pasarán días, incluso meses. Y seguirá viendo en otros espejos las manos grandes y generosas de él. Olivia vuelve a peinarse con una nueva cola de caballo, busca el labial translúcido y lo apoya sobre los labios que van a brillar.

Mauricio Pardo, chileno. Olivia Schtern, ex-Rivka, norteamericana.

Él, futuro.

Ella, futuro del futuro.

En Chuquicamata camina como un grillo. El tajo de la mina es enorme, una infinitud primaria, apoderándose de lo más sublime y de lo más nimio. Así brota la conciencia de su pequeñez. De la mía. Tan mínima, tan casi nada. Los españoles y chilenos ocupan un casco verde canario. Ella, también. Y ya lo sabe. Su nombre es Mauricio. Mauricio Pardo. Podría caerme al fondo de este tajo, perderme en este norte y a nadie le haría diferencia. Dormiría con ustedes, voces silenciosas.

Mauricio, un hombre con nombre.

Una gruesa capa de arena forra la zapatilla de Olivia. Ella cubre el escote de su blusa con la mano izquierda, dobla el torso y se anuda el cordón. Vuelve a la posición de Olivia, digna de una neoyorquina. La sed es tremenda aquí. Agua. Él le da una botella y ella a agradece con un gesto mínimo de Olivia inaugural. Ahora lo ignora, pero pronto descubrirá que así comienza el primer amor, tal cual lo relatan los exiliados abrigados por una gruta de esmeraldas.

La tronadura la espanta y el guía señala a un camión al fondo, distante, como si allí estuviera celebrándose el último aquelarre del milenio, con la madre superiora y sus hechiceras preparando un brebaje de cebollín y cúrcuma. Brinca con la tronadura, salta hasta la ribera de Rivka donde habita su Penn Street. Noche de tormenta. Ella, con diez años, cuidaba a sus hermanas pequeñas. Tzipora y Yaakov con las hijas mayores habían ido a una *jupá*. Esa noche Rivka dormía

en la misma cama con Leah y, en la otra, Esther y Deborah. Shira nacerá ese verano. El viento, inusual para comienzos de noviembre, ululaba. La ventana estaba trizada por culpa del hijo de la vecina —la misma que en unos años regalará los brócolis a Leah—, pues esa mañana había lanzado una pelota de nieve directo al vidrio.

Con el corazón en la mano, Rivka bajó a su cuarto a buscar las dos frazadas de un tono cedrón que guardaba en la cómoda de su habitación. Las arrastró por los treinta y nueve peldaños con el esfuerzo de Sísifo. Con ellas logró cubrir la ventana y también la luz de la luna que se había colado, una intrusa en este caserío. Leah apenas respiraba, eso creía. Rivka celaba con ojos de búho, pero fueron cerrándose, volvió a abrirlos, se le cerraron otro poco. Transcurrieron cinco minutos, ¿o una hora?, cuando un sonido fantasmagórico remeció hasta la última esquina de Penn Street. Los cuatro rostros infantiles, despiertos, con la luna un poco más amarilla. Rivka casi suspiró. Solo había sido un susto, pero ya no había ventana y Leah tenía incrustado un vidrio en el pómulo izquierdo, una estela de sangre escurría hasta su clavícula. Temblaba, tanto o más que el viento. Los ojitos de las Schtern bombeaban el miedo. Los libros estaban desperdigados en el suelo y la tempestad aullaba. El pelo de Esther, liviano, volaba hasta el techo. Y Deborah, la más temerosa, hundía todo su cuerpo en Rivka.

Y Olivia recuerda.

Cuando se camufló en el ropero simulando ser una patrullera en la selva, llena de cachivaches.

Y Olivia recuerda.

A su padre y a su madre cuando comían pastel de limón y amapola.

Y yo recuerdo, allí camuflada en la ribera.

A ti, mamá, cuando bebías la infusión de manzanilla. Escuché los gestos cómplices de ustedes, que casi murieron en esas horas de guerra. Papá, ahí supe que te alimentabas con papas crudas. Tzipora también cuchareaba pastel de limón.

Un silencio.

Crac.

Un plato. Cae. Al suelo.

Yaakov, tu brazo. Ay, Hashem Bendito, estás sangrando. Te cortaste mucho, hay que desinfectarlo. En este preciso momento es cuando Rivka comienza con la costumbre de morderse el labio, lo aprendió de Rachel. Papá, igual que siempre, trataste de negar tu dolor. Es solo un corte, Tzipole, quítame estos vidrios con el cuchillo,

ese de la punta delgada, allí está, en el mesón. La luz de la luna en la mitad de *Kislev* iluminó de pronto el rostro de la madre y otro sol cantaba, el del amor. No me sigas dando instrucciones, Yaakov, yo también aprendí a quitar las esquirlas.

Yo aprendí a no llorar, Tzipole.

Yo nunca lloré.

Quizá ese ha sido nuestro error.

Otro silencio.

Con movimientos delicados, la manicurista va presionando los huesos, sobre todo su metacarpo de cicatrices invisibles. En cada poro humectado con crema de lavanda brota una «O». Un canal hacia un futuro debutante. A la francesa, como ella, señaló a la de pantalones ajustados. La manicurista dibuja una línea perfecta en la punta de las uñas de Olivia. Luego remata con un brillo.

Dónde está el comienzo y el fin. Duda. Shira, tus rizos desaparecerían en esta mina desértica.

Es como el laberinto de Borges.

En su diccionario personal registra ese nombre, el de Borges. También el de Mauricio. Así comienza el segundo capítulo de la historia de amor entre un chileno y una norteamericana, errante de latitudes, de su familia, de su nombre y de su estirpe. Ella, tan creyente de Olivia y nada más que Olivia, inaugura un nuevo enigma con interrogantes talladas en un arrecife. La estela germina, alejándola de cualquier versión previa de Olivia, ni pensar en Rivka. Olivia ignorante. La estela caliente descenderá al ombligo y ascenderá hasta la comisura de sus labios. Veintiocho años ignorante. El desierto va instalándose en Olivia. Una picazón distinta en las orejas, casi imperceptible, es el faro de esta nueva Olivia, donde le sobra la piel en este universo que pronta está a develar. Imagina a un matemático envuelto en un delantal resolviendo el enigma del amor. La primera letra, la *alef*. Poderosa, primera y única. La siguiente, la *mem*, la *eme*, Mamá, inglés salpicado de yidis. Atomizado por la potencia de la matriarca, diluido en Olivia. El recuerdo inocente, una quimera. Mírame, mamá. La siguiente letra, la «O». Alerta de la matriz, perfecta. El matemático arruga la frente. El núcleo de la «O», sempiterno y solitario, peligra, el intruso podría inmiscuirse y colonizar el ADN, rompiendo la soledad.

La de Olivia.

La comitiva almuerza en el edificio de las oficinas centrales. Ella está sentada al otro extremo de la mesa, lejos de él. En su cuaderno, con un bolígrafo de tinta azul anota «Borges». Los ojos de Mauricio siguen ahí, dos estampas. Duda. Duda seriamente de si podrá tragar un solo trozo de pan. Lo desmigaja. *Charlie, ¡nunca me contaste que comían así la palta!* Escarba el exceso de mayonesa y prueba el atún. Siente el acecho, siente el calor, pero no comprende lo que le está sucediendo. Sentir y entender son verbos alojados en distintas secciones de la «O». Requieren de una potencia particular para la solución del enigma. El corazón siente y la razón, lejos, revolotea

haciendo el balance. Deberá sortear vallas y guijarros si quiere armar un hogar en esta caja de cristal. Olivia continúa escarbando el atún, le recuerda el estómago de una ballena. Sirven el segundo plato, pollo asado con arroz. Mauricio está aquí, donde Olivia. Ella ve por primera vez los lagrimales rasgados de él, dos gotas de azafrán.

¿Te gusta? A mí me encanta. Mauricio señala el marrasquino, que parece el escudo de un ejército vencedor. Le habla mirándola directo. Ni se te ocurra decir que esto es una macedonia, aquí le decimos *tutti fruti*. Él toma el marrasquino directo del plato de Olivia y lo come de una. Mauricio es consultor minero, viene por lo menos tres veces al mes a Chuquicamata y sus clientes son japoneses, canadienses, gringos como tú. En unos días, Mauricio le contará de su vida, la otra, en Canadá, donde vivió más de una década.

Ella quiere tirarse por la ventana.

¿Cuán largas pueden ser un par de horas en la vida de una mujer?

Es una gran primera vez.

Un horror espantoso está alojándose en su lengua. Se muerde el labio, intenta detener la sangre. Cómo combinar mi *aleph-bet*. ¿Cuáles vocales necesito para explorar Levante? Con la gracia propia de un seductor, enciende un cigarrillo. Olivia quiere no mirarlo, pero los ojos son desobedientes. Duda. Ella cuenta las arrugas alrededor del lagrimal. Esa tarde visitarán el pueblo minero. La brisa deposita una fina capa de arenilla en el ripio. Mauricio compra un paquete de obleas en El Carloncho y le pregunta si ella ha ido a San Pedro, no, no he ido, es muy peligroso, y le da un mordisco mínimo a su oblea, cruje y le raspa la herida del labio. ¿Peligroso? Nada que ver, allí las estrellas son lo mejor del mundo. ¿Y qué con eso? Solo son estrellas. Su voz no esconde duda alguna. ¿Vamos mañana?

Ella dice no.

Las uñas, perfectas. La manicurista la invita a esperar hasta que el esmalte esté seco. Olivia acata como una novicia ante la orden de su superiora.

El bus va enlenteciéndose como un autito de juguete. ¿Reiss, te imaginaste que una de tus Schtern saldría con un *goy*? Su cabeza está apoyada en la ventana y los labios carnosos repiten la promesa de antaño: sola de aquí a la eternidad.

Duda.

Tierra reseca y tierra madre, con florecitas por ahí, arrieros por allá, prisionera del calor y de noches frías. La tableta de jabón casi se deshace cuando limpia la mugre. El cabello lo tiene tieso, el vapor inunda el baño. Todo le arde, nunca había estado así de sucia. Solo la noche de la debacle. El agua cae como un bello poema veneciano.

¡Cambia el pasaje!

Duda.

En la cena, él la esquiva. Ella lo busca y ella le dirá: Volveremos a primera hora del jueves.

En el borde de la «O», la filtración está ensanchándose. De pronto, como si oyera a un predicador alertando sobre el Leviatán, comprende. La primera noche de mi vida. Bajo el chorro de agua, dos mujeres luchan. Rivka está sobre el dragón, sobre el ala izquierda de un suave tornasol, apenas mantiene el equilibrio, y Olivia, encaramada en las escamas de la bestia, la cercena con un machete. Un ala triangular cae al pantano. Rivka está meciéndose como si los brazos de Tzipora la estuvieran conteniendo. Olivia escupe su transpiración sobre Rivka y ella, Rivka, resbala perdiéndose en la hondura del pozo.

Cae.

La epopeya de Olivia y Mauricio está estructurada en capítulos cortos y otros más extensos, típicos de una antiquísima hazaña. Olivia mira el Casio cada cinco minutos, en menos de cuatro horas comenzará el próximo capítulo.

No recuerda ningún local de manicure en Williamsburg, solo a su padre empuñando el cuchillo de matarife. Manos de madre, diáfanas y pulcras, pero hoy ese recuerdo levita dentro de una catacumba, protegida por un muro de piedra y cubierta por el sedimento del tiempo laborioso. Alza las uñas. Mamá, ¿te gustan? La ve de día y de noche, cuando está poniéndole el hilo a la Singer, dándole desayuno a Shira y a Leah, planchando las camisas pulcras de Yaakov, deshilachadas por el uso.

En este capítulo, Olivia y Mauricio caminan por las callecitas de un pueblo nortino como sendos personajes de una epopeya. Es un pueblo luminoso, un paraíso verde en el desierto. Thomas, no volveré mañana, tengo algo aquí en el norte, un imprevisto, el jueves en la mañana estaré allá. Tendrás que ir solito a tus últimas visitas a terreno.

Una vieja casi salida de un edicto papal sostiene una espuerta con damascos. Invita a Olivia a su hogar con un gesto, no habla español. Así, con el respeto de una forastera, Olivia ingresa a la pequeña vivienda de adobe con techo de coirón. Un viejo dormita en una cama a medio hacer y un escuadrón de moscas revolotea sobre su cabeza mínima. Olivia hilvana. La mano vieja y la mano joven mueven unidas la peineta entre la lana de tinte turquesa y rubí.

La travesía luminosa de los futuros amantes continúa en otro pueblo, uno distinto, más grande y robusto. Ella solo es capaz de palpar el sol y el hambre. Y los ojos de él, idénticos a los de un koala arrimado a un enorme tronco.

En este pequeño restaurante solo hay una fotografía de dos arrieros, seguramente un padre con su hijo, cuidando las cabras. Al fondo, una cortina de cuentas rojas. Olivia juega con ellas y al regresar del baño divisa a una mujer de caderas anchas y pelo cano conversando con Mauricio. Duda. Es Alicia, la dueña del restaurante.

Un manojo de llaves cuelga de la pretina de su falda tricolor. Saluda a Olivia con un buen beso y ella, tan ajena a esta costumbre, intenta enmascarar su desconcierto. Alicia sirve el pisco sour y algunos platillos pequeños, le habla de las sopaipillas y el pebre, qué me iba a imaginar que los tomates eran de la huerta de la vecina. ¿Sabe cómo lo preparo? En un mortero. ¿Lo ocupan allá, los gringos? Le voy a dar un secreto, primero tiene que pasar la cebolla por el agua caliente para suavizarla, ahí viene lo del perejil. Alicia hace una pausa, tiene que descansar luego de su perorata, como si hubiera entonado el estribillo de una canción atacameña. Agarra el mortero y lo revuelve, el aroma del perejil fresco es idéntico al amanecer en ellos. Alicia le extiende la mezcla. Las mejillas eternamente inmaculadas de Olivia están púrpuras. Mauricio va en la mitad de su copa. Me desafías con el catalejo de la ternura, con un Vamos, Schtern, termínatelo de una vez, muéstrame que sí puedes.

Una sonrisa tímida amanece en su labio sin heridas. Hoy le permite un descanso. Cada fibra, cada poro está conectado a este momento. Ella gira un poco más su cuello, juega con la trenza, es una pregunta primeriza y sus dedos torpes tropiezan con los de él. La pulsión a la que tanto había temido es un terremoto, la conduce al cosmos de un mar recién descubierto, donde recupera el calor que su fuego negro aniquiló. Con sus nervios inaugurales, sigue con la trenza, con la oreja. Los pómulos acalorados casi la inflaman, ignora dónde camuflar las manos.

Alicia rellena la copa.

Los dedos de Olivia, acostumbrados a armar y desarmar la trenza, la van soltando, rica en brillo, cubre su espalda. Él le pide, eso cree, el pelo suelto. Ven conmigo, cree escuchar también. Y él saca un cigarrillo, busca los fósforos, ella quiere encendérselo, pero no puede. Él lo hace, guiñándole un ojo y un cigarrillo rueda hasta ella. Huele el tabaco, le cuenta que lo dejó hace años. ¿Me crees que casi incendié mi departamento? Me estaba dando un baño de tina con el cigarrillo prendido, ya está arrepentida por la confesión.

Incendio.

Está segura.

Es la primera vez que pronuncia *esa* palabra desde entonces. Ha vuelto a ella, al mundo de Rivka. Fuego. Negro, con tus llamas de memoria. Mauricio le regala un fulgor sobrenatural, de ternura, sin las chispas, solo con ilusión. Solo un hoy. Alicia mueve las caderas anchas con la gracia de una mujer cómoda en su cuerpo robusto, trae un plato con un dulce, le dice algo, como *chumbeque*, cree, no entiende, acepta

como aceptó el pebre y entierra el tenedor en el pastel. La dulzura del manjar y la textura densa de la fruta nortina crean un nuevo sabor. Te pregunto si eres chilenísimo.

Como los porotos. ¿Porotos? No entiendo. ¿Los frijoles y los porotos no son lo mismo? Olivia, hablo del poroto típico de aquí, tierno.

Un silencio distinto aflora.

Olivia coge la botella y sirve lo que queda de vino, él le sigue hablando, él pronuncia *Stern*, te corrijo, *Schtern*, sí, judía, como los porotos. ¿Y tú, Mauricio? No hace la pregunta. ¿Romperé la cadena de siglos y siglos? Olivia contiene el aliento. Mira a la izquierda y a la derecha, intenta no mirarlo. Él por fin enciende el cigarrillo y bebe el último sorbo. ¿Alguien en el horizonte?, cómo te respondo, Mauricio, mi ceniza es el horizonte. Él estira la espalda como si hubiera estado encogido por horas. ¿No me vas a preguntar si estoy casado?, él la mira sin parpadear. ¿Casado? Y me cuentas que estás demasiado soltero, una hija, y yo, qué te respondo. El rostro de ella está cubierto por el humo, él intenta ahuyentarlo. Alicia le da la boleta a Mauricio y Olivia casi salta del espanto. Estás en Chile, gringa, dice él, echándole hacia atrás el cabello con la delicadeza de un conejo. Sí sé que estoy en Chile, pero jamás he dejado de pagar mi cuenta, te la debo, la próxima vez yo pagaré. Acostúmbrate, hasta el momento, aquí el hombre paga,
it's my treat.

Seguirán conociéndose en este pueblo de claroscuros. A esta hora hay más luz y menos oscuridad, el sol, cual gitano olisqueando a su familia, vuela hacia la cumbre. Ella agradece la brisa y él la toma de la mano, ella lo permite; la ridiculez la acorrala. Las casas, de un piso y continuas, son las murallas de una diminuta aldea. Unos alemanes caminan en dirección contraria. A esta hora de calor los pueblerinos duermen la siesta y en la plaza principal los algarrobos son el legado del emperador, otorgan un aro al agobio del calor pueblerino. La Canon cuelga en su cuello. Mauricio señala una pequeña parroquia, y otra vez le toma la mano, ella esta vez no opone resistencia. Están dentro de la nave de la iglesia, oscura como la boca del lobo que por fin va a saborear a la niña más preciosa. Una pueblerina que lleva el pelo cubierto con una manta de macramé levanta el mentón, no le quita la mirada. Le recuerda la Virgen colorida de Paula, con sandalias doradas y un bebé diminuto en sus brazos.

Escapa de esa nave.

Olivia ha vuelto a Rivka. Escapa del ciervo y escapa del lobo. En la

plaza, coteja la circunferencia perfecta de la «O». Una nube deambula como si un cóndor la estuviera olisqueando, camina con el cansancio propio de la tradición de los siglos y los siglos. Se acomoda en una banca destartalada al otro extremo de la plaza y una jauría la persigue, el perro más pequeño ladra con fiereza. ¡Váyanse, asquerosos!, grita como si allí estuviera explotando un buque petrolero. Cuánto quiere arrancar, salir de aquí, de esta iglesia y de este pueblo infame, de este hombre con nombre, me está hundiendo en la traición. Un gato estira el lomo. Maúlla. *Ándate tú también, gato sucio. No quiero nada contigo*. Un borracho canta algo indescifrable, trae una botella de cerveza casi vacía y su paso deja una estela de aire saturado por el alcohol. El cura la saluda con un gesto de cabeza. La sotana café, los ojos de la Virgen y el crucifijo son los temblores de los algarrobos.

Si hubiera conocido antes el amor, sabría que está experimentando la inseguridad característica de los que lo inauguran. Ante ella cuelgan tres pantalones y dos vestidos. La ropa que ocupó en Calama sigue en el canasto de la lavandería. Fantasea con un vestido *strapless*, como la actriz irlandesa que conoció donde los O'Connor. Sus hombros perfectos robaron la mirada de algunos y ella, la actriz, consciente de tal hazaña, prefirió cubrirlos con una mantilla española.

Duda. La vendedora de la tienda insiste en que el vestido más ceñido, uno que marca su cintura, es el que debe comprar, pero la ex-Rivka no es capaz de tanta audacia. Casi fui la diva. Intenta un *brushing*. Duda. El barómetro en sus venas la acerca a las estrellas nortinas. Dobla el torso hasta las piernas, frágiles, dignas de un papel seda japonés, las abraza y su pelo cae como un racimo de uva que ha germinado dentro de ese barril. Uno que ha ido cincelando desde que decidió convertirse en Olivia. Allí, las muertas y el padre la esperan, acarician con sus brazos esas paredes de madera podrida.

Las uñas le parecen prestadas. Otra mujer. Otra joven. Otra. Empuña las manos y después las extiende. Sus labios de Olivia esbozan una «O»y la *ere*, la *reish*, última letra pendiente de la palabra *AMOR*, escrita en una baldosa sin gracia ni historia. Resolverá su enigma con la última letra, la *reish*, *ere* y, con ello, la conciencia de la hecatombe florecerá.

Y ve. Al *goy*. Y ve sus ojos de hombre maduro. Y ve las manchas en la cara.

Las diez yemas succionan la *reish*, la de Rivka. El azulejo está frío. Con la caligrafía característica de una joven de Williamsburg impregnada por la fe, el matrimonio y tantos hijos como las estrellas, va escribiendo sobre el azulejo las posibles combinaciones: *amor, amo, roma, oma, mora, mao, ramo, orma.* En cada cuadrado de la cerámica, las letras redondas de Williamsburg van componiéndose. El lápiz cae al suelo. Los ojos suben y bajan, recorren de izquierda a derecha, de derecha a izquierda y en cualquier sentido posible.

Amo y amor.

Papá, tiraste tu *reish* a la acequia, no me hablas, no me buscas, no eres. No somos. Con un algodón empapado en limpiavidrios va borrando las letras y palabras. La estela del misterio de los siglos la marea. El reloj avanza precipitadamente. El sol está lejos. Olivia observa su transformación. Pocos podrían afirmar que es la misma que hace unos meses comenzó a vivir en Chile. O en Riverside. O en Penn Street. Enciende la lámpara y el cielo saturado de estrellas murmura. Recupera la energía del beso, de un él y un yo, fusionándose en una *aleph*. Qué inicio podría haber sido. Huele en ella el tabaco. Sin esfuerzo físico, pero uno tremendo de su corazón, sigue esperando al primer hombre. Las manos preciosas revuelven el pelo, arman con destreza un tomado casual y con la yema de los dedos distribuye la base de maquillaje, va coloreando sus párpados con la sombra terracota, las pestañas crecen con el rímel, pinta el rostro y no la cerámica. Ya no es la inexperta de antaño. Nada de drama ni de locura. Es la *reish*.

Aquí, en este pequeño departamento santiaguino, apenas hay

estrellas. Tampoco la inmensidad del desierto cuando él le preguntó ¿en qué piensas? Un centavo por tus pensamientos. Ella solo podía oler la cadencia de la *ere* en la cima del Valle de la Luna. Cielo carbonizado con estrellas lúcidas. Mira hacia adentro, así cazarás la forma. Las estrellas caen, están vivas. Él toma su mano y dibuja un guerrero. Estoy lista, sigue. Las pupilas de Olivia han crecido, son su satélite.

Quiero siete estrellas. Dámelas.

Él le pone los anteojos largavista y la lleva hacia el punto.

Allí están. Siete.

Ella sin voz.

Él fuma envuelto en sus estrellas.

Rachel. Yehudith. Esther. Deborah. Leah. Shira. Tzipora. ¿Son mías? *¿Para siempre?*

¿Qué miras, papá?

Tu ojo verde memorioso. Quiero detener el tiempo, pensar en cómo pensar los sedimentos de vida. De mi vida. El derrame de la vigilia me conduce a un mundo ignoto, allí las voces cenicientas están arrimadas al enigma, cobijándose en mi pulmón. En mi cuello. En mis arterias. En mi «O».

¿Cuándo estarán muertas mis muertas?

Los movimientos extremadamente suaves, hasta exagerados, son el testimonio de su inexperiencia. Y la novedad. O la ansiedad. Y el deseo. Ella lo niega y ante el espejo lo negará por mucho tiempo. Sus labios delineados con el rojo primordial. Otra primera vez. En la farmacia creyó ser una ladrona cometiendo una felonía menor, pero felonía mal que mal. ¿Cómo elegir el tono perfecto? ¿Cómo saberlo cuando solo has ocupado un brillo de un rosa incorpóreo? Compra dos lápices labiales para esa noche, la primera de su vida como Olivia, uno cercano al vino tinto y otro de una revolucionaria francesa en La Bastilla. El rostro de mujer nueva ante el espejo. Presiona los labios. No tiene heridas. Hace poco leyó, ¿dónde?, «para que el carmín dure más tiempo la clave es hidratarlos».

La mano tiembla. Levemente. El pelo suelto. Castaño claro, como la miel de un panal fresco. Algo más oscuro que las hojas del liquidámbar previas al otoño. Los labios heridos, tan estropeados por los mordiscos, tan desprovistos de amor. Pinta la mitad izquierda con el oscuro y la otra con el francés. Frunce el ceño. A la suerte, mejor. Y lanza al aire los dos tubos y el debutante será el que caiga dentro del vanitorio. Pronto, los labios de Olivia serán los de una revolucionaria, lejos de San Pedro y de Williamsburg. Han esperado veintiocho años. Cierra los ojos como si fueran las cortinas de un teatro en Broadway. ¿Pintar sin ver? ¿Qué sentirá un ciego ante un espejo? Baja la mirada verde y observa paulatina. El rostro ovalado. La piel luminosa. La nariz sin caer en lo grosero. Forma de almendra. La frente ancha. El lunar sobre su labio. Mis labios. Desatados. De un rojo primario. De uno que jamás tuvo nombre ni domicilio. Es el rojo de la vida. Y de la muerte. Quiere más y quiere menos, menos ceniza con olor a caldo de carbón, de padre y de madre y de ayer y soledad. Más Mauricio.

Hoy es el primer autorretrato.

Vendrán otros, pero lo ignora. Está recostada en la alfombra, algo menos sucia que la del hotel nortino, solo tiene dos manchas de cigarrillo. Alza la Canon a la altura de la frente y desde un ángulo inusual, casi prohibido para una principiante, enfoca su comisura derecha.

Clic.

Estas fotografías y las próximas que vendrán de la serie *Autorretrato anónimo* no las revelará donde Álvaro. Ríe. Salvaje y libre. El pelo aún más desordenado, las piernas, una flecha apuntando el pecho de un faisán salvaje. *¿Cambios cosméticos? Juez Gordon: equivocado*, perdió un escalafón. Soy Olivia Schtern. Inclina la cabeza; la pollera negra de cuero argentino está sobre su cama. La cronología más azarosa de Olivia está pronta a debutar con un él y con un ella. El Valle de la Luna es el nuevo núcleo de la «O».

Son las ocho de la noche y el lila, dueño del ocaso.

Ella es más que elegancia, es la belleza de la diva. Incluso en este departamento ajado y sin dueño, ella sabe que luce extraordinaria. Abre y cierra la pequeña cartera que ocupó una vez en Nueva York. La billetera. El labial. Las llaves. Una tira de paracetamol. Un chal de lino color té en el regazo. El citófono suena exactamente a las ocho. Él viste una blusa beige y unos pantalones de un tono más claro que la chaqueta. No fuma. En una milésima de segundo, ambos se rastrean. Dos perros olisqueándose. Ella camina con soltura impuesta, cumpliendo el rol de dama citadina. Eso cree. Él le da un beso en la mejilla y no dice palabra alguna. Entonces, él y ella avanzan por la calle Luz como si el silencio fuera el protagonista de un Bergman. Olivia camina inusualmente lento, da pequeños pasos. Tacón y pollera ceñida, dos ingredientes difíciles de congeniar para una diva que jamás ha tenido una cita. Los ciruelos meciéndose al ritmo de una súbita ráfaga de viento. Lo que hace un par de horas fue una brisa primaveral, ahora es tempestad. Él le abre la puerta del auto, todavía ninguno habla, ni siquiera cuando están listos para partir. En el asiento trasero hay varios libros y otra chaqueta. Huele a cigarrillo y a su colonia de pino. Enciende el motor. No cruzan palabra, ni siquiera en el restaurante. Aprieta la carterita como si fuera el brazo de Deborah.

Pareciera que no existe otro lugar para cenar en la ciudad. La decoración de toques ingleses en nada delata su ubicación al sur del mundo. Dos mujeres elevan la cabeza y la catan como si fuera una modelo de pasarela. Duda. Ella percibe este fuego que quema su blusa, casi la desviste con la mirada de hombre de espalda robusta. Él sigue mudo. Los acomodan en la barra y luego, en su mesa, estudian el menú como si fuera un tratado de derecho tributario. La champaña explota en el paladar. Beben el silencio. Extenuante. Dime que me veo sensacional. Él fuma el primer cigarrillo de la noche, aspira unos segundos el humo, que lanza al techo. Ella lo imagina joven, con sus

cabellos oscuros como los de un toro salvaje, campea atento y con el mismo cigarrillo en su mano derecha. Apoya la copa en la oreja, la picazón es insoportable, quiere no pensar en el desenlace de la noche, en la piel de él liada a la de ella. Bebe un poco más. Aterrada. Es la palabra que mejor la define. *¿Si le digo? ¿Le explico que yo…?* Mueve su cabeza, niega. Él no dice nada, ningún vocablo conocido o por conocer. ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto? Ella intenta una vez más, con una sonrisa enorme y falsa. Si ella supiera lo que él está pensando se quedaría abismada: por primera vez él ignora cómo continuar con una mujer.

Mauricio ordena por los dos.

Te aburres, es un error estar aquí conmigo. Prefieres a esa, la de la esquina, más hippie. O la intelectualoide de los O'Connor, ¿cómo se llamaba? Te gustan las que hablan de cultura. Tan serio, casi tímido. El mesero trae dos platos y ella frunce por segunda vez el ceño al modo de Tzipora. Ella descruza las piernas largas. Un *¡hurra!* la arranca del desierto. Unas amigas alzan la copa. Él fuma y fuma. Hombre, qué te pasa. ¡Di algo, Mauricio!, ¡estoy aquí! Ella juega con la cartera, intenta hundir el desalojo. De ella. Y de él. *¿Ya me descubriste, Pardo? ¿Sabes que tu nueva conquista es una estafa?* Una buena judía de Williamsburg. Los pensamientos, sublevados, rastrean el ayer sobre un pavimento de musgo. Bebe champaña, simula la prestancia del primer mundo.

Traga saliva.

Extiende el cuello de la que fue baronesa y hoy será estrella. Apoya los codos sobre la mesa y luego los puños en la barbilla. Busca la carterita. Es incapaz de soportar la distancia entre él y ella, el silencio impertinente dentro del bullicio del restaurante.

Y, sin preámbulo, ella escapa.

Pero él le sujeta la muñeca. Ella cede. La mano de él sobre su brazo. La mano grande, segura. Ella cata el infinito y vuelve a la silla. Él la escruta y come lo que sea que esté comiendo. Ella bebe. En el borde de la copa queda estampada la revolución. Silencio isleño. Él deja el tenedor y el cuchillo en el plato, unta el pan con mantequilla. Ella acepta. Él llama al camarero y le pide una botella de merlot. Ella mordisquea. Ella inclina la copa de champán. Las burbujas chispeantes hacen volteretas dentro de su paladar. Distancia eterna. Enorme como el amor que germinó en una noche desértica. Hoy amenazado por un huracán. Ella recuerda una palabra nueva que aprendió esta mañana: *anisopétalo*. Le gustaría ocuparla, pero nada calza con él y los pétalos de tamaño desigual.

Una cantante al centro de la pista, el vestido no soportaría un gramo extra de grasa. *Every breath you take, every move you make.* Debo irme de este castillo antes de las doce. ¿Esa de allá gusta? Él va marcando el ritmo con la punta del zapato. ¿Qué haces? Si tú crees que yo voy a bailar. Ella, rígida. Arrastra los tacos. Él la coge por la espalda y ella apoya el mentón en su hombro. Aroma de resina. *Every step you take, l will be watching you.* Los amantes danzan. Con una brújula de platino van calibrando el norte de un nosotros. Ella devora el postre de chocolate como si finalmente toda el hambre que no ha tenido en estos años hubiera brotado. De un golpe.

Esta vez ella no intenta pagar la cuenta.

En el auto ninguno habla. Él dobla en una pequeña calle. Aguacero de una pasión arcana. Él le abre la puerta del auto. Ella solo mira el infinito. Intenta no pensar. Los ladridos de un perro le recuerdan un concierto a maltraer. Caminan hacia la casa de estilo mediterráneo, sesentero. A ella eso le gusta, que él viva en una casa y huela tan a él, tan a árbol y a tabaco. Solo hay una luz encendida, la de la entrada. Él la conduce al living y pone un disco de Joe Cocker. *You are so beautiful*. El corazón de ella arranca en una carroza debutante. Él la rodea con soltura. Ella siente los labios de él y una corriente de Thalassus la sitia. ¿Y si me atreviera a dejar abiertos los ojos solo para no olvidarte? Es un vaivén de sombras jaspeadas de un yo. Él la observa. Ella lo observa. Van a descubrir juntos el trazado de la carretera. Cómo llegan al dormitorio, ella intentará recordarlo mil y hasta un millón de veces en los meses venideros. Imposible. Lo sigue con la gracia de una Deméter. Cómo sobreviví tantos años, casi llega a pensar.

Pero.

El ring del teléfono los congela. Mauricio extiende la mano como si fuera a tirar lejos el aparato.

Voy, contesta con voz ronca.

Ella pregunta qué sucede, él no quiere hablar, no quiere contarle sobre su hija enferma en Canadá. Olivia, con una desnudez que jamás ha conocido, toma su ropa y corre al baño de visitas. La conciencia ha vuelto. Le cuesta volver a vestirse con aquella falda y su maquillaje le parece el de una pitonisa en decadencia.

Mauricio fuma apoyado en la pared. Ella no recordará mucho, ni el balbuceo de él ni las explicaciones. La mirada distante ha vuelto. La carterita le parece una bobada. Un frío enorme que no había experimentado, incluso cuando era solamente Rivka, la paraliza. Él quiere explicarle, contarle. Se le aproxima con más cuidado y temple

que nunca, pero Olivia alza la mano y lo separa rápido. Impone la distancia máxima.

Ahora, la mirada sin brillo ni chispas es la de ella.

Día 1: Hoy me llamarás.

Día 2: ¿Qué pasa?

Día 8: ¿Por qué no me llamas?

Día 12: El teléfono sí funciona.

Día 14: Olivia, ¡olvídalo!

Día 17: Lo pondré abajo de la cama, así no veré el maldito teléfono.

Día 21: ¿Estás muerto?

Día 22: Me mentiste.

Día 25: ¡Perdiste mi número!

Día 27: Voy a botarlo.

Día 29: Papá, ¿tú sí me vas a llamar?

Los veranos de Olivia y de Rivka, húmedos y lluviosos. No como los de Santiago, sin brisa, sol directo. Cualquier gesto, por muy nimio que sea, como la sonrisa de un vendedor ambulante o el graznido de la bandurria, la conduce a él. A Mauricio Pardo. A este hombre que la ha liado a su epopeya. Ella amanece con las cejas de una ex-Rivka. ¿Dónde te fuiste, Mauricio, Mauricio Pardo? Me has enganchado como a una tonta.

Escribe en su diccionario personal.

¿Te gustan los filmes de Hollywood o esas europeas que a veces dan sueño? Yo, acción.

¿Cuál es tu helado preferido? El mío, frambuesa.

¿Eres alérgico a algo? Yo, nada.

¿Cuál es el nombre de tu hija? Yo no seré madre.

¿Cuánto tiempo estuviste casado? Yo, nunca.

¿Por qué regresaste a Chile? Yo me vine aquí arrancando de la ceniza y de mi padre, que me ha tenido cautiva tantos años.

¿Cuál es tu signo? Yo, Escorpión.

¿Tienes más hermanos? Yo, hermanas.

¿Eres mañanero? Yo, sí.

¿Haces deporte? Yo practico *jogging*. Quizá algún día me atreva a correr una maratón.

¿Cuál es tu comida preferida? La mía, berenjenas asadas como las hacía mi mamá. Nunca aprendí la receta.

¿Te gustan los postres? Yo soy más salada.

¿Tienes una mascota? Yo, a George, lo dejé con mi amiga, Dora, ya te contaré.

¿Cuál es tu chiste preferido? Soy pésima para los chistes, pero me encantó ese que me contaste en el norte, ¿me lo repites?

¿Eres judío?

Olvidarte.

Eso sería lo mejor.

Tus pulsaciones las hundiría en el *Índigo*. El aroma de tu tabaco, mi olfato. Te sumas al silencio. Al de mi padre. Al de las voces.

En la radio anuncian temperaturas récord para diciembre y ella prepara una limonada tal como aprendió en Pirque. Está embalando lo que debe enviar a Nueva York. En unas semanas regresará. Lee un reportaje gráfico sobre los extranjeros que están trabajando en el país. «Olivia Schtern, oriunda de Williamsburg, hoy vive en Manhattan junto a George, su terrier». Ella no sonríe, día veinte. Desliza el anular contabilizando los días que restan para regresar a Nueva York. Su agenda abierta.

Diciembre.

Mauricio habita en sus horas matinales y en sus horas nocturnas. Cuando cepilla sus dientes y cuando muerde sus labios, esos que una noche fueron los de una revolucionaria en La Bastilla. Ya no le interesa maquillarse ni tampoco ha vuelto a esmaltar sus uñas. Menos ha comprado ropa.

Observa a los otros.

A los de la micro y, a veces, a los pasajeros de un taxi colectivo, poseedores de una felicidad que ella ha extraviado. En el paradero divisa a una pareja, ella es bastante delgada, joven como mis muertas y él, en cambio, es muy alto y su estómago es más prominente que el de Wenceslao, que le sonríe cada mañana.

Clic.

Al día siguiente, en este mismo paradero, estudia los movimientos de otra pareja. La mujer apenas puede con las bolsas, él lee el diario y ella teje.

Clic.

Cuánto quisiera contarles que está buscando a su amor. Rara. Así se siente. Incómoda ante las ocurrencias y sensaciones noveles. Gira la cabeza y un leve brillo germina en sus pupilas verdosas cuando lo ve abriendo, la puerta del auto, adelante, mi gringa, y le guiñó el ojo. Olivia lo busca con las pestañas y las orejas. Quisiera encontrarlo arriba de la repisa y bajo la raíz de un laurel, en los micreros y donde el Juan cuando va a comprar el diario. Lanza una moneda de diez pesos. Llámame. Solo una vez. Pero los días van sumándose y las noches también. En el supermercado, como una Beatriz a la espera de su Dante, lo busca incluso dentro del pollo. Corre, pero no es él. *¿Dónde estás, Mauricio Pardo?* Serás una fotografía más en mi archivo. Le duele la garganta cuando saborea esa felicidad. Una secretaria come un barquillo relleno con guindas, está sonrosada, puede ser por los treinta y tres grados de calor y puede ser por la pasión.

Debería volver con ustedes a su barril, anidarme a sus voces. ¿Hashem, me lo permites? Mira la contestadora, el botón no parpadea. Sigue igual que ayer. Antes de ayer. Antes de anteayer. Día uno, día dos, día veintiuno, día veintiocho. Lanza las sandalias y masca un

durazno, mancha su pollera. En la mesa-escritorio las fotografías del norte siguen desperdigadas como un testamento nefasto. Tararea la canción de esa noche. Agrega dos hielos al agua. Cae. El vaso. Con el escobillón barre los trocitos salpicados en la baldosa y un hilo de sangre asoma por su muñeca, y al verla una mueca de espanto congela el calor que había estaba pegado en su nuca. Te esfumaste como el vapor de las calles de Manhattan, como si nunca hubieras existido. ¿Te inventé?

Escucha el timbre.

Nadie.

Más golpes en la puerta. ¡Olivia, soy yo!, insiste la voz estentórea.

Empuña las manos. Le va a pegar.

Nadie.

Mauricio, un hombre al que quiso amar más.

Eres al único que quiero.

Y a ti, papá. *¿Me vienes a buscar?*

Una ducha fría.

Y el ruido de los autos corriendo por Santiago, a donde sea que corran, le va ensanchando el vacío en el paladar. ¿Tienes a otra?, ¿volviste con tu señora? El camisón lo tiene empapado con el agua que escurre de su pelo y los dientes de la peineta se entrampan. Una abeja de alas jaspeadas revolotea y ella toma aire, infla sus cachetes y expira hasta ahuyentarla. Ágil y vaporosa, continúa el peregrinaje hacia el crepúsculo violeta.

Elige la mejor foto que tomó de Mauricio, una de perfil, cuando él conversaba con un amigo norteño, masca pasto. Olivia, tan lejos de Rivka, tan lejos de la revolucionaria en La Bastilla, apoya en ese retrato la punta del carmín francés y colorea la nariz de él. Sobre las pupilas de Mauricio pinta dos círculos de un rojo más rojo que el dolor y menos rojo que la felicidad. Ordena su pelo tal cual aprendió con Rachel, dividiéndolo en tres. Las otras fotografías tapizan la alfombra; son el vestigio de una oda inconclusa. Apoya la espalda sobre la mesa-escritorio y muerde el labial como si fuera un cigarrillo rojo, el sabor dulce amargo la conecta con Rivka cuando pintó por primera vez sus labios, aún solo Rivka. Oh, Rivka.

Autorretrato 2.

Enfoca su boca herida mordiendo el labial, las piernas de Olivia caen abiertas y una brisa le crispa la piel.

Clic.

Tus manos enormes, el mejor antídoto contra mi soledad. *¿Esto es el amor? You are so beatifull.* Se viste con la falda de cuero y la blusa de la primera cita, sin el brasier. Desabrocha el primer botón. Lo hace en este minuto o quizá en el próximo segundo o seguramente cuando el sol esté despertando en Levante y las estrellas cubran el norte. Mueve las caderas, gira como un monje tibetano en busca del nirvana. Un silencio inexplorado gobierna a la que fue Rivka. Casi tenebroso. La oscuridad es inconmensurable en este pequeño departamento. Con calma, ella va desabrochando la blusa y baja el cierre de la falda.

Cae. Desnuda,

agazapándose

en las sombras de un ayer.

Querrá lanzar la falda y la blusa al fondo de la tierra, donde ha escondido a todos.

A ellas.

Al padre silencioso.

Y a él.

Más desnuda que hace horas, el frío es insondable, digno de un ventisquero. Qué, Mauricio. Qué hacer con los números del pasado y del futuro. Cómo resuelvo el enigma de la «O». Estuve a punto de liberarme de mi ceniza. Pero sin ti, papá. Una sonrisa caprichosa nace en sus labios heridos al sentir las dos fotografías nortinas pegadas en su empeine. Cae. Rendida en el sofá cama desde la cumbre de una montaña, le tiembla la barbilla y el bamboleo alcanza sus hombros, como flores de una peonía. Acaricia su torso desnudo y lo vuelve a cubrir con la delicada blusa. Llena la tina con agua muy fría, agrega unos cubos de hielo y allí la fotografía. Cae. Y la falda de cuero. Cae. Y la blusa. Cae. Al fondo de la bañera. Corta el labial en trozos mínimos, del tamaño de un garbanzo. Cae. Introduce el pie derecho, luego el otro pie. Cae. La bañera es más pequeña que la de Riverside. Poco le importa la temperatura del agua. Como si ella pudiera resistir incluso a eso y quizá el calor, pero cuánto le gustaría fotografiarse hundida en esta agua teñida. Abre la llave de agua caliente. El hielo, deshaciéndose. Tibieza de útero. Sube. Baja. La fotografía. Cosquillas. Las estrías del norte han dejado de brotar, no quedan vestigios de la sonrisa definida de él ni de la quietud de ella. Menos del amor argentino, cobalto, dorado, púrpura.

Suena el teléfono, pero ella no corre a contestar.

A la mañana siguiente es incapaz de sumar dos más dos, así de fuerte es su dolor de cabeza. Paracetamol, duerme a ratos. Al mediodía los nubarrones desequilibrarán la armonía del verano. Lluvia. Pero ¡es diciembre!, gritarán algunos. Los cúmulos están brincando, quién sabe dónde. Lava las sábanas y las toallas, bota la caja de la pizza, también la falda y la blusa. Cae y cae. Un perro la escruta y la barrendera alimenta a unas palomas. En la micro decide ir donde Álvaro. Durante el verano él mantiene abierta la puerta del local, casi entra a saludarlo, pero la serie *Autorretrato Anónimo 1 y 2* la revelará en otro lugar. Ella lo ignora, pero no volverá donde Álvaroni la próxima semana ni nunca. Camina sin el apuro típico de Rivka ni con el ritmo de Olivia. Casi choca con un monopatín.

Está en un bar, más bien una fuente de soda. Ni idea qué quiero, eso, un *schop*. Con las dos manos toma el vaso, sus uñas obviamente

no lucen el esmalte de esa noche, que debía ser de pasión. Al otro extremo de la barra, dos amigos conversan animadamente y ella quiere un cigarrillo, lo señala, lo pide con una sonrisa grande, con gusto, bebe un trago más grande de *schop*. Nunca había probado uno. Juega con el cigarrillo, lo huele y huele. Este aroma es inevitable, es él. Mauricio casi fue nadador profesional, pero se arrepintió en el primer año de universidad, tu espalda enorme como una colchoneta firme.

Están por llegar a San Pedro y Olivia quiere ir al baño, pero le da vergüenza decirle. Él fuma el cuarto cigarrillo del día y cuando lo termina pone un CD con un concierto de Tchaikovski. Olivia aún recuerda las manos de Mauricio flotando en el aire como si él mismo dirigiera la orquesta. Ella apaga la música de una.

Papá, aquí no puedes venir a tocar tu violín.

¿No te gusta la música, Schtern?, inquiere Mauricio con un tono de sorpresa. Ella gira la cabeza hacia el desierto, incapaz de inventar una respuesta.

Enciende la vela del *iortzait*.

¡Punto final! No seguiré en pausa, esperándolos. A ti, papá. A ti, Mauricio. Tan solo con armar esta frase tan modesta para algunos y tan compleja para ella, coquetea con el fin de la épica heroica. Es su nueva determinación, una que va haciendo más robusta a medida que practica *jogging* y corre los kilómetros más livianos de su historia, de Olivia sin Rivka. Sus piernas se han convertido en una máquina de zancadas rítmicas como si golpearan un tambor de nueces. Con una fuerza inédita, va dejando arrinconadas a las voces cenicientas. Bajo un puente que cruza el Mapocho, unos niños preparan una fogata. Quisiera hacerles un clic. Unos metros más allá, un perro hunde el hocico en un tarro de pintura. Otro niño gana un partido de canicas, tiene la bolsa llena, discute sobre una jugada con su contrincante. La camiseta de Olivia está empapada en sudor. En Nueva York seguiré practicando *jogging*, aunque la nieve cubra los ciento dos pisos del Empire State. ¿Y si me inscribo para la maratón? Una sonrisa mágica camina en su rostro. Un plan. ¿Me llamarás hoy, papá? La sonrisa desaparece. Las piernas se le entrampan. Soy tu hijita linda, tu algodón de azúcar, conocí a alguien. ¿*Yid*?, me preguntarías si me hablaras.

El sudor se le congela.

Los pies corren con la fortaleza de una Olivia que necesita ganar kilómetros. El sudor vuelve al sudor. Las gotas iluminan su cuello de baronesa y, con una impronta de felicidad y sueños, llega a su edificio. Unos mellizos están peleando por el triciclo y el cartero los esquiva dichoso porque terminó de repartir la correspondencia, les da un caramelo a los mellizos. Qué pregunta esa, Wenceslao, haz lo que quieras con el cartero, no, señorita Olivia, ese señor la busca, ¿está bien que haya hecho esperar al caballero?

¿A quién?, va a preguntar Olivia. El sudor ahora sí se congela cuando lo ve. Una empleada cincuentona y con rostro agrio analiza la escena, también el cartero y Wenceslao, esta es la mejor teleserie de la semana.

Olivia y Mauricio escrutándose.

Te estaba esperando.

Lo ve tan próximo, tan hoy, tan lleno de piel y huesos. Más delgado, quizá, aunque con sus mismos ojos pícaros. Olivia lo guía hasta el ascensor. Presiona el botón nueve. Caminan hasta el fondo del pasillo oscuro, los dos miran la alfombra. El aroma a tabaco es insoportable para el corazón. Va a abrir. Cae. La llave. Cae. Ambos, él y ella, intentan recogerla rozándose. Ella gira la llave con la conciencia atrofiada. Va a comenzar el próximo capítulo de la epopeya, la reina roja en este juego de ajedrez le saca ventaja. Ella, reina blanca, quedándose sin peones. Abre poco a poco la puerta, recuerda la alegría de George cuando ella regresaba del trabajo. Las ventanas están abiertas y el ruido, insoportable a las siete de la tarde. Ordena los cojines, descorre la cortina con el afán de que circule el aire y la vela del *iortzait* está sobre la mesa-escritorio. A lo lejos, muy a lo lejos, la espalda de Mauricio es otra vez una colchoneta esponjosa. Las manos de ella moviéndose torpes. Llena un vaso con agua y lo bebe por completo. Él la mira. La observa. Bebe el último sorbo. Ella quiere gritarle. Después de todo este mes te plantas aquí y ni siquiera me llamaste antes. Con qué derecho. Justo hoy, mi día, el más difícil. Él sigue al lado de la mesa.

Ándate.

La figura de su madre surge, alta, prístina, inmensa como una esfinge. Hacía tanto que Olivia no la veía con tal nitidez. Le cuesta reconocerla, está vestida con la falda de cachemira de *shabat,* con los dos sencillos zarcillos de perla iluminando el rostro sin maquillaje. Hija mía, cómo te atreves a echar a un invitado, ¿se te olvidó que nosotros los judíos no hacemos eso? Olivia le extiende a Mauricio mecánicamente un vaso con agua. Ninguno habla. La silla es pequeña para un cuerpo de casi atleta. Ella va al baño, quiere someterlo, dilatar el tiempo de sufrimiento. Quiere no mirarse al espejo. Sus mejillas están recuperando la blancura, seca la transpiración con la toalla y la cuelga del gancho. Tira la camiseta al cesto de ropa sucia. Enciende el ventilador al máximo, suena como un camión destartalado. El *aleph-bet* es demasiado breve como para rellenar el vacío entre él y ella. Los minutos silenciosos cuelgan como una lámpara maltrecha. Oscilantes. Él apoya las manos enormes en el respaldo.

Tienes que irte.

Déjame explicarte.

No. Hay un momento para cada cosa. El tuyo ya pasó. Te he dejado atrás, mucho más de lo que tú imaginas.

Ella habla más fuerte.

Te tuve que sacar, te arranqué, dice indicando su pecho.

Él se levanta de pronto, como queriendo detenerla, pero ella va replegándose con los movimientos de una Juana la Loca. Lo está echando como jamás su madre hizo con invitado alguno. Quedan enfrentados a unos centímetros de distancia, ninguno intenta una jugada en el tablero de ajedrez. Ella mueve sus pupilas. Examinando las de él, leyendo el cansancio, el labio libre de heridas hasta un momento. Ella sabe que él también la está leyendo, intentando descifrarla. Las nubes del ocaso explotan ante la vela, iluminan las siluetas amantes.

Entonces, suena el teléfono.

Ring.

Uno. Dos. Tres. Cuatro veces.

La piel de ella, casi cerúlea. Estira el cuello de exbaronesa, casi de exbailarina, solo de Olivia, en un gesto de faisán, como si con ese movimiento pudiera escapar de aquí. Rápida, acerca el dedo índice ordenándole silencio.

Dos ring más.

Ella camina hacia el teléfono. Da la espalda a Mauricio. Coge el auricular como una escopeta de caza. Así, con el aparato en la mano, transcurren los minutos. En Olivia va formándose una joroba de camello perdido en el Sahara. El dedo índice de Olivia, casi Rivka en este momento, tira de una mecha de pelo que hasta hace unos minutos danzaba al ritmo de las zapatillas. Ahora está quieta.

Ella sigue muda, dándole la espalda.

Él escucha las lágrimas. Son granos de la humedad condensada. De la epopeya muda. De las llamadas afónicas como tambores sin dueño. La piel de Olivia se crispa. El frío del mutismo. La reina blanca insiste en el triunfo. Ni siquiera aquí, a miles, miles de kilómetros me he podido liberar de ti, papá. Dora, ¿acaso, no te lo rogué, te imploré que no le dieras mi número de teléfono? Pero él, con sus ojitos tiernos, otra vez te engatusó.

¿Eres tú?

Aire que entra y sale por el teléfono. Ninguna palabra.

¿Dora te dio otra vez mi teléfono? Papá, háblame. Solo quieres escuchar mi voz, ¿eso es? Sigues siendo un animal egoísta, manco de sentimientos. ¡Estoy, estoy viva, papá!

Más aire.

Ella va a colgar. Saborea la lágrima solitaria que escurre sobre su mejilla. Cuelga. Él vuelve a telefonear.

Silencio.

Este mismo diálogo sordo se ha ido repitiendo año a año y hoy lo hace en este departamento mínimo. La voz de Olivia, eso sí, es más firme. En nada denota a una ex-Rivka. Imagina a su padre encerrado en la cabina telefónica. Pero no lo ve. La memoria está de vacaciones y niega su derecho al recuerdo. Eres una foto. Mamá, tampoco te veo, solo tus manos sosteniendo *Buenas noches, luna*, y a Leah y a Shira observándote. ¿Cómo sonaba tu voz? Las siluetas de las muertas son transparentes. Olivia, y no Rivka, contempla el cénit.

El silencio grita por el auricular.

Cuelga.

El sol está lejos, en el Levante. Y aquí, en este pequeño departamento, los amantes no escuchan las bocinas, solo sus corazones.

Olivia dándole la espalda.

Ándate, no quiero verte más.

Pero él no se mueve.

¿Quién te llamó?

Eso no te incumbe, no sabes absolutamente nada de mí y te tengo una noticia, don señor encantador de serpientes: te quedarás sin saber. Que me calme, calma he tenido toda mi vida, no quiero calmarme. Indica el teléfono con un gesto. Mejor respóndeme. ¿Dónde estuviste este mes?

Él camina hacia ella, lento, muy lento. Ella contempla lo que fue el horizonte. Las luces de la ciudad titilan, son las huellas de un cocodrilo. Mauricio, cuánto me gustaría que me ayudes a solucionar el enigma de mi *aleph-bet*. Mi madre me habla en sueños, estrellas del norte. Las manos de él. Va a chocar con el ventanal, es su último intento de huida. Los labios de él en el cuello, en los codos, en sus cicatrices. Olvida su miedo, su desilusión, su soledad. Su otro yo. La mirada verde y la avellana están inventando una nueva «O». Es la primera avalancha, esa que algunos tildan de pasión. Olivia y Rivka fusionándose. El corazón de la reina blanca palpita. Olivia hundida en él. No quiere ver, solo sentir. Los días de su vida, la cartografía de una joven que hoy está ante el primer hombre. Casi no respira. Es mejor. Es más bello. Más intenso de lo que supuso. Una pulsión que duele. Él la mira. Ella sabe que él la encuentra la más hermosa. Ella jamás imaginó que escribiría la *reish* de la palabra amor. Por fin el matemático ha descubierto la solución al eterno problema de la soledad.

Canadá. Allá estuve todo este tiempo, por mi hija Claudia. Y le cuenta. Mauricio le cuenta de Claudia y de su enfermedad, de los años

que su hija lleva encerrada en un hospital en Toronto. Palabras que vienen a teñir con una tristeza distinta el encuentro de los amantes. Sus ojitos son tan lindos como los tuyos, Olivia. ¿Los míos? No quiero que me conectes a ella. Yo quiero vivir, salir de mi prisión. Imagina esa enfermedad como algas infectando un lago.

Están recostados en la cama de Olivia. En la penumbra.

¡Cuánto quisiera sanarla! Imposible, es una dictadora, vivo para Claudia. Eso es el amor, Mauricio. ¿Sabes lo que soy yo? Un coleccionista de breves capítulos felices.

Este es uno de ellos, ella quisiera decirle.

Irnos de viaje. ¿Dónde? Será una sorpresa para Olivia, ella sonríe, casi toca junto con el organillero sus cilindros. Quiere saber dónde, es una sorpresa, repite él, solo debes llevar ropa de montaña. ¿Qué significa eso? Vuelves a decirme ay, mi gringa, qué lindo suena en ti, pareces salida de un pueblo congelado en el tiempo. Y tú, amor, lleva tus ojitos vivaces, tus susurros.

La noche previa al viaje lee *Ana Karenina.* Quiero ser como tú, Ana, y no pensar más, pero regresa una y otra vez a las voces y a su padre.

Clic.

Al loro de pico celeste.

Clic.

A las patas que están apoyadas sobre la caja de vidrio.

Al otro costado, justo al frente del edificio de correos, tres jóvenes bailan ladeando sus sonrisas con la facilidad de quienes viven el presente.

Clic.

Ella apoya su cabeza, caliente por el sol, en el hombro de él. Es un cansancio cercano a la ilusión del amor, moldeado por las risas y caricias. Despierta en la mitad de la noche en la cama de Mauricio, no va a pasar la noche completa ahí. Espera al taxi oliendo el dulzor de las margaritas, sin voces cenicientas y la radio del auto apenas suena, como si estuviera dentro de una cueva de un marqués. Unos amigos beben cerveza a la salida de una botillería. Paula, ¿alguna vez fuiste a comprar vodka a esta hora? Charlie, siempre imaginé que nos veríamos en Santiago. Lo único que la conecta a esa era de Olivia es la Lettera 12 y un pijama que Paula le regaló después de un viaje a Grecia. Wenceslao está durmiendo.

El sol nace en los Andes, alerta a Santiago. La maleta de Olivia es pequeña, la misma del norte, y en la mochila va la Canon, su diccionario personal y el *Sidur*. Aprovecha de planchar unos pantalones que lavó hace poco. Sobre el individual de plástico pone el frasco de la mermelada de naranja, un plato y una taza. Hierve el agua y tuesta el pan. ¿Cómo será despertar junto a ti? ¿Vivir contigo? La *neshamá* habita en los ojos, eso dicen. No puede creer que esté recuperando el idioma de Penn Street. Se dice alma, Olivia, no *neshamá*. Unta el pan con mermelada. Son los gestos mínimos, rituales repetidos eternamente sin palabras.

El lenguaje de los amantes.

¿Qué te gusta desayunar? ¿Eres de papas, cebolla frita? Pone cara de espanto. Mamá, no me atrevo a preguntarle, a veces creo que sí es judío, pero otras… Ya no mastica. Casi no respira. Al café le agrega dos cucharaditas de azúcar. Vierte unas gotas de lavavajillas en la esponja y quita los restos de lasaña de la fuente. Tu escuela, mamá. Al igual que Tzipora, ella nunca deja los platos sucios, la cama sin hacer y menos la ropa en el suelo, todo impecable, tal cual tú lo hacías. Tzipora repetía una y otra vez: impecable por fuera y estarás también por dentro.

Olivia esboza una sonrisa.

En la ducha tararea la canción que escuchó en el paradero. Una melodía cualquiera, una canción cualquiera para una mañana muy especial. Humecta sus talones resecos con una crema inolora, no quiere oler a marca, también los codos, su estómago plano le encanta. Trapea el baño. La supuesta calma está diluyéndose como una cascada. Queda anclada en el sofá y en un segundo vuelve al movimiento. Deja *Ana Karenina*, vuelve al baño, otra vez se cepilla los dientes. Su pelo sigue húmedo. Mira por el ojo de buey de la puerta. Ve a Mauricio con un sombrero tipo Panamá Jack y unos lentes oscuros. Dime a qué hora sale el avión, mi gringa, tan controladora, ¿acaso no entiendes lo que es una sorpresa? ¿No vas a llevar a la Karenina?, le toma la barbilla y la hace mirarlo. ¿Quién soy yo? ¿Vronsky o Kanerin? Ponla en tu mochila, ¿la cerraste? ¡Ya, nos

vamos! ¡Andando!

En la Patagonia chilena comienza el siguiente capítulo de la epopeya de los amantes. El sol, una bengala girando en las praderas. Olivia nunca había estado en un lugar tan amplio, libre de hormigón y de pasado, coreando futuro. La bengala atrae cual imán los temores, transformándolos en pura audacia. Así, la ex-Rivka aprende a montar a Quesita, la hembra más dócil de toda la hacienda. Acaricia la crin con la delicadeza de Leah. Quién diría que la llamada silenciosa fue apenas hace unos días. Mauricio y Olivia tejen con hilo de caña una cofia de amantes. Mientras Olivia sujeta las riendas con fuerza, el baqueano habla con el acento rústico del hombre que vive sumergido en la tierra, usted es la jefa, usted manda. Él viste a la usanza del gaucho patagónico, monta un caballo que camina con las patas rectas y las orejas erguidas. Ella, ignorante de las tradiciones, las saborea. Ella pregunta. Quiere saber. Ella es. El baqueano le explica cómo se debe cocinar el cordero, muestra sus cuatro dientes separados, un *na*', dice, mi señora, rompí el esternón con este cuchillo, que era de mi papaíto, y así nomás lo abrí por la mitad, muestra la caja torácica. Con la facilidad de quien nació en tierra patagónica, agreste y helada, el baqueano simula cómo lo hizo, con sus manos lo desolló, lo sacrificaron ayer en la hacienda, tienen más de doscientas cabezas. ¿Papá, así lo hacías tú también? El baqueano empuña las manos y simula que tiene las patas entre ellas. Cuenta que lo adoban con salmuera y lo dejan ahí toda una noche. Abre la tapa de un frasco con un líquido incoloro, explica que es agua con sal y ajo. La carne que va cociéndose lenta, al ritmo del fuego. Otro fuego. Más calmo. Más sureño.

La lluvia veraniega. Cae. Liviana. Las nubes van disipándose sin alarde. Olivia examina cada salvia y cada cartel; vocablos que nunca imaginó pronunciar. Teme que su *aleph-bet* contamine la sensación de un hoy. La compañía es el mejor silencio. *¿Compremos esa parcela?* Despertaremos aquí sumergidos en los juncos del sur. Una bandada de bandurrias cruza el cielo justo a la altura de su mentón. Son pocos los automóviles, aún no comienza la temporada estival. Mauricio dobla en una pequeña calle y se estaciona frente a una cabaña. El olor a pan fresco la obliga a girar el torso y lee «Amasandería», una palabra más para sumar a su diccionario personal. Es angosta, y apenas caben ellos dos. Hay dos bandejas, una para el amasado y otra para el batido, él no ocupa las pinzas y deposita un amasado en la boca de ella. La textura del pan crujiente le recuerda la *jalá* de Penn Street. Ella, que preparó tantas y que nunca más ha vuelto a trenzar una. ¿Y si eres

judío?

Cruzan la calle con un kilo de pan fresco y mantequilla.

Una pared de piedra cordillerana enmarca la chimenea de la cabaña. La madera de pino cruje cuando ellos descubren este nuevo mundo. Una manta de alpaca de tono esmeralda descansa sobre el sillón. La cama es de dos plazas, ocupa casi toda la habitación y una coqueta ventana abre la vista hacia una colina. Ella observa. Él observa. Él está detrás de ella y la abraza. Están protegidos en la panoplia de los amantes, una madriguera de hojaldre con forma de roseta sublime. Ella huele el eucaliptus, inundando cada centímetro de la cabaña. En la chimenea él va ordenando los troncos de madera hasta formar un triángulo y allí esconde unas hojas de periódico, la chispa del fósforo alumbra el pequeño living y nadie repara en el crepitar del fuego. Ni siquiera ella.

Pasan sin tiempo ni celdas en esta madriguera vecina al paraíso. Ella no recuerda y no recuerda por qué es Olivia. O Rivka.

Al día siguiente, temprano, cuando la neblina aún no se disipa, Olivia pregunta por el programa del día. Él ríe. En el parque nacional los alerces llegan hasta el cielo, Olivia está petrificada ante el espectáculo. Los árboles invierten las categorías de la razón, ella oye con las pupilas y huele con las manos, acaricia con la nariz y escucha saboreando lo que gritan desde hace tres mil años. Las hojas agitándose como cascabeles. Qué lejos ha soterrado el cable del teléfono de diciembre, en otro viñedo. Ella juega con el gran angular sin distinguir un arriba y un abajo. Un tronco muerto interrumpe el sendero, Olivia introduce la mano en un orificio. Grita un ¡ah! cuando salta la cola de la lagartija tornasol.

Un casi clic.

El reptil sale disparado y trepa a un alerce sano.

Algo ruge, un oso. No. Aquí no hay osos, le explica él. Ella es una estudiante descubriendo la epopeya silenciada, respirando profundo con la savia de los alerces. Sus pulmones gritan, desean esta vida, no la otra. Ella le da la Canon y él quiere fotografiarla sobre el tronco muerto.

¿Cómo he vivido sin ti? Lo ha pensado, pero hoy lo ha dicho en voz alta. Ella misma está sorprendida con este arrojo, como si estuvieran los dos desnudándose por primera vez.

Entonces, él habla.

Y la magia que tanto la transformó, la pasión de los reyes y la dulzura del pan se desvanece en el hielo apoderándose otra vez del alma de Olivia.

Él repite.

Quiero un hijo. Un hijo contigo, Olivia.

Los alerces caen sobre ella.

A ella le gustaría convertirse en Ana Karenina; entregarse a Mauricio. Sola hasta el final de mis días.

Un color innombrable aterriza sobre los pómulos de Olivia. Oye rugir a un león, un toro brama, el tigre ronronea.

Un hijo, repite para sí.

Como Ana.

Me escapo más que Ana.

Ana hubiera aceptado. Ana, valiente.

Yo.

Una ínfima luz matinal llega hasta los cojines desperdigados por el 308 de Riverside. El cabello de ondas perfectas y siempre impecables hoy es un tifón. Los dedos idénticos a los de una fiera agarran la sábana y las uñas, que esmaltó hace tanto, están quebradas. Vuelve a hundir la nariz en la almohada, ignora cuánto tiempo lleva así, como una moribunda. Por unos momentos, un rayo ilumina la habitación de Olivia. La niebla corre en las postrimerías del invierno. Estira las piernas y con los dedos de los pies va dibujando pequeñas circunferencias.

Hace unas horas llegó a Manhattan y, junto con ello, las voces cenicientas han vuelto a parlotear como si estuvieran festejando el regreso de su ama. Mauricio, lejos. Allí, tan al sur del mundo. Despierta con la mandíbula apretada, la abre y la cierra. Nieva. Los copos gruesos han cubierto la acera y el ajetreo de la calle está lejos. Quisiera desempacar. Por fin logra levantarse y, sujetando un tazón enorme de té, intenta abrir el cierre de la valija, pero, en vez de ello, vomita los restos del pan duro del avión.

Cae. Nieva aún más.

Esa mañana el taxista sij, con un inmenso turbante que casi llega hasta el techo del auto, le advierte que la nieve comenzará a caer a las diez. El taxi es un templo móvil con flores baratas. A la altura del Brooklyn Bridge el olor del incienso la descompone. Apoya los dientes en su labio inferior, pero está tan herido que insólitamente no lo muerde. Por lo menos llevan cincuenta y tres minutos detenidos en plena carretera. Abre la ventana, por la que chorrea la humedad, y la cierra. Introduce la mano derecha en el bolsillo, palpa las llaves. Por fin la fila de autos comienza a destrabarse. Olivia observa unos edificios que dan al camino. ¿Cómo es vivir al borde de la carretera? ¿Conocerán el silencio? Un tren de carga avanza tan lento como el taxi. Limpio, sí, está todo más limpio. ¿Cómo cambió tanto la ciudad? Mi ciudad. Apoya la mejilla en el vidrio condensado. En el Central Park un hombre luce un pulóver con el logo de la maratón de Nueva York, corre junto a su chihuahua abrigado con un chaleco lima limón. Yo también iba a correr la maratón. George, ¿me recuerdas? Te voy a

abrazar tan fuerte que no podrás respirar. Un policía, en la intersección de la 129 con Amsterdam, mueve las manos con la soltura de un prestidigitador. El frío es tremendo, Olivia lo había olvidado también. Murmura los nombres de los barrios, de las calles y sabe cuáles semáforos son más largos. Su ciudad. A la salida de Cathedral, las hordas de transeúntes obligan al sij a bajar la velocidad. Viejos, flacos, niños: todos cruzan con premura, menos una anciana, elegante incluso a las ocho de la mañana, con un abrigo de piel de zorro. La humedad de la alcantarilla forma un espiral albo y poderoso. El Hudson brilla. Los árboles, desnudos, despojados del ropaje de hojas que tanto reconfortan en junio.

Enrolla la bufanda que compró en el pueblo patagónico. Hace tanto, cree. El edificio de Olivia está más limpio, lo pintaron hace un mes, lo recordaba más alto. Paga con un billete de cien dólares y el taxista lo examina con lupa casi. Qué ganas de ser un escarabajo, ¿me dejarías escabullirme dentro de tu turbante? Una de las ruedas de la valija está averiada, apenas puede con ella, le pesan las rodillas. En el piso tres, al fondo del pasillo, divisa su guarida y el olor a encierro sigue siendo denso, mucho más que en Santiago, en nuestro pasillo. Qué digo. Tú ya no eres. Al quinto intento logra girar la llave del 308. Cierra con el temor propio de una intrusa. Imposible llegar hasta el living, las piernas no le responden, un sabor a metal la obliga a escupir en la alfombra.

Lirios de su hogar.

El sol invernal, cristalino sobre la bahía del Hudson, ahora está camuflado entre los nubarrones. Abajo, una *nanny* apura a sus niños, cargados con las mochilas. El rostro de Olivia es más anguloso y serio, sin la gracia de un Chile. Ve a un repartidor en patines perdiendo el equilibrio. Pasa el dedo índice por la mesa. En la cabaña también fue lo primero que hizo. Lo retira ennegrecido. Arruga la nariz como su madre. Le gustaría tener fuerzas para limpiar, pero a lo único que atina es a irse a la cama. El colchón es demasiado blando para una mujer que ha conocido un nosotros.

Es una extranjera.

Qué difícil es regresar.

¿Quién podría testimoniar que aquí vivió Rivka y vivió también Olivia Schtern? Ninguna fotografía. Ningún libro. Ningún disco. Todo está guardado en cajas. Rivka está abriendo sus ojos en Riverside y, habilosa, ya está alborotando a Olivia. ¿Cuál de ellas obtendrá el premio? Los niños saltan y Olivia también sueña en brincos de Penn Street, con el ímpetu infantil de Shira y de Leah. ¿*Un hijo* contigo?

Sola por el fin de los tiempos, repite como si estuviera pronunciando el juramento hipocrático.

Observa el teléfono. Y la llamada silenciosa. Soy silencio, jamás lo comprenderás. El silbato del carro de bomberos la arranca de la digresión, imagina a su padre encerrado allí, dentro de la cabina telefónica. La debacle aquí, en su territorio, es poderosa como un Zeus. Acostada en su cama, gira sobre su costado derecho, tal como lo hizo en la otra cama, la patagónica.

Solo ella y él rodando en los juncos del amor.

Ella no ha vuelto a pronunciar vocablo desde que él le pidió tener un hijo. En silencio deshicieron el camino y en silencio abrieron la puerta de la madriguera de hojaldre. Envueltos en una amarga pasión, el viento sigue agitando sus pensamientos. Él y ella en la cama más desnudos de lo que han estado jamás. Atrapados uno junto al otro. Cuánto quisiera besarlo, pero ella voltea dándole la espalda. Él le acaricia los hombros y ella tiembla hasta arrinconarse lo más lejos posible, al borde del colchón, al borde del mañana craquelado por las palabras. De pronto recuerda un enunciado de Ana Karenina, el amor es como la escarlatina; todos han de pasar por ello. Hashem, ¿así es? Ella mantiene la cabeza dentro de la almohada, vuelve a refugiarse en sus plumas. Mi noche de fuego negro, pasado calcinado contigo, papá. Los jeans le quedan sueltos y el suéter a rayas, gigante. Tiene entumecidos los pies y los cubre con parsimonia, como si los minutos estuvieran atascados en este sur, calcetines azules con microscópicos puntos cobrizos. Ella coge un trozo de leña y con las tenazas azuza la lumbre, que está extinguiéndose.

Olivia, dime qué piensas.

Yo no pienso.

Dime algo.

Regreso a Santiago.

Él enciende un cigarrillo.

¿No vas a decirme nada, Mauricio?

¿Qué quieres que te diga? Te amo y eso es más que suficiente.

No, Mauricio. Te equivocas.

Si ella lo mirara directo al alma, la vería empapada de tristeza.

Pero no lo hace.

El humo del cigarrillo sube ligero, ignorante del dolor que atraviesan sus amos. Las llamas zapatean, quieren unirse al corro. Los goterones, enérgicos. Las brasas están consumiéndose como la vida misma. En su rostro la lumbre inofensiva, casi dormida, la amenaza. Él intenta otro abrazo. Los movimientos de ella, delicados con su ceniza.

Las chispas van tiñendo su rostro con un ardor cereza. El fuego negro comienza a inundar los zumbidos y, en este crepitar, la canción del amor deambula. Ella, con su anular, recorre el enigma de la «O». Lo más sencillo sería decirte sí, contigo sí quiero ser mamá. Olivia Rivka camina hacia la pequeña ventana.

Yo nací para ser madre, pero después del silencio ceniza suspendí ese plan universal y tú, que eres un advenedizo, un intruso en mi vida, crees que me podrás hacer cambiar de opinión, podría decirle. Ni tú ni nadie. No existe hombre alguno que pueda convencerme. Deambula por el pequeño salón. Ahora él camina de un costado a otro jugando con el encendedor. A ella le cuesta verlo así, descompuesto. Es como si un ventisquero hubiera caído en medio de los soberanos. La voz ronca y seria de él le incomoda. Ella observa el fuego que casi se extingue. Que siga su curso la luna. Que el sol siga iluminando la Tierra. Soy Olivia Schtern y seguiré sola hasta el final de mis días, haciendo lo único que sé hacer y a lo que vine a este mundo: sobrevivir.

Bebe otro té con más azúcar.

El torso lo lleva a sus piernas, es un ovillo envuelto en dudas.

Clic.

Forma un triángulo.

Clic.

El primer autorretrato en el 308. Camina hacia el teléfono y disca donde Dora. Estoy aquí, aquí en mi departamento. No, no es una broma. Llegué hoy temprano y tengo mucha hambre. Dora ha engordado, es difícil reconocerla en esta silueta. George jadea, parece alquitrán de felicidad. Olivia lo abraza y el perro le lame la cara. Por primera vez en semanas, ella ríe. Cae. Nieve imperceptible y una máquina barredora mete un ruido ensordecedor. Dora calienta la sopa que trajo de Side Market, saborea el pollo, los fideos, el pimentón y bebe jugo de pomelo. La acidez explota en su tráquea, pero tiene hambre. Pero tiene sed. Dora lava los platos, el agua corre. La conversación nace lenta como un trabajo de parto. George es una extensión de Olivia y ella lo acaricia como si fuera un cachorro y no el perro de cinco años. llana emerge de su habitación, tiene tres aros diminutos en la fosa nasal izquierda y otro que cuelga en su ceja, Olivia alcanza a divisar unos pósteres de los Rolling Stones. Adora a esa niña como si fuera su hija, cuesta verla así. Dora dobla unos pantalones y Olivia la ayuda con los calzoncillos, pregunta por Gabriel. California, desde octubre. Pensé que Aaron te lo había dicho.

Ha regresado al 308. Cae. Rendida, ni siquiera se desviste. A las siete de la mañana la ciudad aún sigue a oscuras. El lomo del terrier sube y baja a un ritmo plácido, su pelaje lechoso huele a perro callejero. Joana, ¿has escrito más poemas? Imagina a Mauricio suplicándole que regrese a él. A su padre observándola desde la cabina, alzando el *rugelach*. A su madre con el catalejo, diseccionando su *neshamá*. Su maleta sigue intacta. George la obliga a escapar de la modorra y bajan a la calle. El perro está arrimado al mismo árbol. Una turista no encuentra una dirección y una bandada de mirlos cruza el cielo, alejándose de la lluvia que pronto comenzará. Olivia camina sin pies de bailarina a la farmacia. Está cerrada. Desayuna donde el iraní

y la misma mesera que solía atenderla los sábados y domingos inclina el mentón dándole la bienvenida. La piel oscura de Stephanie sigue siendo bella, aunque su nariz está más deforme, recuerda a un champiñón. El olor a café americano estremece a Olivia, anclándola aún más a su vecindario. El suyo. Alejándola de Mauricio. Apoya la espalda en la butaca y mira a Broadway. Coge el menú cubierto con plástico, este no tiene el borde desdoblado como el de Chinatown. El anciano de siempre juega ajedrez con su amigo imaginario y el cocinero, ahora un venezolano, grita en un español distinto, más cantado y dicharachero del que conoció en Chile. Antes de regresar a Nueva York, fue a despedirse del Juan, su casero de abarrotes y de periódico, siempre con un lápiz Bic en la oreja. Él ojeaba *La Cuarta*, la boina al estilo del Che Guevara casi cayéndose en el mesón. Ya la estaba echando de menos, caserita. Vaya acostumbrándose, don Juan, hoy me vuelvo a mi país. Lo siento en darle una noticia así. ¿Qué mujer como usted, tan linda, va a venir a comprarme el pan? Nunca hay demasiado pancito fresco para usted. Se equivoca, pronto vendrá otra gringa mucho mejor que yo.

Es su única despedida en Santiago.

Stephanie le sirve la torre de panqueques dorados y vuelve a rellenar la taza con café. George abre el hocico como si supiera lo que se ha perdido durante la ausencia de su ama. Luego, con la punta del cuchillo, ella hace un orificio al centro de la torre de panqueques y vierte el *syrup* que chorrea avalancha. Muerde lento.

En el televisor que está justo sobre el anciano, una afgana de mirada azabache como dos submarinos, mira. La lluvia está congelándose. Varias pozas en el pavimento. Un oficinista se sacude el agua, su maletín está empapado. Olivia da los últimos sorbos al café casi frío. Ella abre su paraguas y vuelve a la farmacia. Pronto, cuando no tolere el café ni la acidez del jugo de naranja, recordará la reacción de la vendedora. Son dieciocho, no pongas esa cara de terror. Anda a buscarlos de una vez, mujer.

George estila, incluso más que el oficinista que Olivia vio hace una hora. Ella no tiene fuerzas para secarlo. Está encerrada en el baño, no quiere que ni siquiera él, su mascota, la vea. Da inicio a la ceremonia. Uno a uno va abriendo los envoltorios. El primer test es el que más trabajo le da. Una y otra vez orina, y una y otra vez el resultado es ineludible. Dieciocho cruces lilas marcan un antes y un después. Dieciocho veces vida. Duerme sin hora ni agenda. Sábanas sucias, colmadas de sudor y sufrimiento. Debería cambiarlas, ducharme, ventilar este departamento. Sueña con gestos de Rivka. Una escalinata

sin fin la conduce donde su madre. Son dos vecinas bajo un quitasol. Olivia está en el primer escalón y Tzipora en el treinta y nueve. Mauricio viene aplaudiendo, sostiene a un bebé. ¿Es un niño? Una ola revienta.

Suena el timbre, George reconoce a Dora. George, dile a Olivia que me abra, ¡Olivia, ábreme! ¿Qué tienes? Oh, Hashem, pareces enferma de verdad, como nunca de pálida. Dora regresa a su departamento. Toma el libro de salmos y unas cuantas galletas de avena que cocinó ayer. Ilana juega con un elástico. ¿Dónde vas, mamá? Es Olivia, está enferma. Dora presiona el interruptor y un sonido electrificante le pone la piel de gallina, se corta la luz. Avanza a tientas, el 308, una cueva, choca con la maleta a medio abrir. Encuentra una caja de fósforos. Dora acerca la lumbre al rostro de su amiga, acaricia su frente y le peina el cabello desperdigado sobre las sábanas. Olivia, agitada, como si le estuvieran clavando una aguja. Un gemido leve, casi imperceptible, nace de su paladar seco, las mejillas de Olivia, altas y marcadas, ahora están muy pálidas. Mira de aquí para allá y, sin mediar segundo, vomita. Escúchame bien, dice Dora buscando aliento. Han pasado catorce años de la debacle y es tu hora. Qué mejor. Estás enamorada, es un tremendo hombre. ¿Vas a poner en pausa toda tu vida por el incendio? Cómo se te ocurre, ¿es *yid*?, ¿es eso?

Cae. Copos muy gruesos.

Suena el timbre. Ilana trae más comida. Viene con un *pound cake* para Olivia, dice tímidamente, como excusándose, y la abraza.

Olivia...

Esa voz.

Tu voz.

Sus piernas hacia el sillón.

Mañana llego a Nueva York.

¿Cómo sabes mi teléfono?

Hablaremos en persona, Olivia.

Él cuelga.

Dora. Esta vez estuvo bien.

Amor mío, ¿seremos tres? Pregunta. Inundaciones de angustia.

Deja correr el agua de la bañera. Busca el cloro. *¿Te hará daño?* Vierte más cloro y refriega obsesivamente, tal como su madre. Apoya la cabeza en el lavabo, está frío, vuelve a abrir la llave de la tina. George levanta su cabeza, estás horrible, ¿cuánto te dio de comer Dora? Te voy a poner en forma, ya verás. ¿Sabes cuál es su nombre? Mauricio, se llama Mauricio Pardo y no tengo idea si es judío y ¿sabes qué? Soy la nueva Olivia, otra, sin Penn y sin *Sidur*. George corre hacia ella y hunde el hocico entre las piernas de su ama.

Vas a conocerlo.

Vierte jabón líquido en el agua, está hirviendo, da la fría. George, en el piso inmaculado. Olivia imagina su vientre grande, redondo, de muchos meses. Te baño, te acurruco, mi niño, nuestro, ¿cómo te vamos a llamar? ¡Serás un *yeide*! Papá, serás un abuelito. Golpea su frente, quiere espantar estas ideas descabelladas. Tu rostro, mi niño, será idéntico a Mauricio, anguloso, cejas pobladas. ¿O mujercita? Los labios de Olivia gozan ante tal maravilla, ve la mirada verde calcada a la de ella y calcada a la de Yaakov, hasta que la sonrisa se congela como un cubo de hielo. Un niño con una cabeza enorme, brazos pequeños. Manos cortas, piernas curvadas. Tira el jabón. El rostro de porcelana escucha la sentencia de Dora: ¡Madura! Apoya la mano izquierda sobre el borde de la tina y apoya el pie derecho en el piso. Coge la toalla y limpia el espejo cubierto por el vapor. Ojeras. Dos medialunas enormes cargadas al morado. Cae. La toalla. Y Olivia quiere cubrir su piel. Las migas del *pound cake* están bailando sobre la toalla. Le apetece otro café. Revuelve la maleta, encuentra el pantalón de buzo. Revisa la correspondencia. Las fotografías, después. Una brisa enérgica, tan característica de los febreros neoyorquinos, revuelve el parque de Riverside. Cae. Las pocas hojas que han sobrevivido al invierno. Escucha el ulular del viento a pesar de que el paraíso quedó sumergido en un acantilado del Pacífico.

En la calle, un joven de pelo largo toca una guitarra y canta con voz sinfónica *look at all this lonely people.*

Olivia apoya todo su peso en la puerta del supermercado, cree que

va a explotar de cansancio. El reponedor la mira al verla sentada sobre unas cajas de fruta. Le gustaría gritarle: Estoy embarazada, si lo pierdo es tu culpa, pero en vez va hasta los jugos y elige uno de piña. Lo bebe por completo. Algo ha esclarecido de pronto. Recuerdos caprichosos. El queso crema, que tanto te gusta, también tus pepinos en *dill*, voy a llenarte el refri, ya verás, no querrás irte de aquí. Ni te imaginas lo delicioso que me queda el pollo al limón. Iremos al cine, conocerás a Dora, jugaremos Metrópoli con sus hijos y yo siempre gano, Mauricio Pardo, también te llevaré donde José y compraremos todos los libros del universo, con los secretos para criar juntos a nuestro hijo. Una quinceañera la ayuda con las bolsas. George salta. Tranquilo, no me volveré a ir. Calienta la sopa de *noodles*, quiere limpiar los platos, cocinar. Amor, tener todo para ti, pero el cansancio la invade otra vez.

Otra ducha. Vierte el champú que compró en el supermercado, olor a manzanilla, el mismo de Penn Street. Masajea con vigor. Fuera Penn Street. Estrena el camisón de Mafalda que tiene estampado «¿Y si esto es la felicidad?», lo compró en una tiendecita en el centro de Santiago.

Isn't this a lovely day? La voz gruesa de la Fitzgerald inunda el 308.

Olivia troza la cebolla en pequeños cubos, mide la taza de arroz, saltea la zanahoria. Su pie moviéndose al son de la música. El arroz agarra espesura, vierte las dos tazas de agua, separa el truto corto del largo, agrega una pizca de curry, algo de orégano, una cucharada de miel, media de mostaza y de jugo de un limón. Baila como solía hacer con sus muertas, *this lovely day*. Especies exóticas celebran en Riverside, dulzor de reyes en pollo asado. El timbre del teléfono corta la canción de la Fitzgerald.

Olivia.

Silencio.

¿Estás ahí? Amor, claro que estoy aquí. Déjame bajar la música. ¿Qué pasa? Estoy cocinando tu pollo al limón, mañana a las ocho estaré en JFK. Escúchame. ¡Ahora, Olivia! No podré viajar. Te necesito aquí conmigo, es Claudia, está muy mal, súbete mañana al avión, te lo ruego.

El silencio está hablando otra vez.

El fulgor de un relámpago casi irrumpe en el departamento. Nubes garrafales.

Cae. Lágrimas de una errante. Nueva York, húmedo. Mauricio rompe el silencio de correspondencia. Te estoy esperando, la doctora me prohibió moverme, ven, mis planes son contigo, no me hagas esto, Mauricio Pardo, quisiera decirle. Oye el sonido del fuego, del encendedor. Juega con su cabello, empapado aún. Imposible, Mauricio, no puedo viajar, te lo estoy pidiendo, Olivia, te lo estoy rogando, en realidad.

Un silencio de los que se tejen en las canoas de bambú va apropiándose de la línea telefónica.

Podría contarte que la doctora, como si le hubiera estado comunicando un edicto de Alejandro Magno, me ordenó reposo absoluto.

Hielo en grafía de los amantes.

Olivia, continúa él, con un tono de voz que no esconde el desconsuelo.

Mauricio, no puedo ir.

Ella. Cae. Al suelo. El auricular también. Los truenos, amenazadores. Son lágrimas nuevas. Las del amor.

Está delante de la Lettera 12 y reemplaza la tinta antigua por una fresca.

Presiona la tecla R.

R-I-V-K-A-A-A-A-A-A-A-A- A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-A-A-A-A A-A-A-A-A-

Arranca la hoja y la lanza a la ventana. Cae. Fuera.

Una mujer con el pelo corto, casi al rape, lleva horas en la cafetería.

Al fondo, el mismo viejo de siempre juega ajedrez con su amigo imaginario. En la televisión alertan de la tormenta. La mujer escribe en su diccionario personal, sin álgebra de recuerdos, un gran número siete. En siete días, Hashem creó el mundo. El séptimo de la semana, *shabat*, es el número que une la superficie con lo profundo, lo recóndito. Son seis dimensiones y la séptima es la más insondable. Un número lindo. Redondo. Perfecto. Completo. El número tres y el cinco, inestables, como si fueran a rodar por el acantilado.

Siete semanas de embarazo.

Te mueves como una sirena.

Te quejas como un príncipe caprichoso.

Quiero conocerte, ¿cómo son tus manos, tus pies?

Una carita redonda llena de futuro.

Necesito protegerte con dedales de sabiduría. Mamá, qué falta me haces. Y tú, papá, ¿sigues allí? Nací Rivka y hoy, Olivia. Siete voces en *shabat*; hoy giran en el firmamento cual aceite prensado por el campesino. Tú y yo vamos a volar. Sí, hijo mío, querré contarte que comeremos *matzá* y danzaremos con la Torá una noche completa. Te enseñaré a cocinar *jalá* y a decir *kidush*. Encenderemos las velas de Janucá. ¿Me acompañas a 72 Penn Street? Mauricio, ¿los milagros existen? Vendrás. Tú, mi niño, mi niña, por tus venas irá la estirpe de Penn Street, crecerás sin primos, sin una *bobe* y con un abuelo fantasma deambulando por aquí. Mis caminos ajetreados, subo y bajo las treinta y nueve escalinatas. Querida hija, querido hijo, tú eres el enigma de mi errancia. ¿Conocerás a tu padre? ¿O solo seremos tú y yo? Revisa cada dos minutos la hora en el Casio. A lo lejos cree distinguir un gato. Vendrás, Mauricio Pardo. Vendrás, aunque tenga que seguir esperándote hasta el fin de los tiempos. Vendrás. Quisiera tener la bufanda, pero la olvidó cuando volvió a telefonear Mauricio. Volverá a discar como buena alumna de su padre, solo respirando.

Silencio en la línea.

Ella tira el cable. Sabe que él la escucha. Le dirá, ¡serás papá!

Silencio en la línea.

Cuelga.

Pasan tres horas y vuelve a discar.

Mauricio.

Eres tú.

Te necesito. Te necesito aquí conmigo.

Olivia, ¿con que derecho me pides algo así? Han pasado semanas desde que me dejaste solo en la cabaña, ¿entiendes?

Te necesito, más que nunca.

Y yo a ti, pero es imposible. Traeré a Chile a Claudia y ahora nadie más me importa. Ni siquiera tú.

Te estaré esperando en el café del iraní, queda en…

Vendrás, ¿cierto, Mauricio?

Un dolor punzante, como si la debacle estuviera explotando otra vez ante ella, es el llanto más genuino de su historia. Duerme sumergida en futuros sin futuro. Amanece. La presión en la sien izquierda la tiene disminuida como un conejo de leche. Traga dos paracetamoles. Con torpeza infantil busca la tijera que está en la repisa junto a los medicamentos. La toma con parsimonia, contando las playas inexploradas del mundo, alzando las puntas, juega a cortar el aire y acerca el filo a su cuello. Entierra la punta un milímetro más abajo de la yugular, tanto que hasta podría salir sangre si presionara solo un poco más. George ladra.

Cállate.

Apoya la punta de la tijera en el pelo. Con la mano izquierda agarra un mechón de unos diez centímetros de largo. Cae. Al lavatorio. Otro corte a la altura de la mejilla. Los lóbulos de Olivia, idénticos a los de Yaakov. El lado derecho sigue como siempre, a la antigua. Estira el brazo, con el anular y el pulgar va abriendo y cerrando las orejas de la tijera hasta que lo corta todo. Siente liviana la cabeza. Cae. El pasado. Cae. Un nosotros. Apoya las palmas en su nuca, libre como nunca quisiera creer. El piso está cubierto de sus pelos. Recoge un puñado y lo lanza.

Lluvia de color castaño.

El desagüe traga el resto de sus cabellos. La aspiradora suena a esta hora de la madrugada con el arrojo de una pantera próxima a devorar una ardilla. Ven, Mauricio. Tira la bolsa llena de pelos por el incinerador. Cae. Mírame. Tanto que te gusté con el pelo largo, me pediste que no me lo volviera a tomar en una cola de caballo. Acerca otra vez las tijeras, pero ahora sí las entierra en su yugular. Sabor a sangre. La navaja es cálida sobre su piel, más azucarada que nunca.

George ladra.

El perro corre hacia ella. Oscuridad total. Cae. Copos gruesos de la medianoche. Tiene hambre. Desayuna como siempre, quiere creer. Un café y una tostada, algo de mermelada de naranja. A ratos mueve la cabeza, como nunca tan desnuda. George, inquieto. Deja que me coma esto, le habla con una voz inútil de melancolía afónica. A las seis de la

mañana, la televisión de la vecina suena como un parlante averiado. Baja con George, el frío matutino la despabila y regresan rápido al 308. Serás padre y nunca lo sabrás. Serás *yeide* y nunca lo sabrás. Tus manos de *shojet* acurrucando la nueva vida. Ven, ven. Ahora no te escaparías como lo hiciste cuando nació Rachel, cuando nació Yehudith, cuando nació Esther, cuando nació Deborah, cuando nació Leah, cuando nació Shira. Cuando nací yo. Abrazarías a tu nieto con los huesos de un hombre sencillo. Nos envolverías con las melodías de tu *shtetl*. ¿Cómo lo hacemos? Es fácil. Nos reuniremos aquí, en tu cabina telefónica y me abrazarás con tus caricias. Me esconderé en tu barba gris. Será mi nueva *Yerushalaim*. Ay, papá, cuánto me pesa tu silencio.

El nuestro.

Pancita de madre.

Llevaré tu *Sidur* conmigo. Siempre. Con voz enorme, la misma que te escuché con la casamentera, me hablarás. Antes del comienzo de mi historia de Rivka Olivia, cuando era solo Rivka. ¿Te acuerdas de Lorena? Puje, mamita, puje, ella te iba guiando. Yo iba repitiendo esas palabras en lengua extranjera, la que sería el enigma de mi «O». Shira, dijiste y así, así se llamó y así se llamará. Así, seríamos los poros de Hashem, hasta que vino ese maldito Janucá. Hija, no maldigas. Las dudas solo sirven para extraviarse de la *jojma*, ¿acaso no quieres a la sabiduría de nuestro pueblo? Confía, serás madre.

Las calles están desiertas y las pisadas en la nieve fresca estampan los demonios de una transeúnte insomne. Con los dedos protegidos por los guantes, contabiliza los segundos estancados. Papá, ¿te gusta cómo me veo?, ¿quieres conocerlo? Él vendrá, lo sé y los tres, tú, yo y Mauricio, celebraremos juntos Janucá esperando a tu nieto. Apoya la frente en el metal de la cabina. Hay una guía telefónica. Busca la *s*. Deja un guante en la baranda y lee los nombres. Ningún Yaakov Schtern. Coge el auricular y lo acerca a la oreja, juega a la telefonista como si fuera Leah y Shira.

Aló, papá, soy yo.

Rivkele.

He vuelto.

Pero ella cuelga. Como siempre. Y él no le dice Rivkele.

El dueño del quiosco baja la cortina de metal y la escruta con un dejo de extrañeza, como si ella estuviera cometiendo un crimen. Ella lo ignora. Ignora el peligro. Casi al doblar en la esquina, divisa a un hombrecito muy enjuto, vestido con un abrigo negro deshilachado. Calles congeladas. Desiertas, sin calor. Vaticinan más de dos metros de nieve. Ignora. Dieron la alerta máxima en todo Manhattan cuando ella sumaba los demonios. Lo ignora. Es la única que va a la estación de Cathedral. Ignora. Baja las escaleras del metro. Es la única que espera el tren y al frente, en el otro andén, hay un viejo que parece una estatua de sal. Ignora. Los ojos de Olivia, que fueron de Rivka, miran al anciano con la barba larga y las manos desgarbadas. Incapaz de permanecer allí, encerrada con él, inventa la energía para volver. En Broadway el resabio de energía atómica explotará. Camina más rápido. No espera la luz para cruzar, el viejo tampoco. Él sigue caminando y ella se detiene. El viejo también. Cae. Los copos son tan gruesos como su diciembre. No los cuenta.

Olivia en Rivka.

El viejo en la esquina.

La tormenta sigue su curso. Ignora. Vuelve al departamento. Mauricio. Vendrás, lo sé. Claro que sí. Me amas demasiado para

dejarme ir. Ya te lo dije, no te preguntaré si eres judío. Eres padre de nuestro hijo. El reflejo del espejo le devuelve a una chica de pelo cortísimo y ojeras horribles. Cae. La nieve. Cuánto quisiera contar los copos y saltar con la muñeca de Shira. Ya no hay cabello capaz de cubrir su espanto. Mauricio, no me hagas esto, ven. Disca a Chile, inútil. El viento está rugiendo como el de la Patagonia, tan bello. Dos chiquillos traviesos, ella y él compitiendo por el primer lugar: quién será el más rápido, ¿cuál de los dos correrá más veloz hasta alcanzar la panoplia del amor? Obvio, él gana. Caen. Rendidos sobre la cama y caen rendidos a la pasión. Al día siguiente él le pedirá tener un hijo con ella.

Ella solo alcanza a estrenarse en el amor.

Otra vez digita los números, otra vez no hay respuesta. Lanza el teléfono y explota como la dinamita. Despierta hambrienta y allí, frente al refrigerador, destroza con las manos el pollo y el arroz que había preparado para él. Está oscureciendo. La boca herida y teñida de amarillos por el curry la hacen parecer una Lucifer. Abre la tapa del basurero y bota todo lo que había preparado para él y todo lo que había comprado para él. Bota el pollo dorado y crujiente. Bota la fuente. Bota el olor de felicidad. Las sábanas limpias, demasiado albas, las ensucia con su tristeza. Bota también a Mafalda.

Glaciar.

Despierta de un salto.

Transpiración fría. George duerme.

Llora, lento, pausado y sin esperar nada. Acurrucada en su útero más profundo, va cubriendo con su dolor las escamas del pasado. Por fin va derritiendo los copos de nieve que tanto contó en Penn Street. Sus lágrimas abren paso al agua termal, donde las voces se irán acurrucando tranquilas y permitirán a la sobreviviente sembrar un bosque de futuro. Cada una tendrá su lugar en este universo de vida y muerte.

Sin esas lágrimas, solo con el agua termal, piensa que los otros amaneceres serán él, Mauricio. Nuestro silencio del alba. Vendrás. Te voy a estar esperando donde el iraní. Allí te voy a esperar toda la vida. Mauricio, te amo. ¿Te lo dije alguna vez? Con la gracia de Olivia y la dulzura de Rivka, intenta esconder las ojeras con base de maquillaje. Con una falda y unas medias que estaban escondidas en el cajón. Un cosquilleo inverosímil la obliga a pensar en su nuevo corte de pelo. Te va a gustar, necesitaba el cambio. Me lo dejaré crecer si así me prefieres.

El viejo del ajedrez sigue con el amigo imaginario y hoy no la

atiende Stephanie. Como si fuera el primer día de colegio, pide la torre de panqueques con café y el mismo jugo de naranjas. Vendrás, lo sé. Dos niñitas juegan con la nieve, que todavía está limpia. Un ciclista intenta destrabar la bicicleta estancada en el hielo. La pequeña herida que se hizo con las tijeras cicatriza. Cuello de exbaronesa. Cuello de exbailarina. Cuello de un yo y de un ayer. Mira la hora. Apoya la espalda en la ventana. Dentro de su cartera están las dieciocho pruebas de embarazo. Mastica alegre. Cae. Su tenedor. Escupe en el plato. Si no llegas, Mauricio. Mueve el pie incesante, como aprendió de él. La espalda, rígida sobre el asiento. La mirada verde juega con los prismáticos de un futuro. Cae. La nieve que aún no es gris. Ya no hay ningún plato en la mesa, solo las manos albas y perfectas de Olivia. Restan tres minutos. Quiere olvidar la promesa, a él, al niño o la niña que podría ser. Son justo las diez de la mañana y nadie abre la puerta del iraní.

Pasa un segundo.

Pasa otro minuto.

Pasa la serpentina de un yo ante sus ojos verdes. Con la sabiduría de una profeta mezclada con el amor de una abuela y algo de su Penn, coge la brújula del ahora.

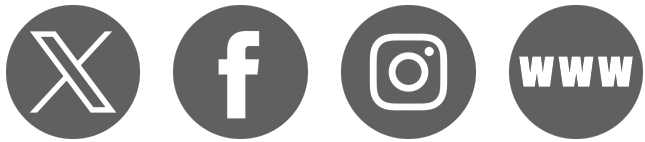
Entonces, cual Ulises anhelando su Ítaca, vuelve al origen. Y por primera vez desde que es Olivia esboza una *tefilá* digna de Rivka. Ha vuelto a renacer. No ya en Rivka, no ya en Olivia en el fuego. Negro. En ella. Describiendo su propia circunferencia de la «O». La ceniza va subiendo hacia el hilo rojo y por fin los labios heridos de Rivka son los de Olivia y vuelven a Rivka. Es el fuego. Blanco. Cae. El *aleph-bet* está abonando su *neshamá*, una que ha estado levitando en un campo de girasoles. Ya no calcula el balance de la ceniza, solo suplica a Hashem que le otorgue la sabiduría para regresar a su Penn Street.

Agradecimientos

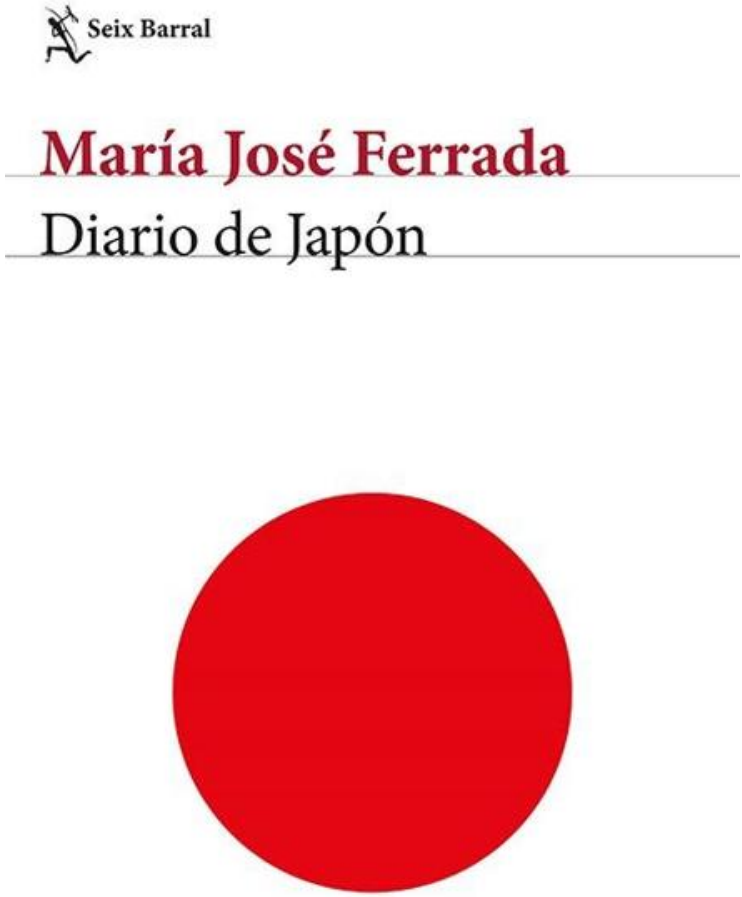
A mi padre y a mi madre, por haberme abierto el mundo de la lectura y del judaísmo, cada uno a su modo. A mi marido, Alejandro, quien no solo leyó la novela, sino que también creyó en mí durante estos seis años. A mis hijos, que soportaron mis ausencias, una madre con poca conexión a WhatsApp. A Hashem, por darme la fortaleza de perseverar cuando no quería seguir escribiendo, porque me dio la oportunidad de escribir horas y horas en mi pequeño taller en El Arrayán, al pie de la cordillera. A mi suegro, por su alegría genuina cuando se enteró de que me iban a publicar. A la canción «Siete hijas», que me permitió idear el comienzo de esta historia y, sin ella, este escrito hubiera sido muy distinto. A Andrea Jeftanovic, por haberme presentado a Ana María del Río, quien se convirtió en mi guía y consejera, con su ojo crítico y elegante. Luego vendría mi querido amigo Marco Antonio de la Parra, quien pasó horas conmigo releyendo cada capítulo y abriendo las posibilidades del texto. No puedo olvidar el café que me tomé con Alfredo Sepúlveda conversando sobre Nueva York. Tampoco a Juan, de la fotocopiadora, que imprimió una y otra vez el manuscrito. A mis amigos lectores, Silvana Angelini y Marcelo Simonetti, por sus comentarios. Fue importantísima la residencia en Under The Volcano y el trabajo que realicé junto a Mónica Lavín. Imposible dejar fuera a la mujer que me hizo creer en esta novela, gracias, Magdalena Salazar, nunca imaginé que tu devolución sería tan bella y significativa. A Marcela Adaros, por sus consejos, y en especial a Nacho, mi editor, que trabajó con una paciencia y delicadeza que nunca dejaron de sorprenderme, y a Jose, porque me abrió las puertas de Seix Barral.

Gracias, queridos lectores, porque sin ustedes estas palabras solo serían un papel.

Encuéntranos en…



Otros títulos de la colección



Seix Barral

María José Poblete

Desde el confín

Seix Barral

Lyuba Yez

La noche del nunca más

Table of Contents

Créditos
Todos nuestros fuegos